EL CUENTO DE LOS DÍAS
(Diarios mexicanos, 2008 - 2010)

LUIS MARÍA MARINA

El cuento de los días

(Diarios mexicanos, 2008-2010)

Luis María Marina

CEXECI
2015

Edita: CEXECI
Centro Extremeño de Estudios
y Cooperación con Iberoamérica
www.cexeci.org

Colección Iberoamérica, 4
Director de la colección: Joaquín Texeira

© Luis María Marina

Ilustración de portada: "Cuadrilla" para cura ritual, Tlayacapan, Morelos, colección privada

Diseño de la colección: Guadalupe López y José Luis Forte

ISBN: 978-84-606-5829-0

Depósito Legal: BA-48-2015

Imprime: Solugrap, Soluciones Gráficas

ÍNDICE

2008..... 9
2009..... 35
2010..... 135

Toda luna, todo año, todo día, todo viento,
camina y pasa también.

Chilam Balam de Chumayel

2008

17 de noviembre. Esta mañana de lunes tiene una extraña luz de domingo, tapizada con un satén naif de globo de feria. Día "feriado", lunes de Revolución, convertida en revolución de centro comercial en Polanco, *papalote* en Chapultepec o café en cualquiera de los cientos de Starbucks repartidos por la ciudad. Y una vez más la sensación, inevitable, de vivir a bordo de un globo aerostático, el aire enrarecido, puro y absurdo como una lente sin aumento, que solo transparenta la realidad. "Tudo é o que transparece", dijo Miguel Torga. Parece que pensaba en esta región, la más transparente, claro está, del aire. De camino a la Avenida Álvaro Obregón, en la colonia Roma, suena en el coche un cedé de Battiato. Magníficas *Bandiera Bianca* y *Cuccurruccuccú*. Surrealismo de disco noventera, de gafas de sol de interior y chalecos de terciopelo reflectante; sobrevolándolo todo, una obstinada voluntad de olvidar la derrota de las dos décadas que acababan de terminar. Algunos versos realmente geniales, por ejemplo: "C'e' chi si mette degli occhiali da sole per avere più carisma é sintomatico mistero". Perder el tiempo ganando estupideces, a eso nos dedicábamos hace unos pocos años, y éramos tan felices…

❧

Y no defrauda el tianguis de Álvaro Obregón. Un puesto de libros de lance acaba por convertirse en un sutil y

melancólico hilo de memoria. Por ejemplo, este *Rocinante* de León Felipe, en la edición de Finisterre (1968), inevitablemente me recuerda a aquellos libros leídos en una biblioteca de provincias, y con ello a muchas otras cosas: a mi hermano, de quien tomaba prestados libros y elepés, mi primer guía en el intrincado camino de la literatura y de la vida, y de quien estos años inevitablemente me distanciarán –yo fuera; él dentro; yo cumpliendo su proyecto vital; él, el mío. Esta *Residencia en la Tierra* y esta *Tercera Residencia*, en las ediciones de Losada, cuya cubierta de tacto rugoso me retrotrae a Miguel Hernández, y a aquellas baldas de libros de la casa de mi infancia, conformada con un criterio con el que algún día, si lo intentara, bien podría reconstruir la biografía de mi padre, de textura también rugosa, llena de recovecos, esto es, de silencio. Pero no todo el "changarro" es memoria. Hay, también, esta primera (y bella) edición de *Infierno de todos*, el libro de relatos que en 1964 le editó a Pitol la Universidad Veracruzana, cuando Pitol no era aún Pitol, sino un oscuro diplomático del otro lado del telón de acero o, como ha dicho Adolfo Castañón refiriéndose a uno de los personajes de *El tañido de una flauta*: "un hombre que vaga por el mundo buscando una Arcadia donde sea posible emprender, por fin, la Obra". O este *A pesar del oscuro silencio*, una de las primeras novelas de Volpi con Jorge Cuesta como protagonista (algunas de las obras del ubicuo Volpi llevan meses esperando en las estanterías), y una foto en la contraportada del autor *à la* Cuesta. Por último, una selección, prologada por Díez-Canedo, de *Sala de espera*, la revista que Aub editó entre 1949 y 1953 y en la que publicó por vez primera algunos relatos y poemas que después aparecerían en otras de sus obras impresas. Muchos de los libros que acabo comprando llevan en la portada, grabado en vacío –a manera de *ex libris*–, un nombre: Susana

Fischer. Con Susana comparto desde hoy lecturas; me lega parte de su biblioteca y con ella parte de su ser más íntimo. ¿A qué manos irán a parar mis libros?

18. Unas palabras me persiguieron sin desmayo toda la noche: "Cómo callar el ardor de la simiente de la yegua de la noche". Por la mañana, buscando una explicación plausible de la pesadilla en alguien que no acostumbra a recordar ningún sueño, llego a la etimología, leída ayer en Borges, de *night-mare* como "yegua de la noche". Como siempre en Borges, parte esencial de su misterio consiste en desencadenar en el lector un acto reflejo: la duda. Tres, en este caso. Pues, junto a la duda en sí y a la duda sobre la pesadilla, la que me obliga a confirmar en el diccionario que la etimología es solo una borgeana invención: en el inglés *nightmare*, la partícula *-mare* no parece tener nada que ver con "yegua", sino que su origen se encuentra en una palabra del anglosajón medieval que designaba a los demonios nocturnos o íncubos propios de las leyendas de esa época. Claro que, ¿y si esas criaturas de la noche deciden tomar, como en el cuadro de Füssli, la forma de una fantasmal yegua? Llegados a este punto, la etimología se convierte en un camino sin fin. Íncubo, el que yace encima; demonio que, bajo apariencia masculina, busca mantener relaciones sexuales con mujeres para extraerles su energía. Súcubo, el que yace debajo, demonio que toma la forma de una mujer para seducir sexualmente a hombres, principalmente a los dedicados al servicio de Dios. A diferencia de los difusos íncubos, los súcubos recibieron nombres, entre ellos Lilit y Abrahel. Lilit, primera mujer de Adán, anterior a Eva. Libre e igual a Adán, rechazó ocupar, ni siquiera en el sexo, una posición de sumisión frente al hombre. Finalmente decidió abandonar el Edén para instalarse junto al Mar Rojo, donde

llevaría una vida de libérrima sexualidad junto a varios demonios. Entre sus atributos más comunes los del bello retrato del prerrafaelita John Collier: una extraordinaria belleza y su larga y rizada cabellera pelirroja. Abrahel, citada por Nicolás Rémy en su *Demonolatría*. Rémy, abogado, Teniente General de Los Vosgos, secretario del Duque Carlos III de Lorena. Como magistrado, quemó a más de novecientas brujas en apenas diez años de intensa carrera persecutoria. Temeroso de que la justicia divina se volviera en su contra en forma de peste negra, se retiró a su natal Lyon en 1592, donde escribirá su *Demonolatría*, publicada en esa ciudad tres años más tarde y que habría de convertirse en el vademécum de los cazadores de brujas en toda Europa, *and so on*…

19. Atardece con destellos de un rojo eléctrico, par y pasa, en Periférico, el anillo de circunvalación de una ciudad que nunca se deja circunvalar por completo. Circulo en taxi. A mi lado pasa una ambulancia con hipo, que se abre camino a trancas y barrancas entre el tráfico, y la tarde, como quien no quiere la cosa, se arregla. Pero es cuestión de un momento. Sofocado el sobresalto de las sirenas, el caos vuelve a su orden, invitando a imaginar un diluvio que llegara arrastrando la ira rebosante en los puentes de cemento, seccionando los cables de los muñones amarillos de las torretas de la luz. Un diluvio que nos regalase la visión de cuerpos desnudos colgando de los árboles en las cunetas, empedradas de conciencias. Cadáveres indiferentes en su fulgor de neón. La noche en el altiplano se enfría rápidamente, y la radio vomita catástrofes sin cuento con un contradictorio eco de estudio enmoquetado, acristalado, cálido, con su bienestar aséptico de lucecita roja encendida: ON AIR. Cuanto más trágicas son las noticias, más me hundo en el asiento de atrás

del taxi, que ha dejado de ser un amasijo de muelles incómodos para parecer tan mullido como mi sofá favorito, que espera en casa. Respiro profundamente. Un día más.

23 (*el último día de un fin de semana en Las Vegas, Nevada*). No he visto en Las Vegas ninguno de esos perdedores estereotipados que Hollywood retrata. Esos con barba de varios días, corbata aún floja (pero ya amenazante) sobre el cuello de la camisa, sentados a la mesa de *black jack* o póquer en que se juegan la casa, el coche, los ahorros de toda la vida y el reloj heredado del abuelo suizo y que, al perderlo todo, desaparecen de escena para acabar pegándose un tiro en un mugriento motel de carretera. Aquí solo se ven pequeños perdedores; perdedores odiosos en la mirada torva con que atesoran una ficha de escaso valor, y que solo piensan en cómo compensar su más que probable pérdida con la cantidad de alcohol ingerida a cambio de una propina, con el filillo de nalga de la *hostess* latina entrevisto a través de la minifalda: aferrados a esa minúscula ganancia como la sola vía de escapar a una existencia que nunca dejará de ser mezquina.

❧

Una de las noches en la habitación de dimensiones palaciegas del hotel Luxor (ya hubiesen querido los auténticos faraones la mitad de espacio para su descanso eterno), después de caminar todo el día por interminables pasillos enmoquetados, y de haber visitado París, Venecia y quién sabe cuántos sitios más sin salir de la polvorienta "The Strip", regresó una de mis pesadillas más recurrentes. Un sueño que suele visitarme cada vez que, por alguna razón que no puedo imaginar, tomo consciencia de cualquiera de los actos reflejos que ocupan la

mayor parte de nuestro tiempo: la respiración, el parpadeo, la cordura (¿?). ¿Y si esta noche, de repente, se me olvidara cómo inhalar el aire las reglamentarias trece veces por minuto que contó Celaya? ¿Y si en el sueño, inopinadamente, atravesara la frontera inasible de la cordura para mañana despertar *complétement fou*, deschavetado, demente? De la misma manera que nadie me ha enseñado a respirar, a parpadear, a estar cuerdo, en cualquier momento podría olvidar cómo hacerlo. O al menos eso he creído fervientemente desde la infancia, sin que ningún argumento, por razonable que sea, pueda convencerme de lo contrario.

❧

Al intentar recordar las hechuras de esa pesadilla, caigo en la cuenta de que los sueños son imágenes abiertas en las que, con un poco de esfuerzo, todo cabe. Una improvisada dramaturgia sin texto.

24. Vuelo de vuelta a México. Con el avión se ha perdido uno de los alicientes del viaje: el miedo al error. Ese temor a haberse equivocado de línea en las calles de la ciudad por vez primera recorrida en autobús o tranvía. El pavor que nos asalta en el vagón del tren cuando imaginamos acercarse nuestro destino, y que nos impide desviar un solo momento la mirada de los ventanales –todos iguales, un amplio espacio de cristal inútil ante la avaricia de la negrura– por miedo a pasarnos la estación. El avión es un medio de transporte ajeno al error, es decir, inhumano. Hoy, como a la mitad del trayecto, cuando sobrevolamos los desiertos del norte de México, el avión entra en una zona de turbulencias, que ya no abandona(remos) hasta el aterrizaje en el aeropuerto de la ciudad. Supongo

que todo está preparado para persuadir al ingenuo turista de que, al fin y al cabo, perder varios cientos de dólares en el casino no es lo peor que le puede pasar. ¡Qué fáciles de convencer resultamos!

26. De regreso a la ciudad, vuelve el vacío. Esta vez, no obstante, me acompañan los Beatles, tanto tiempo perdidos en la mediocridad de la música contemporánea. Me ayudarán, espero, a enfrentar el abismo de la vuelta a lo cotidiano, cuyas hechuras, aún móviles, inseguras, como vistas a través de un cristal traslúcido, comienzan a perfilarse. *Eleanor Rigby* –un paso más por un camino desconocido, con los pies fríos. ¿Cuántos años desde la última vez que una canción me emocionó hasta humedecer mis ojos? ¿Estaba muerto? ¿O es esto, ahora, un sueño? Eres como la noche callada y constelada. No escribir versos. No dejar que el verso me traicione, que la lágrima rezume sangre. Es tan corto el amor, tan largo el letargo. Solo se puede escribir de algo cuando nuestros pies sientan ya de manera aguda el frío rescoldo de la distancia. Dejar que las palabras maduren, aun más, que se pudran en el cuaderno, es su control de calidad más seguro. Solo aquellas que soporten con cierta dignidad una relectura merecen el perdón. Las demás, aunque cueste, directamente a la hoguera. Igual con las canciones, las películas, los libros, ¿las personas?

27. Con la tozudez de una mula, rumio desde ayer la *Paloma negra* de José Alfredo, oída hasta la extenuación en la voz de Lila Downs. ¡Cuánta verdad, cuánto México en pocas palabras! "Quiero ser libre, vivir mi vida con quien yo quiera, / Dios dame fuerzas, que estoy muriendo por irlo a buscar". En México ha habido y hay una espléndida tradición de cantantes populares, y luego está José

Alfredo Jiménez. El influjo de sus canciones en la manera en que una gran mayoría de mexicanos (de todas las edades, procedencias o estratos sociales) se perciben a sí mismos es inimaginable para el extranjero. Pero lo cierto es que, cuando el mexicano de a pie celebra, o bebe, o ama, o muere (o ve morir), acude de inmediato al cancionero de José Alfredo, donde (como los anacoretas del desierto egipcio acudían a la Biblia cuando eran asaltados por la tentación) siempre halla una canción que le ayuda a objetivar el correspondiente sentimiento, a canalizarlo socialmente y, en cierto modo, a convertirlo en elemento de comunión con todos los que, como él mismo, beben, aman y mueren con las palabras de Jiménez. Como decían de Amado Nervo, José Alfredo es "surtidor de poesías para todas las necesidades y todos los temas". Y hay en ello una extraña encrucijada de ideas: por un lado, muchas de las canciones de José Alfredo confirman muchas de las intuiciones del *Laberinto de la soledad*, guía que hemos creído hasta hoy ineludible en este complejo laberinto de la "mexicanidad": intuiciones acerca de lo otro, de la máscara, de la "hombría" como elementos definitorios de lo mexicano. Por otro lado, mientras las páginas del *Laberinto* suenan a los oídos de un mexicano de mi generación algo "anticuadas" (sentimiento al que no creo que sea ajeno el hecho de que su lectura sea obligatoria en todas las escuelas del país –en los versos del poeta luso-mozambiqueño Rui Knopfli: "Entonces/ mi nombre comenzará a aparecer/ en antologías y, para tedio/ de maestros y niños, se harán/ ediciones escolares de mis libros./ Ese día seré olvidado."), José Alfredo continúa siendo paradójicamente "moderno". Lo popular es siempre contemporáneo nuestro, mientras que lo culto envejece con enorme rapidez (más aún cuando es revestido con el traje talar de lo "intelectual"). De ahí la grandeza

de las mentes –la de José Alfredo, la de Paz– que consiguen ver los raros puntos del camino donde lo culto y lo popular, donde vida real y vida intelectual se entrecruzan. En ese "crucero del destino" donde habita lo humano.

❧

En una escapada vespertina al Péndulo de la Condesa compro la última novela de Daniel Sada, de quien no he leído aún nada. Y me doy de bruces con la agotadora inmensidad del estante de novedades, y yo tan solo, con mis dos ojos como única defensa. Yo frente a todos y todos contra mí.

❧

La tarde me deja una palabra resplandeciente y misteriosa –ataujía–; y solo por eso vale la pena.

28. Me aterra la sola perspectiva de un inacabable fin de semana por delante. Vacío por dentro como animal disecado, eviscerado como cadáver sobre la mesa de autopsia, desolado como un sheriff triste viendo pasar la vida en el *parking lot* de cualquier pueblucho del *Midwest*. Emasculado como Cuesta. Ya no. ¿Nunca? No angustia, desolación. Como la hormiga peregrina al lugar donde mueren las hormigas. Como inútil queja de insecto, como llama detenida, como testamento perdido. Calosfrío que recorre con intensidad la jornada. Un día extraño, sin brillo, más que malgastado, malvendido. ¿Por qué, viejo elefante, no emprendes ya camino hacia el cementerio?

❧

Hoy se cumplen tres días sin leer una sola página. He escrito, sin embargo, unos cuantos versos, varias entradas en este diario, algún aforismo. ¿Son la lectura y la escritura compatibles? En el fondo, esta no es sino el deshecho de aquella, un excremento que necesita metabolizarse, agrio como hierba regurgitada. Y de nada sirven aquí piedritas que ayuden a la digestión. Quizás solo, de vez en cuando, una buena canción.

❧

Salvo de mi propio cuaderno una frase, apuntada hace algún tiempo y destinada al olvido (en el que ya se ha perdido el lugar del que la tomé originalmente). La dijo Ricardo Flores Magón, incongruente anarquista en esta tierra de revolucionarios institucionales, de cristeros, de indios que luchan durante generaciones por la posesión de una tierra que en sus manos se revelará, muy pronto, estéril: "Tomad inmediata posesión de todo".

29. Estas horas tempranas de los domingos en que los mendigos, como si hubiesen perdido la vergüenza que les lleva a disimular su presencia los días hábiles, se enseñorean de las calles de la colonia Polanco, uno de los barrios *chic* de la ciudad. Pienso en el origen de ese pudor de la pobreza (la propia, pero también la ajena), y no puedo más que relacionarlo con cierta mentalidad nuestra, con cierta férrea moral católica, que no puede soportar la exhibición pública de la pobreza. Y que contrasta vivamente con la escena presenciada en la estación de autobuses de Las Vegas, donde, sin saber muy bien cómo, acabé la semana pasada. Una legión de negros que parecían recién salidos de un holocausto nuclear, apoltronados sobre los bancos, reposando una extenuación de

siglos. Como si, pasados cientos de años de la explosión, hubieran abandonado sus agujeros al sentir la primera brizna de aire fresco. Jugarse las siempre últimas monedas en las *slot machines*, omnipresentes, también aquí en esta catedral de la pobreza. Cada tanto, en la combinación de tres frutas iguales, en la alineación exacta de tres cabalísticos sietes, vislumbrar la posibilidad del retorno: no de un futuro, de un pasado.

❧

Por la noche, en el Teatro de los Insurgentes, *El buen canario*, del dramaturgo norteamericano Zach Helm. Revuelo en el ambiente cultural de la ciudad por la presencia de John Malkovich como director escénico y un elenco de actores de renombre: Diego Luna, Daniel Giménez Cacho, Bruno Bichir. Notables las actuaciones de Bichir, en el papel de un crítico literario de engolada presencia pero buen fondo y, sobre todo, de Giménez Cacho, probablemente el mejor actor mexicano de su generación, tanto por la variedad de registros que domina como por su empatía, indiscutible, con el público. El montaje me recordó a un estilo de hacer teatro que no he visto frecuentemente en México y que, sin embargo, domina la escena en Estados Unidos –y en Madrid. Teatro en apariencia ligero que, a través de expedientes cuasi cinematográficos, consigue retratar la profunda frivolidad de nuestras sociedades. Sin embargo, aquí, en el imaginario de la gente del ambiente teatral, continúa asociándose el teatro que se hace en España al engolamiento del "teatro clásico", entendiendo por tal no el del Siglo de Oro, sino el romántico: no Calderón ni Lope, ni siquiera Ruiz de Alarcón, sino Zorrilla –que continúa aquí representándose, religiosamente, cada Día de Muertos. Un conocido actor mexicano, Gonzalo

Correa, acaba de cumplir cincuenta años consecutivos representando a Don Juan Tenorio con notable éxito. Seguimos siendo extraños.

1 de diciembre. Con diciembre llega la obligación inexcusable de ponerse "en modo navideño". A pesar de la extrañeza de esta Navidad de manga corta. A pesar de que en la radio del taxi suene, aterciopelando el calor de una incongruente mañana de diciembre, *Perfume de gardenias.*

2 (*en Zacatecas*). Zacatecas, en mi mente, es la ciudad de las minas de plata y el "pueblo" de López Velarde. Con sus *domingos de provincia* ("Los días de guardar en los pueblos provincianos/ regalan al viandante gratos amaneceres/ en que frescos los rostros, el Lavalle en las manos,/ camino de la iglesia van las mozas aprisa;/ que en los días festivos, entre aquellas mujeres/ no hay una cara hermosa que se quede sin misa.") rondándome la cabeza, entro en una iglesia de nombre desconocido, una de las muchas del lugar. Doy una vuelta por el interior sin encontrar nada de interés en la arquitectura, ni tampoco entre las feligresas, pese a que es domingo. Al salir bajo el pórtico, me doy cuenta de unas letras esculpidas en la portada, entre los cuatro evangelistas, y que antes me habían pasado desapercibidas. En ellas leo, con un guiño, el adagio del Dante: "Voi ch'entrate, lasciate ogni speranza".

❧

Mi pasión por las artesanías de este país no conoce límites. Cuando veo un mapa de México, inmediatamente pienso en lo mejor que los artesanos de cada rincón de esa cornucopia tejen, moldean, fraguan, lijan, soplan. Objetos vivos que, a diferencia de aquellos a que nos ha

acostumbrado la civilización industrial, tienen temperatura, calientan nuestras manos cuando los tocamos, pues guardan el calor de quien les dio vida, de quien lleva siglos o milenios dándole vida: "el objeto artesanal guarda impresas, real o metafóricamente, las huellas digitales de quien lo hizo. Esas huellas no son la firma del artista, no son un nombre, tampoco una marca. Son más bien una señal: la cicatriz casi borrada que conmemora la fraternidad original de los hombres", observa Paz. Objetos misteriosos, siempre iguales y siempre diferentes: cada vez que decido quedarme con uno, siento como si arrancara un pedazo de pasado al lugar que me lo ofrece; pero, una vez en casa, ese objeto crea (o restaura) una línea que me une a ese lugar profundamente –y ya para siempre. Los árboles de la vida (y de la muerte, menos conocidos) de Metepec, las maderas lacadas y olorosas de Olinalá, los alebrijes y el barro negro de los valles centrales de Oaxaca, el papel vegetal que se fabrica en San Miguel Etla –también en los valles centrales de Oaxaca– con el impulso del pintor Francisco Toledo, los bordados sobre terciopelo negro del istmo de Tehuantepec, las reproducciones de cerámica prehispánica que se moldean en Pátzcuaro, el cobre trabajado de Santa Clara, Michoacán, la loza práctica (y cálida) de Tlaquepaque y la decorativa (y finísima, cubierta con motivos geométricos prehispánicos) de Mata Ortiz, el "papel picado" (recortado formando animadas figuras, que se utiliza particularmente para los altares de Muertos) y las bolas de vidrio soplado de San Miguel de Allende, los rebozos de San Luis Potosí, los "tenangos" (bellos bordados con motivos animales y vegetales, de vivo color, sobre manta de algodón blanca) de Hidalgo, las guayaberas de Mérida, los papeles artesanales y la manta de algodón de Chiapas y las máscaras, las ubicuas máscaras, que se encuentran por todo el país; artesa-

nías que sobreviven intactas y otras que están cerca de perderse a manos de una producción casi industrial, como la "talavera" de Puebla o la plata de Taxco, que solo es posible apreciar en su esplendor en los museos… En el provincial de Zacatecas descubro nuevo alimento para esa pasión: las "cuadrillas", juegos compuestos por varias figuritas de barro que se utilizaban tradicionalmente para combatir el "mal de aire" (un mal del que nuestra lengua conserva aún memoria en la expresión "darle un aire a alguien"). Las figuras, en número de doce, representan a la curandera, al enfermo tendido –puede ser un niño o un adulto– y a diez animales (serpiente, araña, escorpión, ciempiés, rana, lagarto, ...). Imagino que cada uno de esos animales representa una propiedad o simbología que desconozco, y que justamente por eso despierta mi más vivo interés. La "cuadrilla" del Museo de Zacatecas es un bello ejemplar de la época del virreinato, que ha perdido el brillo, pero mantiene una envejecida dignidad. Hoy, leo en la cartela, solo una artesana en todo el país continúa modelándolas, y dando así continuidad a una tradición de siglos. Se llama Felipa Hernández Barragán ("Doña Felipa") y vive en Tlayacapan, un pequeño pueblo del estado de Morelos del que nunca he oído hablar, y que está a unas pocas decenas de quilómetros al sur de la ciudad de México, junto a la turística Tepoztlán. Desde niño, desde que, sentado en la mesa camilla de la trastienda del comercio de mi abuela, llenaba papeles y papeles de estraza con dibujos (con "monitos", como aquí se dice), siempre me ha parecido que la magia solo existe en lo pequeño.

6. Heráclito: "Aquellos que despiertos duermen, y al dormir están muertos". Blake: "La imaginación no es un estado; es la propia existencia humana". Keats: "Belleza es

Verdad. Verdad es Belleza". León-Paul Fargue: "He soñado tanto, tanto, que ya no soy de aquí". Heine: "Un loco espera una respuesta". León-Paul Fargue. A golpe de *google*, una nueva necesidad. Escribió *Le piéton de Paris*, que comienza con estas palabras: «un "Mapa de París" para personas seguras, es decir, para paseantes que tienen tiempo para perder y que aman París». Atesorar tiempo para después perderlo. ¿Acaso se puede hacer otra cosa con el tiempo, o con cualquier otra cosa que uno imagine poder atesorar?

7. Tras varios días distraído en fuegos de artificio, vuelta a la consuetudinaria tabla de salvación, los libros. En ellos busco redimir los versos poco claros que acabo de escribir. Cae en mis manos un librito delicioso: *San Juan de la Cruz en Méjico* (así, con "j"; con la "j" por cierto, que también he encontrado recientemente en ciertos versos de López Velarde que este decidió no incluir en la versión definitiva de *La suave patria*), de Alfonso Méndez Plancarte, filólogo de la primera mitad del XX a quien se debe una de las mejores ediciones de la obra de Sor Juana Inés. El Fondo de Cultura Económica publicó el libro de Plancarte sobre San Juan a finales de los años cincuenta dentro de su histórica colección "Letras mexicanas", aquellos bellos libritos en formato bolsillo pero con tapas duras donde verían la luz también las primeras ediciones de *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*, de *La región más transparente*,… Libros que han envejecido estupendamente, y de los que poseo algunos. Leo a Plancarte que, según Jerónimo de San José, una letrilla popular oída a través del ventanuco de la prisión conventual inspiró al de Fontiveros su *Cántico*: "Muérome de amores/ Carillo, ¿qué haré?/ Que te mueras, ¡alahé!". De aquí venimos, y aquí hemos siempre de volver.

8. Ninguna costumbre más peligrosa que esta de escribir diarios. Poner todo por escrito es la forma más sencilla de llegar a convencerse de la inutilidad de los días. De este, por ejemplo, lo único que me quedará es una conversación oída al vuelo en cierto café. Una joven le confiesa a su amiga que bastan tres "caballitos" de tequila para que el diablo se le meta en el cuerpo.

10. Dice Paris Hilton: "Ser tonta es solo un papel". También ella se ha dado cuenta de que la vida es pura farsa, una trama estrambótica y mal construida, con personajes tan vanos y al tiempo tan reales como ella misma. ¿Será, en el fondo, Paris un "personaje en busca de autor"?

❧

"¿Hay alguien ahí?", pregunta una joven mientras golpea con sus nudillos el duro hueso de la cabeza de su enamorado. Yerra. La verdadera pregunta es: "¿A alguien le importa?".

❧

Apocalipsis de Juan. Desvestidos de los solemnes ropajes de la liturgia católica, algunos pasajes destellan en su esplendor de epopeya o cuento de terror oriental. Un mundo de soles negros, de trompetas de torvo sonido, de ejércitos de ángeles diezmando países enteros con solo el filo de su espada; langostas (¡qué profusión de alas!) de rostro humano y aparejadas para la guerra: testera, capizana, petral, flanquera y barda. Muchedumbres de reos despeñándose ante la atroz visión por abismos sin fin, esclavos de una vida eterna, encadenados a una perpetua caída.

❧

Leo que las dos películas con que descubrí verdaderamente el cine, en madrugadas adolescentes de subtítulos en la segunda cadena, compitieron en los festivales de Cannes y Valladolid el mismo año: aquel 1992 que por muchas razones marca indeleblemente a mi generación. *Las mejores intenciones*, de Bille August, se llevó la Palma de Oro en Cannes y quedó fuera del palmarés en Valladolid; *Léolo*, del canadiense Jean Claude Lauzon, recibió la Espiga de Oro de la SEMINCI tras pasar sin pena ni gloria por Cannes. Aquella, pura contención de las emociones al mejor estilo Bergman: nieve en la extraordinaria fotografía y nieve en los rostros de los personajes, en los diálogos. Esta, un retrato escatológico, tierno, chabacano, duro y mágico, de dos de mis pensamientos más recurrentes: la memoria (la de la infancia, ¿acaso hay otra posible?) y la locura. De *Léolo*, aparte de la banda sonora, con la italianísima C*hanson de Bianca*, me queda una letanía que aún de vez en cuando suena, incontrolable como una explosión nuclear, en mis oídos: "Parce que je rêve, je ne le suis pas". Palabras que Leólo escribe, recita, rumia a lo largo de toda la película y que son, al tiempo, su tabla de salvación y su condena. Palabras de doble filo, espada suspendida de la locura. "Parce que je rêve, je ne suis pas. Parce que je rêve, je rêve. Parce que je m'abandonne la nuit à mes rêves, avant que le jour me laisse. Parce que j'ai peur d'aimer, je ne rêve plus. Vous la dame, vous l'audacieuse mélancolie, qui d'un cri solitaire fendez ma chaire que vous offrez à l'ennui, vous qui hantez mes nuits quand je ne sais plus quel chemin prendre de la vie, je vous ai payé cent fois mon dû". También, el domador de versos, que se pasaba las noches hurgando en las basuras del mundo –como Tlazéotl, diosa del panteón mexica– en

busca de fotos y cartas perdidas, desechadas, rotas. El único guía al que Léolo hacía caso: "Il faut rêver, Léolo, il faut rêver…"

11. A la vuelta del aeropuerto, con visitantes recién llegados de España en los asientos de atrás del coche, una estampa en medio de la oscuridad –la noche cayó hace un buen rato– nos deja con la boca abierta: una multitud camina por los carriles centrales del Circuito Interior, una de las vías rápidas que atraviesan la ciudad. ¿Una manifestación en estos rumbos y a estas horas? ¿Una huelga de transporte que hubiera dejado a media ciudad sin otra manera de volver a casa? Pasan unos minutos antes de percatarnos de que hoy es víspera de la festividad de Guadalupe y de que, por lo tanto, quienes vemos son peregrinos que caminan en dirección al monte del Tepeyac, esto es, a la Basílica de Guadalupe, distante de aquí unos pocos quilómetros. Llegados de todo el país, tras días y aun semanas de viaje en los más variopintos medios de locomoción o directamente a pie (esos pies de romero que retrató el fotógrafo Nacho López en una de sus series más conmovedoras), desde mañana a primera hora desfilarán frente al ayate con la impresión de su "Lupe" sobre el práctico pasillo mecánico dispuesto al efecto por la abadía, que solo así puede garantizar que los más de veinte millones de visitantes que recibe cada año tengan siquiera sea un segundo frente a la Virgen. Pero hoy, antes de eso, se rebelan contra la jerarquía cotidiana de las máquinas en la gran ciudad, por un día impotentes ante la evidente superioridad numérica de los peatones. Aunque el atasco es monumental, no se oye el habitual concierto de cláxones, sino un silencio reconfortante. Y uno no puede evitar sentir unas ganas irremediables de parar el motor del

coche, aparcarlo en la cuneta y unirse a la marea de gente. Resabios del ludita que todos llevamos dentro.

❧

Las únicas máquinas que salvaría de la quema son las cajitas de música. Nos atraen como el fuego al insecto suicida; como el vacío a la llama. Porque en ellas vemos reflejada nuestra condición mortal. La vida, poco más que una canción nostálgica, ni siquiera triste. *Wie einst Lili Marleen.* Vivaz unos pocos segundos, desafinada luego, agonizante, y, por fin, confundida con un silencio imperturbable.

13. Por la noche, inicio la lectura *El arte de ser feliz* de Schopenhauer y el comienzo no puede ser más prometedor: "Todos hemos nacido en Arcadia". En la división que el filósofo establece entre almas melancólicas y geniales y ánimos alegres y superficiales, hoy me reconozco, sin duda alguna, entre estos últimos. Debe de ser que el efecto del temascal de la semana pasada ha ayudado a mis entrañas a depurar sus habituales humores negros.

14. Amália cantando "O destino é linha recta/ traçado à primeira vista/ como se nasce poeta/ também se nasce fadista". Nunca deja de maravillar la facilidad con que el portugués habla del destino (que para nosotros es un extraño que nos inspira, en el mejor de los casos, desconfianza): como si fueran viejos amigos unidos por interminables mañanas de silencio y tibio sol, sentados en un banco en el Terreiro do Paço y asomados al río que ya quiere ser mar. *Abeirar-se.* Déjame que me acerque a tu vera, a tu orilla, amada. ¿Cuándo he de volver a Lisboa?

16. En una barata, dos volúmenes de la *Biblioteca personal Borges*. Uno con tres relatos de Melville: *Benito Cereno*, *Billy Budd* y *Bartleby el escribiente* (este último en traducción del propio Borges); el otro, *La hora de todos y la fortuna con seso* y *Marco Antonio*, de Francisco Gómez (sic) de Quevedo. Veloz, acudo a *google* (¿se detendría la Britannica en estas minucias?) para buscar junto a qué libros compartieron aquellos estantes en la "biblioteca personal" de Borges. Y, al lado del consabido canon borgeano (los Kafka, Conrad, Stevenson, Chesterton, Flaubert, Schwob, De Quincey, Groussac, Poe), alguna sorpresa. Por ejemplo, *El imperio jesuítico* de Lugones, que inmediatamente se convierte en necesidad; una *Historia de los animales* de Claudio Eliano; un Rulfo (evidente) y un (menos evidente) Arreola (*Cuentos fantásticos*) entre los mexicanos. De los españoles, el Arcipreste, Fray Luis y Quevedo. Por una extraña conexión me viene a la mente la necesidad de encontrar las *Prosas apátridas* de Julio Ramón Ribeyro. La *Antología personal* del Fondo, leída hace unos meses, me dejó como al niño a quien quitan su caramelo tras el primer y sabrosísimo lengüetazo. Lo intenté sin fortuna en la red; imposible encontrarlas en el Fondo, Gandhi, Sótano o Péndulo. Hay libros que nos esperan en una remota esquina de una ciudad que aún ni imaginamos conocer. ¿Será el caso de las *Prosas*?

17. Algunos aforismos de Thoreau: "Qué vano sentarse a escribir cuando no te has puesto de pie para vivir". "Creo que si los hombres leyeran correctamente, solo leerían poesía". "No hables por otro, habla por ti mismo". "No hay tarea más hercúlea que pensar un pensamiento sobre este mundo y luego conseguir expresarlo". "He pasado un par de años… principalmente con las flores,

sin tener otro compromiso apremiante más que observar cuándo se abrían".

18. Siempre la tentación de cerrar la puerta.

19. Se acerca el final de este año raro en que publiqué un libro "bartleby". Un libro que, al ser reclamado para hacer su aparición ante el público, afirmó con indiferencia: "I would prefer not to". Un año, también, en que comencé a desbrozar la selva sin conseguir aún intuir camino alguno bajo mis pies. Pero la literatura me acompaña, o está al final de ese camino que todavía tengo que hallar, o es puro espejo, fantasía, burla, ¿cómo saberlo? Esta tarde, en una oleada, algo parecido a la tristeza. Como si alguien hubiera bajado abruptamente el volumen del ruido de las calles; degradado los colores de los edificios y árboles; cambiado la definición de la pantalla. Como si la vida se hubiera convertido de repente en uno de esos edificios que, a resultas de un terremoto o simplemente de una mala planificación de la resistencia de los materiales, se van inclinando día a día, minuto a minuto, segundo a segundo, convirtiendo cualquier tarea diaria en una lucha contra la fuerza de la gravedad. De manera tan imperceptible como imparable. "Não soube o que fazer". En el Péndulo de la Condesa compro dos libros y la marea baja. Dos libros. Es barata la felicidad. Pero también es frágil como bloque de hielo. Pronto se olvida. Se diluye en el cemento ardiente de esta tarde de invierno.

20. Naturaleza muerta de un sábado a las siete de la mañana, observada desde Lamartine 209, cuarto piso. Tres coches cadáveres encerrados tras unas rejas. Los contenedores de basura rebosantes de vida sobre la

acera. Un árbol de una quietud sobrenatural, sus hojas observándome fijamente. Por cierto, ignoro a qué especie pertenece ese árbol, con quien ya he compartido más de dos años de mi vida. Cuyas ramas, casi acariciando el ventanal de mi casa, me han visto en todas las circunstancias imaginables. Quizás el único ser vivo que podría definir con conocimiento de causa quién soy ahora.

23. Cada año, cuando se acercan estas fechas, recuerdo aquel viaje absurdamente improvisado a Irán en la navidad de hace siete años. Fui enviado para coordinar el despliegue de la ayuda humanitaria de nuestra Agencia de Cooperación tras el terremoto que asoló el arenal interminable del sur del país. Y que redujo a ruinas aquella soberbia fortaleza de adobe que protegía el oasis de Bam. Recuerdo, sobre todo, el frío de los primeros días en Teherán, gélido en la meseta desértica del sur de la ciudad y suave en el norte, sobre las faldas de los montes Alborz. Y recuerdo los días en Bam, el olor de la carne sepultada bajo aquella destrucción, y la naturalidad con que el adobe volvió a hermanarse con la arena del desierto, de la que hace siglos fue violentado. Y recuerdo, sobre todo, el asombro (solo con el tiempo madurado) de aquella visita, veloz e intempestiva, a Isfahan: su esplendor de puentes, cúpulas, ventanas, porches y alminares. Y su luz; esa luz reflejada en el fulgor del azulejo y remansada por un declive largo y moroso de siglos…

24. Tres propósitos para el nuevo año:

1. Aprender a distinguir la muerte de esta batalla.
2. Ser capaz de prolongar indefinidamente el éxtasis que precede a todo viaje.

3. Tomarme una foto delante de mi biblioteca, probablemente lo único apreciable que legaré a mis herederos.

❧

2009

Si la tierra es posada provisional para todos, para el diplomático lo es en grado sumo. De ahí que el frívolo caiga en danzarín; el poco resistente en desequilibrado y estrafalario; el profundo en filósofo desengañado (…)

Alfonso Reyes

3 de enero. Esto, que al inicio pretendió ser un modesto diario de lecturas, está convirtiéndose contra mi voluntad en una crónica de algo que aún no sé definir. Que fluya, qué otra cosa se puede hacer… Y es que la literatura es amante despiadada. Exige de quien la corteja una tensión similar a la que la religión impone al pecador –"Y si no velares, vendré a ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré a ti" (Apocalipsis de Juan). Pero de todas sus servidumbres, la más onerosa es esa pose que cambia radicalmente la naturalidad descuidada con que vivíamos antes. Y en ello nada influyen los alcances de la literatura que uno escriba. Aunque sea consciente de que únicamente unos pocos lectores errados o compasivos llegarán a hacerse con mi libro en el estante olvidado (perdón por el pleonasmo) de poesía de alguna librería, cargo ya el peso de saber que ese libro llegará a unas pocas manos ajenas; el terror de que incluso algunos ojos, los menos, leerán los versos en él escritos negro sobre blanco; la incertidumbre sobre qué dirá ese lector, si callará o dialogará con esos versos.

4. Después de demasiados días sin poner los pies en una librería, salgo con ese propósito esta mañana de domingo y me doy de bruces con una ciudad vacía, irreal. Como en una concha marina, el silencio de hoy trae el reverbero de los motores, cláxones, sirenas, fogones callejeros, vendedores ambulantes, en fin, la banda sonora

cotidiana de la ciudad, que se ha ido acumulando durante décadas de tráfago y que, aun en los días en que la vida se detiene, es posible escuchar a poco que uno afine el oído. Al volver a casa me encuentro a Piedad recitando, como letanía de domingo, párrafos enteros de *La isla del tesoro* en los que acentúa exageradamente determinadas cesuras que acompaña con un sonoro zapatazo cuya razón se me escapa. El objetivo del ejercicio, me cuenta luego, es transformar nuestras "ces", tan sonoras y tan abundantes en "eses" que, pese al esfuerzo, continúan sonando forzadas. Mientras ella busca descubrir los sonidos que acechan escondidos en medio de la jungla que creemos familiar, pienso yo en qué frágiles las estructuras del lenguaje, que nos han enseñado a creer sólidas; en qué poco hace falta para que dejemos de entendernos, para que el sentido (el sentido completo) de las palabras se escape por ranuras estrechas, pero profundísimas, como la de una "ce" tozuda que se niega a convertirse en "ese".

6. Cerrada al final del largo pasillo la pesada puerta de nuestro dormitorio, donde Piedad duerme ya, apagando a mi paso todas las luces de la casa, camino quedo hasta el salón y allí, cómodamente recostado en el sofá, me enrollo en una manta ligera (suficiente para combatir el fresco de las noches de invierno en el valle) y me preparo a disfrutar de mi lectura, para sumergirme en ella hasta alcanzar las cumbres peladas del insomnio. Como Bartleby disfrutaba a solas de su espacio tras el biombo, de su rincón en el mundo. ¿Acaso era otra cosa que leer lo que hacía Bartleby en su capilla? ¿Acaso cuando ella interrumpe esa lectura reclamándome para algún quehacer doméstico no estoy tentado de responder: "I would prefer not to"? ¿Cuántas veces al día pasa por nuestra mente la materia de la experiencia literaria sin que seamos conscientes de ello?

18. Fijada para el próximo martes la presentación de *Lo que los dioses aman* en el Centro Cultural, calle Guatemala, a espaldas de Catedral. Me acompañarán Víctor Manuel Mendiola, Marco Antonio Campos y Jorge Valdés Díez-Vélez. Escribo un texto que no me deja del todo insatisfecho, y eso me preocupa.

21. ¿Qué queda del ejercicio de vanidad de ayer? Los comentarios que Marco Antonio Campos me hizo al teléfono por la mañana. La segunda sección del libro, "Ciudad del Valle", es la más floja, la que ha sido escrita con menos reflexión, dejándome llevar por sensaciones epidérmicas, por el folclor de esta ciudad. Aún no he escrito nada decente sobre Ciudad del Valle. Callar más de lo que se dice, reitera Campos, es el secreto de un buen poema. ¿No será, entonces, mucho mejor callar del todo?

27. A primera hora, lecturas en la *Historia de la filosofía* de Russell y *Los filósofos griegos* de Guthrie. ¿Por qué leer *sobre* y no leer *a*?

❧

Avanzada esta mañana de vacaciones, paseo por Mazatlán, una de las anchas avenidas de la Condesa, donde descubro una librería de viejo de sugerente nombre: "El hallazgo". Y la cosecha del día es generosa: la edición de *Ocnos* que la Universidad Veracruzana hizo en 1963, al cuidado del propio Cernuda. En la primera página, unas iniciales y la leyenda "Xalapa '64"; más adelante, algunos subrayados a lápiz, extremadamente cuidadosos; y, por fin, la reseña recortada de una revista (doblada al medio y colocada entre las páginas); pruebas más que

suficientes del criterio lector del comprador original de este libro. Un comprador que ya no me es del todo desconocido. También surge otro producto de la Universidad Veracruzana: los *Cuentos nerviosos* de Carlos Díaz Dufoo; no el Carlos Díaz Dufoo de quien leí una selección de aforismos, ingeniosos pero insustanciales, editados por la "Tumbona" de Luigi Amara (en cuyo catálogo, posmoderno batiburrillo, lo mismo se encuentra a Dufoo que a Maximiliano de Austria), sino su padre, modernista, autor de aquella colección de cuentos que hoy descubro, y que promete. El primero, titulado "Por qué la mató", comienza así: "Y fijando en ella sus grandes pupilas de felino, aquel impasible, que parecía haber absorbido los desalientos de muchas generaciones, tuvo un gesto trágico. Sus labios temblaron un momento, convulsivamente, y por su frente cruzó una sombra siniestra. Luego, sacudiendo con energía su cabeza: –¡Te mataría! –dijo, y su voz resonó con estridencias metálicas…".

❧

Suplementos literarios. Habitualmente postergo un par de días la lectura de "Babelia" y "Abcd", de "El Ángel" y "La Jornada Semanal". Llegan la mañana del sábado, los coloco sobre la madera del suelo en algún lugar de la casa, y allí reposan pacientemente, como placer a sabiendas demorado, hasta que el lunes o el martes los abro y los devoro con fruición, libreta en mano –como necesario antídoto contra la rutina de la semana. No es en absoluto extraño que las novedades editoriales aparezcan reseñadas al mismo tiempo en dos o más de esos suplementos. Pero sí que los ineludibles Guedea –en "La Jornada"– y Romeo –en "Abcd"– coincidan en algo que no es precisamente una "novedad editorial":

esta semana ambos citan en sus columnas los diarios de Samuel Butler. Según Romeo, Cristóbal Serra los ha traducido para la editorial Cort. Tarea para el viaje a Madrid de las próximas semanas.

1 de febrero (*en Huatulco*). Cuanto más se viaja, menos profundas son las sensaciones que deja la jornada. Apenas el reflejo somero de algo ya entrevisto en algún lugar y en algún tiempo olvidados. Así me sucede con esta costa de Oaxaca. ¿Qué imágenes guardará la retina? Una arquitectura incompleta; campos de fútbol improvisados; palmeras; una bahía (Puerto Ángel) de inconfundible sabor italiano. Y una noche que nunca acaba de caer sobre la tierra caliente. Pero de este viaje quedará, sobre todo, uno de los libros más originales que me haya encontrado alguna vez. Doy con él en un puestecillo improvisado a la entrada del hotel en que nos alojamos, donde convive con la literatura perecedera (*best-sellers* y autoayuda) habitual en sitios de playa. Se titula *Olinalá*, y el nombre de su autor, Gutierre Tibón, me resulta desconocido a la vez que misterioso (del todo imposible formarme cualquier idea acerca de su origen). Más tarde leeré sobre este viajero italiano que se enamoró de México tras una visita en los años cuarenta y que hará del país americano su segunda patria, dedicándole sus mejores páginas, ágiles, eruditas pero nunca fatigosas (escribirá sobre temas, tan en apariencia insustanciales, pero en realidad tan profundos, como el significado del ombligo en las cosmogonías mesoamericanas o el origen de los nombres americanos: una de sus obras más conocidas es justamente *América, setenta siglos de la historia de un nombre*). Pero ahora, con *Olinalá* entre las manos, nada sé de todo eso y antes de hojearlo imagino tratarse de algún tratado, más o menos sesudo, sobre la tradición artesana de ese pueblo remoto

de la montaña de Guerrero. Y lo que en realidad atrae mi atención no es el contenido, sino el envoltorio: el pequeño volumen tiene las tapas por completo cubiertas con motivos vegetales y animales de vivos colores y, lo más sorprendente, ¡el filo, tintado en rojo, exhala el mismo aroma resinoso que las cajas que en Olinalá se hacen con la madera del lináloe, pariente del mítico copal! Pronto sabré que el interior no desmerece en absoluto tan delicado exterior: el *Olinalá* de Tibón resulta ser un vivísimo relato de un viaje a esa región de Guerrero en los años cincuenta. Un viaje en el que la voz de los "informantes" locales (de toda condición: del alcalde a los doctores; del cura a los artesanos de la madera) se entreteje con la del viajero, que con frecuencia tiene la generosidad, no demasiado habitual en quienes escriben este tipo de relatos, de dejarnos oír las voces ajenas sin pasarlas por el tamiz de su mirada, limitándose a contextualizar o a dejar una nota erudita acerca de cosmogonías indígenas o a trazar unas pinceladas de cierto paisaje o personaje. Y en el curso de cuya entretenida lectura nos enteramos de cosas interesantísimas: de los líos de la atribulada vida política local (con magnicidio de por medio: un alcalde será asesinado por su secretario); o de inesperadas conexiones entre la típica jícara para beber chocolate que aquí se hace y el verbo en dialecto toscano que significa "beber ávidamente"; o, por fin, de que Olinalá no solo produce algunas de las mejores artesanías de madera del país; quizás lo que más enorgullece a sus habitantes es que de allí son originarios los famosos frijoles saltarines –*the Mexican jumping beans*. Orgullo que siente con énfasis particular el heredero del hombre de negocios local que emprendió su exportación a la capital y al extranjero, que le confiesa a Tibón: "Los *brincadores* no son, desde luego, una gran mina de oro, pero sí un pequeño filón seguro. Usted sabe

que somos pobres, y nos defendemos lo mejor que podemos con los recursos escasos de nuestra región".

4 (*de noche*). La palabra –mi más íntima enemiga. Hoy, por ejemplo, tropiezo dos veces con la misma, "pecio". Pecios famosos, como los de las películas hundidas o ni siquiera botadas a la mar por Orson Welles. Cabrera Infante cita en *Arcadia todas las noches* una película titulada *Camino de Santiago*, que Welles quiso rodar en México con Dolores del Río como protagonista y que iba a ser la primera de su contrato con la RKO. Vuelvo a la excelente monografía de Santos Zunzunegui (que, en su momento, ahora lo recuerdo, dejé a medias a la espera de volver a ver todas las películas de Welles) y encuentro todo un capítulo titulado "Pecios y naufragios", que esta noche voy a devorar con fruición. *Heart of Darkness*. Según Zunzunegui, fue, en realidad, este el primer proyecto en que Welles trabajó en el marco de su contrato con RKO (firmado en junio de 1939 y que le obligaba a presentar su primer film en enero del año siguiente). El origen de *Heart of Darkness* fue una emisión radiofónica del Mercury Theatre en la CBS, que salió al aire la semana siguiente a la ya mítica *War of the Worlds* y que seguía, en lo esencial, la obra de Conrad. Welles trabajó con Amalia Kent, una de las mejores *script supervisor* del Hollywood del momento, en un guión que convertía a Marlow en un ciudadano norteamericano que trabaja para una compañía alemana y en el que el agente colonial Kurtz aparece como un claro precursor del nazismo imperante en Europa. En una genial ocurrencia formal, Welles pensó en convertir a la cámara en Marlow, de manera que el espectador (vi)viera a través de sus ojos (es decir, a través de la cámara) la búsqueda de Kurtz y, de paso, tomara consciencia de la frágil estructura sobre la que se asienta nuestra civi-

lización. Según el guión, en la primera escena la voz de Welles anunciaba a los espectadores: "Ustedes no van a ver esta película. Esta película les va a suceder a ustedes". Sobre un fondo negro comenzaba a recortarse la silueta de una cámara mientras la voz en *off* decía: "That´s you. You're the camera. The camera is your eye". La escena finalizaba con el desfile por la pantalla de un ojo humano, un signo de igual y la palabra "Me". El estallido de la II Guerra Mundial y la complejidad de la técnica cinematográfica elegida llevaron a la RKO a abandonar el proyecto. Descartada la adaptación de *El corazón de las tinieblas*, Welles se embarcó en un *Mexican Melodrama*. Basado en la novela de Calder-Marshall *The Way to Santiago*, habría de ser protagonizada por el propio Welles y Dolores del Río. La trama (según Zunzunegui el guión original se halla en la Universidad de Wisconsin) tiene como núcleo el duelo de sosias entre un locutor de radio filonazi que desde México intenta propagar sus ideas en los Estados Unidos y, al mismo tiempo, promueve una revolución fascista en México, y un joven norteamericano con amnesia y un extraordinario parecido al locutor de radio que aprovecha la emisora filonazi para avisar de la conspiración en marcha en ambos países.

❧

Leo también en *El País Semanal* una entrevista con Jesús Franco, quien se inició en el mundo del cine con Welles (*Chimes at Midnight*), y hace honor a su magisterio. Dice Franco: "El cine está hecho para divertir, nació en una barraca de feria y sigue siendo una ilusión de feria". Como Welles, entiende Franco que el cine es el heredero universal de aquellos espectáculos de "novedades" que hacían más soportable la vida a las masas obreras del

Londres victoriano con su desfile de enanos, cojos danzantes, hermafroditas, muchachos escamosos, hombres elefante y mujeres barbudas. Y que lo esencial, por tanto, es la ilusión óptica, el trampantojo, el juego, la prestidigitación –mal que le pese a tanto intelectualoide coñazo de cineclub.

6. Con excitación encuentro en la red una que se promete larga entrevista a Juan Rulfo. La firma un tal Waldemar Verdugo Fuentes, en cuyo currículo destaca ser jefe de redacción de la edición mexicana de *Vogue*. En realidad, más que entrevista, me encuentro un conjunto de dudosas opiniones (algunas de tan gran profundidad como «el "realismo mágico", la más bella escuela literaria del siglo XX») y juicios nada originales acerca de Rulfo y su obra en la que la voz del maestro se oye poco, y lo que es peor, traducida por el entendimiento (!) del entrevistador. Confundido, imagino, por la estupidez de su antagonista, ni siquiera el maestro está lúcido. Al comienzo afirma: "La plata de México, junto a la plata y el oro del Perú, hicieron la riqueza de Europa, no solo de España, y dejaron comunidades sin desarrollo verdadero cuya tragedia aún arrastramos." Aunque más tarde, su modestia lo arregla: "No soy ideólogo ni intelectual ni nada". De entre la vaguedad de la presunta conversación rescato dos ideas. Una, acerca del proceso de composición de *Pedro Páramo*: "Primero la había escrito en secuencia, pero advertí que la vida no es una secuencia; pueden pasar los años sin que nada ocurra y de pronto se desencadenan los hechos muy espaciados, roto el esquema del tiempo y el espacio, por eso los personajes están muertos, no están dentro del tiempo o el espacio. Lo que ignoro es de dónde salieron las intuiciones a las que debo su forma: fue como si alguien me dictara". La otra, sobre su originalidad dentro

de una literatura mexicana que entonces, por medio de los *Contemporáneos*, se abría al mundo: "Cuando llegué a la ciudad de México desde Jalisco, los escritores contemporáneos a mí tenían una cultura muy extensa, yo apenas me iniciaba y ni siquiera intenté captar sus estilos; algunos tenían un estilo maravilloso; jamás pensé en superarlos siquiera, porque sabía que era imposible, entonces, yo seguí una línea contraria: busqué la simplicidad. Ellos buscaban la cultura europea mientras yo apenas intentaba acercarme a la cultura mexicana. Por eso, quizás, acuso una cierta diferencia".

9. La principal virtud de *Pedro Páramo* es que aguanta todas las relecturas que quepa imaginar. Hay clásicos para leer (como obligación) y clásicos para releer (con devoción). Me encuentro ahora en ese peligroso momento de indefinición que precede a no sé muy bien qué. Y ahí radica el problema. Leer a Rulfo en este momento no es buena cosa. Nada tan perfectamente acabado como su obra. No es por ello del todo extraño que su lectura haya dado pie a este extraño sueño… Quizás Rulfo, como Homero, como Pessoa, no fue un solo Rulfo, sino muchos rulfos. Cuentan que una mañana, al despertarse, Rulfo se miró al espejo y se vio, más bien no se vio, vacío. Lo que la noche antes fuera su cuerpo de recio campesino se había desvanecido, y alrededor de su ausencia, una multitud de rulfos, idénticos a él, se adueñaban de cada rincón de su cuarto. Todo salvo el espacio frente al espejo que él, el auténtico Rulfo, no ocupaba, el único espacio vacío. Desconcertado, y sin saber muy bien qué hacer con su nueva compañía, invitó Rulfo a cada uno de los miembros de esta curiosa multitud de sosias a recorrer el país de sus campiranas pesadillas. Afirman que la legión de rulfos pateó durante décadas cada una de las incontables coma-

las de polvo del interior. Llegaban a la Comala de turno, preguntaban por los viejos del lugar y, al caer la tarde, se sentaban, taciturnos, a oír sus historias. Dicen que, al ponerse el sol, era imposible distinguir entre los rulfos y los viejos. Un día, cuando los maltrechos zapatos de los rulfos habían ya hollado todos los caminos que llevaban a todas las comalas del mundo conocido, una honda voz les conminó a reunirse en su presencia para oír los resultados de sus pesquisas. Y el cuarto volvió a poblarse. Descubrieron con resignación que lo que cada uno de ellos había oído o contado (tan viejos que ya ni siquiera eso recordaban) era siempre, en cada Comala, la misma historia: una historia de muertos y de polvo. De muertos entre polvo y de polvo sobre muertos. Quizás, sí, por qué no, polvo enamorado. Rulfo, esperanzado, vio en el espejo cómo su cuerpo recuperaba fugazmente su primigenia presencia, pronunció unas palabras incomprensibles y volvió a desvanecerse, esta vez ya sí, cuentan, para siempre. (A pesar de haber recorrido yo mismo todas las iglesias de todas las comalas del mundo, a pesar de haber leído minuciosamente cada una de sus crónicas parroquiales, no he conseguido aún averiguar qué se hizo de los demás rulfos).

Apuntes de un (breve e invernal) viaje a España. Volver es comprar el periódico una mañana en la que el frío, al depositar la moneda en mano del quiosquero, congela la mía. Es buscar el calor de los sillones de un VIPS. Es abrir el periódico, resguardado tras el aroma del café, con un bolígrafo dispuesto en la otra mano. Y así imaginar que el círculo se cuadra: que todo vuelve a comenzar, que es posible repetir el gesto aquel de mi llegada a Madrid. Pero todo en realidad tan distinto de entonces. Todo tan difícil cuando la "noia e la stanchezza", cuando esta usura

ha reemplazado al miedo a lo desconocido –al miedo aquel...

❧

El viaje de esta semana despierta una profunda desazón por la sola perspectiva de volver. Al tiempo, evidencia la fragilidad de los cimientos de mi mundo. ¿Mejor cortar las raíces y convertirme en una planta aérea? Imposible. Las raíces atrapan en una prisión vegetal, asfixiante y al tiempo fría. Una prisión de sobreentendidos que después de treinta años no se puede simplemente cortar. Maleabilidad –la cualidad que en todos quienes aquí me rodean más echo de menos. Todo esto me detiene, me paraliza. Incapaz de escribir. Aun sin ganas de leer. Imantado a la pantalla de la televisión, compartiendo el calor del brasero. En una red que me atrapa en su cálida familiaridad, tan confortable…

❧

Diario de Julio Ramón Ribeyro. Toda narración, aun la simple anotación de un diario, para ser interesante debe portar dentro de sí la semilla de su propia negación. Puesto en términos musicales, mucho más apropiados para expresar esto: modulación tonal. Ese es el secreto. En la modulación, el secreto del arte. En la modulación de los sentimientos del lector-espectador que conseguimos causar sin ser demasiado obvios. Cambiar de tono. Por sencilla que sea, ninguna invención de Bach prescinde de este recurso. Y algo querrá decir eso. Pienso en lo difícil que es llegar a conseguirlo. Ni siquiera los más grandes la alcanzaban siempre. E.A. Poe, por ejemplo. Varios de sus relatos están escritos en una única tonalidad.

El tonel de amontillado es un claro ejemplo. En ningún momento Montresor parece alguien que va a hacer algo distinto de lo que va a hacer. Sus intenciones son manifiestas. Su celada, para cualquiera salvo el imbécil Federico, transparente.

❧

El origen del fado no tiene que ver con el espacio, sino con el tiempo. Y la memoria. Consciencia de ser otros, distintos, extranjeros. Que choca con el recuerdo de lo que fuimos. Y es que quizás, como querían los pitagóricos, nuestra vida ha sido ya vivida. Percibido este instante con la misma gradación, con idéntica intensidad a la que ahora sientes. La pregunta lógica es: ¿por quién?

26. Vuelta a México. El día entero está ocupado por *Los Buddenbrook*. A medida que se acerca su final, retraso morosamente la lectura. La única avaricia de que me confieso culpable es la de la lectura. Cada día me concedo solo unas pocas páginas, siete u ocho capítulos. Para paladear cada frase a pequeños, intensos sorbos. Con la relativamente mala conciencia que deja vaciar la botella de vino guardada en la bodega durante largos años para una ocasión que nunca parece llegar. La gran virtud de la (buena) novela es la creación de mundos habitables; mundos que no queremos abandonar, lo que nos impide dar la vuelta a la última página, que permanece siempre abierta. Frente a ese confort de casa burguesa, la poesía solo ofrece la inhóspita frialdad de un páramo. El teatro, en el mejor de los casos, la animada conversación de una plaza pública.

4 de marzo. (Buena) comida en Quilmes y (mejor) conversación con Jorge Lebedev. Él, me cuenta, preparó la *Biblioteca Personal Borges*, algunos de cuyos volúmenes encontré meses atrás en un puesto de libros de lance. Se ofrece para acompañarme a conocer próximamente al pintor Vicente Rojo, a quien frecuenta en su taller al sur de la ciudad.

5. *Alexanderplatz*: de nuevo es Battiatto quien abre la puerta. ¿Qué lengua ha producido alguna vez una generación de escritores como la alemana en el *fin de siècle*: Mann (1875), Rilke (1875), Döblin (1878), Walser (1878), Musil, (1880), Zweig (1881), Kafka (1883), Benn (1886), Benjamin (1892), Roth (1894), Brecht (1898),...?

7. Olvidaba cómo duele esto. El entontecimiento que provoca la costumbre es nuestro estado natural. Hundidos en el sofá, vemos los días pasar sin ser capaces de habitarlos más que pasajeramente, como el niño montado en el caballito del tiovivo. Pulsamos la vida como el pianista cuyos dedos acarician el marfil de las teclas sin llegar a extraer ningún sonido, y que, no obstante, oye en su interior la melodía; una música desafinada la mayor parte del tiempo. Y siempre pasajera. Después de varias semanas de sequía absoluta, de dudas, de vacío, de mirar al frente desde la parte baja de la montaña rusa, escribo un poema que quizás me ayude a seguir.

17. El próximo proyecto será dedicar a México el libro que le debo. ¿A México, la ciudad soberbia, o a México, el país-continente, ambos inabarcables? Esa es la primera duda que debo resolver. La segunda: el tono. Huir del estilo de un Javier Reverte o un Pino Cacucci, cuyos libros tanto disfruté en mi primera adolescencia y tantos sueños de viaje

y de escritura alentaron. Pero, por otro lado, no estaría mal intentar conservar, de ellos, una cierta ligereza que no es en absoluto desagradable. Y que es quizás lo más difícil de alcanzar por quien no *viaja* a un país, sino que *vive* en él durante un periodo de tiempo relativamente largo.

Un sábado cualquiera en las alturas de Santa Fe. ¿Qué ocurre tras las ventanas, cortinas abiertas, del último piso de aquel hotel? ¿Alguien me mira desde allí? ¿Me reconoce? ¿Me reconoce la niña de cuatro años, la carita pintada de payaso, que me pide una moneda golpeando, acariciando casi, el cristal del coche? ¿Cómo me ve? ¿Extraño o semejante? ¿Diferente? Yo, por ejemplo, no la veo a ella. La veo, sí. Pero me digo que no la veo. Que, de hecho, no hay nadie al otro lado del cristal. Solo una ciudad que me hace sentir extraño, un frío viento que ensucia mis músculos y contra el que ningún abrigo vale. Hablo sin parar conmigo mismo. Como si eso fuera verdadero diálogo. Como si de esa manera pudiera controlar la oleada de desamparo que me invadirá en las próximas horas. Hoy ni siquiera sé si voy a volver. Mejor quedarme en cualquier agujero. Hundido. Próximo al animal acuático que algún día fui. Pero sin la bendición de una corta memoria. Por el contrario, una acuciante necesidad de justificarme. Miedo a ser quién sabe. Miedo de mí. Miedo de no poder. De no alcanzar. Aunque en realidad yo no sea más que una música oída en alguna parte y que todo el mundo ha olvidado. Una melodía ligera, chispeante, olvidadiza en su sencillez. Nada demasiado original. Tan similar a tantas otras, que en cinco minutos nadie la recordará. Pero, por otro lado, nada de eso menoscaba la certeza de que esa condición de andariego es lo único que vale la pena. El solo antídoto contra la ética, la imposición, la espartana verdad. Si la única ley verdadera es la del caos, permanecer carece de sentido.

23. “Todo diario es un lento suicidio”: Marañón, citado por JRR en *La tentación del fracaso*. El problema con los diarios es que los cambios de opinión, que tan normales nos parecen en la vida real, adquieren un cariz filosófico. Uno no puede sostener la inmortalidad del alma el 15 de febrero y defender justo lo contrario el 17. Y, sin embargo, uno de los mayores placeres para quien mantiene un diario (y quizás una de las más fuertes motivaciones para no quebrar la disciplina estricta que imponen) es justamente esa posibilidad de reescribir su propia historia.

❧

Si la niñez es la más absoluta de las libertades, la paternidad es la más pesada de las servidumbres. El niño exige sin límites. Cree tener un derecho irreflexivo y primigenio a todo. “¡Papá, la paga! ¡Mamá, un cuento! ¡Papá, ven a arroparme!” Un derecho que no admite discusión, solo engaño.

24. No debería escribir sobre este encantamiento. Los sentimientos verdaderos (y solo son verdaderos si provocan un dolor profundo en algún lugar recóndito de la quijada, un estremecimiento incontrolable de las cervicales) se ensucian al quedar cincelados en el papel. Si los pongo por escrito, dejan de hacerme daño. Dejan de ser. “Chi può dir com’egli ardi, è in picciol fuoco”.

29. Otra mañana de domingo. Una suave brisa desprende las lilas de la jacaranda. Porque una jacaranda, ahora me percato de ello, es el árbol que ha estado ahí, tras la cristalera de la biblioteca, frente a mi mesa de trabajo, observándome los últimos tres años de mi vida. En los días pasados, la intimidad que había alcanzado con

ella se ve interrumpida por un tercero en discordia: cada mañana mientras me anudo la corbata veo cómo al otro lado de la ventana una ardilla corre veloz por entre el follaje verde de la jacaranda, sobre la ciudad de cables que sobrevuela la otra ciudad. Detiene un momento su carrera, gira su inquieta cabecita, me mira con displicencia y por fin continúa su camino.

1 de abril. Hoy comienza un mes menos. Cada día que pasa soy más consciente de que este país ha de acabar para mí. Más alta la sombra de la marea de tristeza en que me adentraré la última noche. Quizás esta sensación de provisionalidad me prepare mejor para la cita con la fina señora. Quizás. En todo caso, me impongo la obligación (que, bien lo sé, pronto habré de quebrar) de escribirlo todo. Escribir aunque no tenga sentido, aunque duela. Aunque cada palabra emborronada me haga más consciente de mis límites. Escribir a pesar de todo. Contra todo. Escribirlo en el teclado de este ordenador cuyas letras comienzan a desaparecer. Tres o cuatro teclas ya están completamente negras. Un pequeño vacío, el del silencio, ocupando el espacio de cada una de ellas. Cuando todas las letras se borren, escribiré en un idioma nuevo, desconocido, insomne. Y quizás podré entonces decir que algo he creado.

3. En algún momento pensamos que llegaríamos a la pedregosa arista del abismo, nos asomaríamos y quedaríamos allí, suspendidos en el vacío del *finis terrae*, jóvenes hasta la eternidad. Pero no, inexorables se acercan los treinta y uno...

4. La pobreza es ansia, tiempo engangrenado, rabia de claxon.

Semana santa. Leo los dos tomitos en bolsillo, espléndidamente mal editados, de los *Descubrimientos en México* del checo Egon Erwin Kisch, el "reportero furioso", otro más de los emigrados del nazismo que acabó en este país. Se leen como una buena novela policíaca, en la que no se cuenta nada, pero se dan pistas de mucho. Algunas de las mejores, que algún día me apetecería seguir hasta el final:

- La República mexicana regaló el volcán Popocatépetl a un general. Al morir este, el volcán salió a pública subasta por 25 millones de pesos. Rockefeller estuvo a punto de comprarlo con el fin de explotar comercialmente el azufre de su cráter. Por esas mismas fechas, Ford negociaba con el Gobierno brasileño media Amazonía para asegurar su emporio del caucho.

- *Le douanier* Rousseau vino a México siendo joven, como músico en las tropas del mariscal Bazaine. O al menos eso contaba él, mintiendo con todo lujo de detalles…

- La lujuriosa grana cochinilla parasita a los austeros nopales. Quizás sea encarnación de la experiencia mística de esos solemnes eremitas.

- Moctezuma a Cortés acerca del envío de su tesoro a Carlos V: "Cuando se lo envíes, dile en tus anales y cartas: Esto le envía su buen vasallo Moctezuma".

- En la capilla de los mártires de la iglesia de San Hipólito se guardan (¿guardaban?) los restos de los caídos en la Noche Triste. Los de Cortés, en el templo del Hospital de Jesús, República del Salvador y 20 de

noviembre, cuatro cuadras al sur del Zócalo. En un sitio estratégicamente bien situado para que nadie se tome la molestia de visitarlo, lo que sorprende sobremanera a Kisch, quien, sin duda, llevaba aún poco tiempo viviendo en México cuando tal escribió.

- Quetzalcóatl huyó avergonzado tras emborracharse con pulque. Y volvió convertido en un trujillano de semblante serio.

- Luis Carvajal el Viejo, judío portugués a quien Felipe II envió a poblar las costas del Golfo de México. Trajo consigo a cien familias judías, de las que descienden los primeros judíos mexicanos. Su hijo, Carvajal el Mozo, fue relajado al brazo secular el 5 de diciembre de 1596 en unión de toda su familia, cuarenta y cinco en total. De entre los pocos que escaparon a la hoguera, Alonso Carvajal de Mendoza y Moisés de Solariel, quienes recibieron el encargo de aplicar sus conocimiento de la cábala a la conversión de la plata de Guanajuato en oro.

- En el Cofre de Perote, volcán del estado de Puebla, hubo un campo de concentración donde fueron internados nazis alemanes.

- …

14. Una buena canción es como un buen amigo. Tras años de silencio, un día reaparece inopinadamente, como resultado de un encuentro más o menos casual, de una trivial conversación telefónica. Sin necesidad siquiera de buscarlos en la memoria, su voz, su presencia regresan como un fantasma de los tiempos a que pertenecen –el

amigo, la canción. Así, tras años de olvido hoy escucho *La quête* de Brel y súbito vuelve aquel primer viaje adolescente a la Bretaña francesa. Ni siquiera tengo ahora la certeza de que hubiera oído a Brel antes del viaje. Pero no importa: *La quête* en mi memoria es *ese* viaje. El largo trayecto en autobús. A las cinco de la mañana, saliendo de aquella ciudad de provincias, sus calles desiertas y mal iluminadas, con veinticuatro horas de viaje por delante, un mundo en sí mismo que se prometía inagotable. ¿Cuántas canciones no habíamos imaginado escuchar, cuántas conversaciones no habíamos previsto tener en aquel espacio de tiempo? Pero ya en algún lugar recóndito de nosotros intuíamos que también aquel tiempo en apariencia infinito habría de tener un fin. Y contra ese final, sinónimo de tantos otros, nos conjuramos los cinco ocupantes del asiento de atrás. Medio niños, medio hombres. Pero decididos a no dormir. A exprimir con la consciencia de la vigilia cada segundo de ese trayecto. En la primera parada al otro lado de la frontera, las primeras palabras torpemente pronunciadas en un idioma extranjero. También a aquel viaje pertenece, aunque se empeñe la memoria en afirmar que fue siglos después, el primer beso, torpe, tardío, una noche fría de marzo (¿quizás abril?) en *la patinoire* de Rennes. Ella, adolescente de mi edad, y cuyo nombre intento ahora recordar con todas las fuerzas. Imposible. Inevitablemente confundidas en mi memoria aquella escena con una de Léolo en la que el pequeño canadiense se aferra a las enormes tetas de una adolescente que le dobla en tamaño (y en vida) en medio de un paisaje igualmente destartalado. Como algo forzado, debido. Desprovisto de cualquier naturalidad. Desmañado.

❧

Hoy, al oír un fragmento de *La quête* en la televisión, recupero el cedé y vuelvo a escucharla sin cesar hasta que consigo que suene dentro de mí como una música interior. Y creo vislumbrar por qué aquello me emocionaba hasta un punto que ahora me cuesta tan solo imaginar. Busco en *youtube* y encuentro un video de la canción, en lo que parece ser el programa de Nochebuena de la televisión pública francesa –diciembre de 1968. Un plano largo en el que, sobre fondo casi completamente negro, se intuye una figura humana apoyada sobre algo que aún el ojo no es capaz de definir. "Rêver un impossible rêve". El plano se va cerrando con parsimonia. Vamos intuyendo que lo que sostiene a la figura es un artefacto con forma de arborescencia, que bien podría ser un bastón de peregrino o una lanza. "Peu m'importent mes chances/ Peu m'importe le temps/ Ou ma desespérance". Sí, eso es, una lanza partida a media altura, injertada de árbol. Remendada a la mitad con un pañuelo blanco. "Et puis luter toujours". Frágil, pero suficiente para aguantar el peso de lo que ya vemos claramente que es un hombre. Jacques Brel con un disfraz, casi bufo, de Quijote. O mejor, de Alonso Quijano derrengado, desfalleciente, moribundo. Consumida la carne. "Brûle encore, même trop, même mal". Ya solo cejas, puntiaguda barba. Transida el alma: "Pour atteindre l'inaccessible étoile". Un Quijano hecho apenas de memoria…

16. Antonin Artaud: "México me dará lo que deba darme". ¿Qué me ha dado a mí? Esta necesidad de contar.

Ese sábado. Vuelta a la casa de Frida Kahlo en Coyoacán, parada obligatoria con todas las visitas. Como cada vez, me detengo largo rato ante un minúsculo paisaje de Tanguy antes de seguir hacia los dos únicos lugares

que aquí merecen la pena: la biblioteca y el jardín. Falta alguna explicación sobre los amuletos que pertenecieron a Frida: por ejemplo, esta "cuadrilla" de mal de aire de estilo virreinal que pasa completamente desapercibida para todo el mundo. Quizás mejor así, que nadie intente explicarlo. La biblioteca-estudio, en la planta de arriba. Un hermoso librero de madera sin barnizar y puertas acristaladas. Todo de una sencillez exquisita, aparentemente natural –esa trabajada sencillez que es lo más genuino de este país, germen de su arte más duradero, el erudito tanto como el popular. Sobre las baldas de los libreros, varias de las figuras prehispánicas que pertenecieron a la ingente colección de Diego Rivera: guerreros de cortas extremidades y rostros en cuya expresión una pretendida fiereza no consigue ocultar la bonhomía, casi dulzura, del modelo. *Curiosités* como la máscara de gas que Rivera utilizaba mientras pintaba sus murales. Perdón, mientras una cámara de fotos inmortalizaba a Rivera pintado sus murales. Entre los libros, mucha literatura marxista, mucho arte mexicano, mucho Whitman. Apunto algunas referencias sugerentes: *La Familia Carvajal* de Alfonso Toro (Editorial Patria, 1944), el *Don Quijote liberado* de Lunacharsky (Editorial Luz, 1934), los *Six Months in Mexico* de la periodista norteamericana Nellie Bly (originalmente publicado en 1888 y aquí en una edición posterior). Al salir a la calle, aun con el frescor del jardincillo en la piel, veo un curioso anuncio escrito a mano en una hoja de papel y pegado con una chincheta en la corteza de un árbol. Siento que ha sido colocado allí justamente para que yo lo vea: "jiménez livros esotéricos 55410823".

La semana siguiente. En la Universidad del Claustro de Sor Juana, inauguración de una cátedra en honor del filó-

sofo del exilio español Eduardo Nicol, quien enseñó durante varias décadas en la UNAM. En representación del Embajador, ocupo un puesto en el *presidium*, sobre lo que en algún tiempo fue el altar mayor de la iglesia de San Jerónimo, con un magnífico retablo barroco a mis espaldas. Por los corredores de los claustros (hasta cuatro) anejos a esta iglesia paseó la de Asbaje y no es descabellado pensar que en el curso de esos paseos fuera concebido su *Primero Sueño*, que funda la que me parece más brillante veta de la tradición lírica mexicana: aquella que reposa sobre la confianza en la "centella" intelectual como única definición posible de lo humano; y que se prolonga hasta cierto Paz y, sobre todo, hasta su otra cumbre: *Muerte sin fin* de Gorostiza. Los focos, justo frente a mí, están dispuestos de tal manera que, si levanto la mirada de los pocos folios que he escrito, solo alcanzo a ver una negrura interminable. Así, cuando me llega el turno y comienzo a leer, tengo la sensación de hacerlo asomado de bruces a un pozo –las piedras de los muros reverberan la voz con un eco molesto. Durante una de las intervenciones, comienzan a sonar las campanas de alguna de las cientos de iglesias del Centro, en cuyos márgenes nos encontramos. No se oye en las grandes ciudades el repicar de las campanas. Quien en ese momento está en uso de la palabra persiste en su perorata. Sin darse cuenta de que no hay palabras que puedan frente al sonido cuasi tribal de las campanas: cuando las oímos todo lo demás queda en suspenso. Se callan las campanas y alguien habla entonces de las "vocaciones libres". Pienso que es un estupendo título para un libro de poemas –y para uno de autoayuda. Anoto otras ideas. 1) En la vigilia, la verdad. 2) En la traducción del ser al símbolo el actuar propiamente humano. 3) El *nómon* del mundo que lo gobierna todo a través de todo. 4) Volver a Heráclito, Gracián y, por supuesto, a Sor Juana. Acaba el acto y salgo

de la universidad con un cita de Nicol rondándome la cabeza en su aparente trivialidad: "Pierde futuro todo presente que niegue el pasado".

4 de mayo. Diez días fuera de la ciudad. Viaje con familia y amigos al Yucatán, de uno a otro extremo, con paradas previstas en Playa del Carmen, Mérida y Campeche. El viaje, cuidadosamente planeado durante semanas, se ve interrumpido por el brote de gripe H1N1. Nos impactan las imágenes espectaculares de la ciudad de México que la televisión ha ido vomitando. Nos quedamos embelesados viendo en la pantalla las grandes avenidas vacías; los cines y cafés, los supermercados que habitualmente frecuentamos, todos con las cancelas bajadas; viendo a la poca gente que se atreve a salir a la calle con el rostro semioculto por mascarillas blancas que aparentemente (todo tan confuso aún) bastan para evitar el contagio. Pero, sobre todo, el viaje se complica porque las puertas se nos van cerrando: primero los museos y zonas arqueológicas en Mérida y alrededores, que nos disuaden de acercarnos a uno de los sitios más mágicos de la península: Uxmal; más adelante, en Campeche, ya se nos hace difícil encontrar incluso un restaurante abierto donde comer. Como no tenemos nada que hacer decidimos recorrer la ciudad en el trenecillo turístico, que tantas veces hemos mirado con desprecio mientras circulaba, atestado de viajeros despreocupados, por el centro de otras ciudades. Campeche se ha vaciado de turistas y el calor aprieta a esta hora, así que no extraña que el tren esté vacío, inútil solitario en el centro de una plaza de calma tan provinciana como la de ese mar que desde aquí se ve y que antes que mar parece castellana llanura. Somos cinco, así que nos instalamos en la última línea de asientos, convenientemente alejados del conductor, *just in case*. Pero un segundo antes de que el

tren se ponga en marcha, con el motor ya vibrando, de la nada surge una familia numerosísima, abuelos, padres, tíos, nietos, más de veinte en total, que llenan todos los lugares disponibles delante de nosotros con una algarabía de gritos… y de toses. Los cinco nos miramos y discretamente nos cubrimos la nariz con pañuelos. ¡Qué pronto nos hemos adaptado a este tiempo de enemigos inasibles! ¡Y cómo contrasta esa desazón irracional con el cielo imperturbable, bajo, planísimo, del Yucatán! Pese a todo lo que creemos haber avanzado, pese al progreso moral, pese a la *fraternité*, seguimos reaccionando frente a las plagas como en la Edad Media: lo primero, la desconfianza frente al vecino, que nos sale sin esfuerzo, perfectamente natural.

❧

Una llamada del Embajador, que esperaba desde hace un par de días, pone definitivamente fin a las vacaciones: tengo que desplazarme a Cancún para trabajar en la repatriación de los españoles que quieren volver a casa y dejar atrás la que todos los medios allí califican de pandemia, un trabajo que resulta mucho más sencillo que en ocasiones previas porque nunca se interrumpen las conexiones aéreas con España –en Cancún, las repatriaciones suelen ser sinónimo de tormenta tropical, y ello obliga siempre a buscar aeropuertos alternativos al de Cancún: Mérida, Campeche, Villahermosa. No en esta ocasión. Nos instalamos en uno de los hoteles que gestiona el Cónsul Honorario, y en los días siguientes descubrimos que, como Nueva York en la canción de Sinatra, Cancún nunca apaga sus luces, ni siquiera por causa de una epidemia que se anuncia devastadora. Los *gringos* siguen cómodamente instalados en las piscinas de los *resorts* y, sobre todo,

en las barras de bar de tales piscinas. Disfrutando de sus *rib eyes* en restaurantes con *waitresses* de escote generoso, y de sus clubs de nombre tropical. ¿A quién se le ocurre que una simple pandemia va a amargarles el *springbreak*…?

5. A la vuelta a casa, lo primero es el recuento de libros que esperan en la mesilla de noche. Los dos recientemente traducidos por mi hermano (*La evasión silenciosa* de Lena Constante y un ensayo de Ion Vartic sobre Cioran); el *Viaje al país de los tarahumaras* de Artaud y el *Viaje a México* de Morand; dos biografías noveladas: la de Mailer sobre Hitler y la de Enrique Serna sobre Santa Anna; *Los demonios en el convento* de Benítez y el *Mefisto* de Klaus Mann; *Tiempo de silencio*, los relatos de Cortázar, la *Eneida*, el *Orlando* de Woolf, los tres ubús de Jarry. Añado esta tarde dos novelas de McCarthy y una de Padilla. ¿Cuáles conseguirán atravesar la antecámara y llegar a la sala de vistas?

9. Max, que así se llama el dueño de la librería de viejo "El hallazgo", en Mazatlán, 30, me enseña su sanctasanctórum, el "Burroculto". Sobre la avenida Durango, ocupa los bajos de un inmueble de mediados del siglo pasado construido alrededor de un patio rectangular que recuerda a una corrala madrileña. El aspecto exterior –ventanas rotas, muros desportillados– oculta un secreto espléndido: un pequeño apartamento que libreros macizos y atestados de libros dividen en varias dependencias. En una de ellas se encuentra la oficina de Max, en la que conserva los libros más caros. Pero no están allí los que más me interesan. En la sala más grande encuentro las *Páginas del destierro* que Costa-Amic editó a Álvaro de Albornoz en Quetzal, y donde el abogado republicano dedica a Cárdenas las famosas palabras que hoy rezan en la base del monumen-

to al Presidente mexicano en el Parque Norte de Madrid: "Extranjero, detente y descúbrete: este es el presidente de México, Lázaro Cárdenas, el padre de los españoles sin patria y sin derechos, perseguidos por la tiranía y desheredados por el odio"; en primeras ediciones también, la *Tercera elegía jubilar* de Domenchina y *La voz apagada* de Pepe Bergamín; de Gaos, el curso que la UNAM le editó en 1960 bajo el título *De la filosofía*, así como *En torno a la filosofía mexicana*, un librito que forma parte de la colección "México y lo mexicano", dirigida por su discípulo Leopoldo Zea y en la que se reunió lo mejor de la filosofía mexicana del momento; también una bella edición mexicana de los años cuarenta de las memorias de Casanova, con estudio introductorio de Zweig. A última hora, ya de salida, tropiezo con un álbum titulado *Fisonomías de animales*. Su autor: el ilustrador y grabador poblano Erasto Cortés Juárez. Lo hojeo e inmediatamente reconozco algunos de sus grabados. ¿Dónde los he visto? No en un museo, sino –ahora lo recuerdo– en lugar bastante peregrino: en los pasillos de la Sala de Autoridades del Aeropuerto Benito Juárez, uno de los lugares de México que mejor conozco. Cuántas vueltas no he dado por esos pasillos, a la espera de alguna autoridad española, normalmente a horas intempestivas –el vuelo de Madrid llega a las seis de la mañana; a las cinco y unos pocos minutos en algunos periodos del año. Las paredes de ese pasillo estuvieron ocupadas durante bastante tiempo por unos grabados de animales característicos de la fauna mexicana a los que acompañaban descripciones breves, pero deliciosas, de cada uno de ellos. Hoy descubro que aquellas imágenes pertenecen precisamente a *Fisonomías de animales*, publicado en 1950 por la Editorial Mexicana con una tirada de 275 ejemplares, cada uno de ellos con cuarenta grabados, todos hechos a mano por el propio Cortés.

10. Ayer a última hora de la tarde, café en la Condesa con Yuri Herrera, a quien he conocido gracias a los buenos oficios de Julián Rodríguez, paisano y editor de la "trendy" Periférica (cuyo "trendismo", como casi todos en mi país, es jugosamente enjuagado con dineros públicos). Herrera escribió hace unos cuantos años *Trabajos del reino*, que recibió algún premio institucional y pasó completamente desapercibida en México, hasta que el año pasado la "descubrió" Rodríguez. Ahora está a punto de publicar su segunda novela. Hidalguense de Pachuca, ha vivido varios años en Estados Unidos, circulando por sus universidades, de cuyo interés por la cultura mexicana no sé si somos realmente conscientes (el que no lo sea, eche un vistazo al catálogo de la biblioteca de cualquier universidad estadounidense, en particular las del sur, y sorpréndase encontrando en ellas casi todo lo que se publica no solo en México, sino en buena parte del "mundo hispano"). Este curso, Herrera imparte clases en la Universidad Iberoamericana, "la ibero", donde los jesuitas amamantan a los cachorros de las clases dirigentes del país, habiendo en esto sobrepasado ampliamente a las *almae matres* más tradicionales: la UNAM y el Colegio de México. Herrera se sorprende diariamente de la nulidad mental de sus alumnos, más preocupados en vivir al máximo la vida que el dinero de sus padres hace posible. Dinero y vacío intelectual son dos elementos que en este país, como en todos lados, suelen ser compañeros de viaje. *Trabajos del reino*, le digo, es una excelente *novella*. Aunque por el entorno en que la acción se desarrolla muchos de quienes han escrito sobre ella la han calificado de "narconovela", lo que más me interesa es la reflexión acerca del poder a través de esa figura, siempre enigmática, del bufón –a la que, por cierto, Moreno Villa dedicó uno de sus primeros trabajos publicados en México, el magnífico *Monstruos, ena-*

nos y bufones en la corte de los Austrias. Porque más que Artista (ese es el nombre del personaje principal en la corte del capo), el protagonista de la novela es un bufón con todas las de la ley. Cuando dos hombres se juntan, siempre hay uno que se ríe y otro que soporta. Y mientras todo quede por ahí…

16. Hoy, tras un largo paréntesis, vuelta al Centro Histórico. Uno en esta ciudad siempre vuelve al centro. Atraído normalmente por alguna excusa, pero en el fondo buscando quién sabe qué. Probablemente para no olvidar dónde vive. Hoy la disculpa son dos exposiciones en el Colegio de San Ildefonso. Una, fotografía de David Lachapelle; la otra, sobre las rutas de la evangelización del norte de la Nueva España. Abochornado por la primera, no me quedan fuerzas para intentar la segunda. Prefiero perderme por las calles de la cuadrícula a la búsqueda del Museo del Libro, grial que otras veces otras he perseguido sin demasiado esfuerzo –y, por tanto, sin éxito. Aquí, en el Centro, buscar algo requiere una extraordinaria disciplina y, sobre todo, una voluntad férrea, tal el abanico de motivos que a cada paso amenazan con distraer la atención del paseante que lo recorre. Al final, el Museo del Libro resulta ser un fantasma que existió (cuándo, no he encontrado a nadie que sepa decirlo) en una casa medianera con el Templo Mayor, en pleno Zócalo. Casa histórica, pues allí estuvo instalada la imprenta de Juan Pablos, que es tanto como decir la primera del continente. La casa del decano de los editores americanos hoy solo alberga una librería –pero, seamos razonables ¿acaso tiene sentido que un museo del libro sea otra cosa que una librería? En sus libreros, no demasiado bien surtidos, compro *Los caracteres de la escritura china como medio poético* de Fenollosa, con prefacio, breve y prescindible, de Pound y

traducción de Salvador Elizondo. Leo las primeras páginas en la terraza del Centro Cultural, en la mesa que suelo ocupar, justo al lado del pretil, con las traseras de la Catedral al alcance de mi mano. Y, mientras paso las hojas, soy consciente de que este instante (la gradación de la luz blanquísima en las páginas del libro; el murmullo indefinido que sube hasta este tercer piso, en el que poco a poco, si detengo la respiración, puedo identificar dos quejidos: el cercano del organillo y el lejano de las conchas que llevan atadas a los talones los danzantes del Zócalo) se interna en el complejo laberinto de mi memoria para instalar en ella sus reales.

20. A vueltas con Fenollosa. Pero no el hijo (Ernesto), sino el padre (Manuel Francisco Ciriaco –Fenollosa– del Pino Gil Álvarez), cuya biografía es una de esas que uno querría vivir. Malagueño y músico, cuando contaba veinte años (1838) se empleó con su cuñado en una fragata de la Marina estadounidense para evitar ser reclutado por uno de los bandos de las guerras carlistas (¿qué importa cuál; acaso en mi país no hemos sido siempre dos bandos y muchos no eligieron por propia voluntad?). Manuel tocaba el piano y su cuñado, Emilio, dirigía la pequeña banda. Tras desembarcar en Boston continuaron tocando con éxito por varias ciudades de la costa este, hasta asentarse definitivamente en Salem (Massachussets), donde Manuel casó con una Mary Silsbee (la madre de Ernesto) y los dos cuñados fundaron una escuela de música. Al parecer, ambos participaron también en el movimiento abolicionista. El padre de Ernesto escribió un diario de viajes (*Travel journal kept by Manuel Fenollosa, a musician who emigrated from Malaga, Spain to Salem, MA in 1838. Journal records trip to Italy and Spain in 1848 and trip to Rio de Janeiro in 1849*, conservado en el Peabody Essex Museum de Salem y que,

hasta donde sé, nadie ha publicado), y compuso un *Emancipation Hymn* para celebrar la *Emancipation Proclamation* de Lincoln. Las partituras de algunas de las canciones compuestas por los cuñados fueron publicadas por el mismo editor de *La cabaña del tío Tom.*

24, domingo. Entre los volúmenes que atestan las baldas de la biblioteca, el temblor del pasado jueves (casi cinco en la escala Richter) solo dejó una víctima: *Sobre la poesía* de Montale, que la mañana siguiente encontré en el suelo, la encuadernación maltrecha. Cual pequeños juguetitos de bambú se rompen las palabras. ¿Cómo, en esas condiciones, no abrirlo y mitigar con la caricia de mis dedos el sufrimiento del *good old* Montale?

28. Los últimos días de mayo traen cada año sensaciones contradictorias. Llamadas de felicitación por los cumpleaños (¿cuál de los *babies* del *boom* no ha nacido en mayo?) con voces artificiosamente alegres. Una reminiscencia, supongo, de aquellos tiempos, que ellos sí conocieron, en que recibir una llamada telefónica del otro lado del Atlántico era algo extraordinario. Por otra parte, esas conversaciones vienen indefectiblemente acompañadas por recuerdos de la feria de San Fernando, que en la adolescencia esperaba cada año con ansiedad durante largas semanas y ahora me parece algo absurdamente lejano.

1 de junio. En el "Burroculto" Max me descubre dos maravillosas colecciones de los años cuarenta y cincuenta, la "época de oro" de la edición mexicana (que fue posible, en gran medida, gracias al impulso de los exiliados republicanos españoles). Una es la serie de biografías históricas "Vidas mexicanas", de la que la Editorial Xóchitl publicó más de 30 volúmenes, en ediciones baratas, con

un papel de escasa calidad, y que se conservan muy raramente. Abre la colección un *Hernán Cortés* por Vasconcelos y siguen unas cuantas vidas que merecen ser leídas –la Malinche, Fray Servando Teresa de Mier o Fray Bartolomé de las Casas– y otras tantas en que el atractivo reside en la combinación de biografiado y autor de la biografía: así, la trágica historia de Manuel Acuña, poeta romántico mexicano suicidado a los 24 años, la cuenta Benjamín Jarnés y la del independentista Mina, "el español frente a España", el historiador Miquel i Vergés. La otra colección es la histórica "México y lo mexicano", dirigida por Leopoldo Zea, el discípulo más aventajado de José Gaos, y editada por Porrúa y Obregón en preciosos volúmenes en octavo. Y de la que ya había oído hablar porque en ella se publicaron originalmente las *Variaciones sobre tema mexicano* de Cernuda. Esta colección es la obra más representativa de los llamados "hiperiones", la primera generación de filósofos mexicanos, formados bajo la guía del santanderino y que buscan establecer ni más ni menos que una "ontología de lo mexicano". Esa ontología es, ante todo, un proyecto de futuro basado en la asunción de la propia herencia y no en los productos importados. A su llegada a México, Gaos reconoce cierto paralelismo temático entre el pensamiento español del 98 y el 14 (Costa, Ganivet, Unamuno y, por supuesto, Ortega) y el hispanoamericano (Vasconcelos, Caso), que aspira a sobreponerse a la decadencia (en España) o a las dificultades del proceso de desarrollo (en América) mediante la creación de un modelo propio coherente con las particularidades nacionales. Parece que solo llegaron a editarse diecinueve volúmenes: en la librería de Max consigo las *Aproximaciones a la historia de México* del gran historiador Silvio Zavala y *En torno a la filosofía mexicana* del propio Gaos. En la cubierta de ambos aparecen anunciados vein-

ticuatro volúmenes más, que han ido a incorporarse a la biblioteca de los libros fantasma. Entre ellos, algunos con títulos tan sugerentes como *El sentido mágico en la historia de México*, de Edmundo O'Gorman, *Cielo español y tierra india*, de Andrés Henestrosa, *Sentido de la muerte en la poesía mexicana*, de Ramón Xirau o *Autopsia de la Revolución mexicana*, del poeta estridentista Luis Quintanilla.

7. Esbozo una serie de poemas inspirados en *Las danzas de la muerte*. Esculcando la Moleskine falsa (comprada en un tianguis y que hoy guardaré en la caja de los recuerdos) aparecen unas notas tomadas hace meses sobre los grabados que Holbein "el joven" hizo inspirándose en ese tema iconográfico. En el siglo XIV, la gran peste acabó por convertir a la muerte en uno más de la familia, haciendo de este uno de los períodos de nuestro pasado en que asumimos con más naturalidad nuestra parte del pacto. En cada uno de los grabados de Holbein, la muerte personificada se cuela en las vidas de emperadores y príncipes, de cardenales y obispos, de herreros y menestrales. Dirigiéndose al protagonista de la escena, pero también a nosotros con su sonrisa carnavalesca, burlona, nunca apocalíptica. Y lo hace con un doble propósito: religioso (efímero paso por el mundo terrenal) y social (todos iguales). El Renacimiento (*La nave de los locos* de Brant y el *Elogio de la locura* de Erasmo) añadirá un tercero: la reflexión en torno a la *stultitia* –la de aquellos que, cuando visitados por la muerte, intentan razonar con ella o resistirse vanamente, y a quienes ya se dirigía el Códice de El Escorial: "¿Qué piensas tú, home, que el otro morirá/ e tú quedarás, por ser bien compuesta/ la tu complisión, e que durará?". De todo Occidente, quizás solo en México pervive, no sin dificultades, esta manera cabal de enfrentarse a la cita con la señora. Y eso no es gratuito.

Cuando en cada espejo que cruzamos vemos reflejada su figura, ¿cómo no tomarse la vida con filosofía?

8. Otra semana sin escribir nada. Como diría mi padre: "sin vender una escoba". Madurar es ir reconociendo que todo aquello que un día rechazaste tiene un fondo de inevitabilidad. Por ejemplo: hablar como tu padre.

9. Con Lebedev a la inauguración de una exposición de Vicente Rojo en el Centro Cultural Estación Indianilla, colonia Doctores. La leyenda de la Doctores (uno de los "barrios bravos" en el imaginario del citadino, famoso en particular por sus gimnasios, donde se han formado algunos de los mejores boxeadores y luchadores de lucha libre) no se corresponde con su realidad, no al menos con esta de los alrededores del Centro Cultural. En torno a la estación Indianilla, que lo era de tranvías, además de taller donde estos eran reparados, manzanas de casitas bajas asomadas a avenidas relativamente amplias. ¿Que las casitas son modestas? Claro, como las de casi cualquier otro lado en esta ciudad-galaxia que, vista desde la distancia, puede acabar por parecer de una uniformidad enojosa. Nada, pues, particularmente llamativo en la Doctores. Sí en la exposición. Hace unos meses me decepcionó profundamente otra de Rojo que vi en un museo en el centro de Xalapa, esta vez de escultura, y que reunía una serie de volcanes esculpidos en piedra y otros materiales. Aquello que en el óleo o el papel de Rojo es tratamiento original, nunca repetitivo, de las formas geométricas, al pasar al volumen de la escultura quedaba reducido a la condición de divertimento más bien simple. Y eso es casi un pecado cuando un artista decide tratar un asunto como el volcán, con tan larga y brillante tradición en México: de los volcanes velados de tul que

pintaba el magnífico paisajista José María Velasco, siempre al fondo del valle de Anáhuac, a los del Dr. Atl, cuya mano, poco importa que pintara o escribiese, parecía vibrar al simple contacto con esos misteriosos titanes, a los que dedicó sus mejores óleos. Y letras, las de las eléctricas prosas de *Las sinfonías del Popocatéptl*, recuento del tiempo vivido en la faldas del mítico volcán, en las que en cierto sentido veo la salvaje expresión mexicana de un paisajismo noventayochista, donde la voz de Atl suena ora como el Thoreau de *Walden* ora como el Jünger de las *Tempestades de acero* ora como el Heidegger de *Caminos del bosque*, y cuya lectura es de las que más me han emocionado recientemente. Lo único bueno que uno sacaba de aquellos volcanes de Rojo, desprovistos de todo misterio, eran ganas de irse a ver los de verdad –a distancia de un agradable paseo en coche de la serrana Xalapa. Por eso, hoy, y vuelvo ya a Indianilla después de tan poco pertinente digresión volcánica, disfruto doblemente con esta serie de óleos en gran formato, donde reconozco, de principio a fin, las señas de identidad del arte de Rojo –entre ellas, un diálogo sordo, pero continuado, con la escritura. Y más aún disfruto en la planta baja, donde ese diálogo con los signos escritos ya no es sordo, sino altísimo; en vitrinas se exponen tres álbumes que Rojo ha compartido con escritores: Rojo y poemas de Bárbara Jacobs (su mujer); Rojo y poemas de Alberto Blanco; Rojo y aforismos de Carlos Monsiváis. Ya de salida, saludo al pintor, con aspecto consumido, siempre del brazo de la estilosa Jacobs, y el pintor apenas alcanza a musitar un escueto agradecimiento.

10. Homenaje a José Emilio Pacheco en la Residencia del Embajador con motivo de la concesión del Reina Sofía. Al llegar, Pacheco, con quien he muñido el home-

naje semanas antes, me pide que le firme mi librito, que le envié a renglón seguido de nuestras conversaciones y con escasas esperanzas de que siquiera lo hojeara. También yo le pido a él que me firme uno de sus libros: su poesía completa hasta 2000 publicada por el Fondo (y mientras lo hago, con pudor, recuerdo que es la primera vez que le pido a alguien que me firme un libro). Le entrego el mamotreto blanco y, antes de sentarse en la mesa desde donde discursará, dice: "Esto tengo que hacerlo sentado. Necesito corregir". ¿Corregir el qué?, pienso. Pero el resto de los oradores (Juan Gelman, Ramón Xirau y Marco Antonio Campos) ya están sentados, así que Pacheco se queda con el libro y yo con la duda durante todo el acto, que sigo entre el público –las palabras que yo he escrito las leerá el Embajador, jerarquía obliga. Abre Campos. Siguen Gelman y Xirau, a cuyas palabras apenas presto atención: fantaseo todo el rato con la idea de si, como Campos, quien recordaba hoy el primer día que se tropezó con Pacheco, recordaré yo esta noche dentro de veinte años con tal lujo de detalles. Finalmente interviene Pacheco. Habla del empujón que todo escritor joven necesita en los comienzos. Y entonces me nombra. En varias ocasiones. "Tres poetas hay en esta sala –dice–, Juan Gelman, Marco Antonio Campos y Luis María Marina, quien fue a nacer en Cáceres en 1978". Y afirma también: "Luis María Marina me hace consciente de que somos solo un eslabón de una cadena". Solo alguien que ha vivido mucho y que es consciente de que pasará a la posteridad puede expresar sin pudor tal certeza. Al finalizar el acto, me siento al lado de Pacheco, que se ha quedado en su lugar para que la prensa le tome fotografías durante un buen rato. Abre el libro, se lo lleva a la nariz y dice, acercándose a mi oído, en confidencia: "Este libro huele a mar". "Sí, lo llevé el fin de semana pasado a

la playa", miento, pues la única humedad que en el libro habita es la del vestidor de mi cuarto de baño, colonizado, como el resto de la casa, por libros insurgentes. Con decisión, sin posibilidad de error, abre el volumen y rápido encuentra lo que busca. Dos erratas en un libro de más de mil páginas, que corrige con bic y morosidad de escriba, antes de, por fin, estampar una dedicatoria cariñosa. La emoción no se disuelve hasta que llego a casa y coloco el libro en el lugar que el azar de la biblioteca le depara. Un lugar seco, claro está.

14. *Pedro Páramo* ha ocupado el lugar que en mi adolescencia y juventud tenía reservado *El Principito*. A Rulfo acudo como a un amuleto, en esos días en que uno está necesitado de que alguien le cuente un cuento. También, cuando me llena una tristeza que no consigo calmar de otro modo. Cada vez que acaba la lectura, al doblar la última página, cada una de sus palabras desaparece de mi mente, misteriosamente, sin esfuerzo, después de haber limpiado las telarañas allí instaladas. Con la misma celeridad con que la noche se tragaba las frases de aquellos cuentos leídos por mi padre a media voz.

19 (*en La Paz, Baja California*). A orillas del mar de Cortés, decido que pasaré mis últimos días junto al mar. A pesar de esa pequeña desazón, ligera pero innegable, que acompaña a cada viaje a su orilla. ¿Esto es todo?, me pregunto siempre. Aunque luego esa sutilísima sensación de mareo que a su vera (*à beira-mar* es, para el portugués, más que una indicación geográfica, un estado del alma) me invade se convierta en un veneno sin antídoto conocido. ¿Será que, como al Gorostiza de las *Canciones para cantar en las barcas*, "a veces me dan ganas de llorar, pero las suple el mar"?

❧

Crear es, en todo tiempo y lugar, trazar fronteras, levantar muros, dividir. Nada existe sin límites. Todo se agota en todo. Una sola excepción que convierte a esta verdad de perogrullo en una hipótesis que necesita empírica confirmación: la Misa en si menor. Un fluido en el que quien escucha halla la mayor libertad. La obra, en este solo caso, libera. ¿Pertenecen al mismo mundo la belleza del *Christe* de la Misa en si menor y la de unos ojos indios?

❧

Mal que nos pese, no somos la civilización, sino su adorno; el trino en que descansa la melodía, el minueto de la jocosa danza.

❧

Cuando leo a Bernal repetir con énfasis que fue "testigo de vista" de cuanto relata, pienso en las palabras de Antelme en *La condición humana*: "A nosotros mismos lo que teníamos que decir nos parecía inimaginable". Los conquistadores experimentaron con agudeza la ansiedad de quien teme no ser creído y a pesar de ello siente la necesidad de narrar lo vivido. Tal la conciencia de que su empresa iba contra la razón. Muchos, al morir, creyeron hastiados que todo no había sido más que una cruel pesadilla.

❧

La etimología es la poesía más terrible, la más descarnada. Holocausto, del griego, ὁλόκαυστον, de ὅλον 'completamente' y καυστον 'quemado'.

❧

21, domingo. Ya ha llegado la estación de lluvias, como una invitada, quizás la suegra, que aparece en casa de manera inopinada y anuncia su intención de quedarse unos cuantos meses. Me siento cómodo sentado en el interior de estas tardes casi irreales, que invitan a perder el tiempo delante del ordenador, rodeado de libros, observado por los bibelots que han ido reproduciéndose por mi escritorio y las baldas de la biblioteca, por ejemplo esos coloridos alebrijes que insisten en mirarme, aunque ello suponga retorcer su cuello ciento ochenta grados. Recientemente han dejado de publicar el *ABC* en México. Romeo, que representaba una especie de cordón umbilical con España, *kaputt*. Tampoco leo ya a diario *El País*, cuya suscripción cambié hace poco por la de *El Universal*. Me concentro en el repiqueteo de la lluvia bajo las ruedas de los automóviles. Las *Variaciones Goldberg* como *accompagnato*. Si alzo la vista de la pantalla del ordenador tengo miedo a desvelar la intimidad, levemente protegida, de un hombre y una mujer entregados a sus afanes cotidianos en el segundo piso del edificio de enfrente, justo al otro lado de la calle, aunque si no los miro podría decirse que están muy lejos de mí, en otra galaxia. Un avión sobrevuela durante un instante el único pedazo de cielo que alcanzo a ver por entre el follaje de la jacaranda. Mi madre siempre decía que los aviones atravesaban aquel cielo abovedado y altísimo con destino a América, pasando por encima de Portugal, como si aquel surco de un blanco intenso sobre el azul desvaído fuese una flecha del

destino. Alguna vez, viniendo de aquel cielo, por encima de Portugal, con dirección a esta ciudad americana he creído, desde la oscuridad, ver la luz. De hecho, cada vez que sobrevuelo la ciudad imagino que lo que veo bien podría ser (que todo esto bien podría ser) una creación de mi mente. A la que solo falta, para ser real, un buen inicio. Un prólogo atinado. Como el de la *Historia* de Bernal. "Mas lo que yo vi y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista yo lo escribiré, con la ayuda de Dios, muy llanamente". Con la ayuda de Dios, muy llanamente. Nadie ha escrito nada tan bello.

23, leyendo en la cama. "Solo es capaz de ceder, solo sabe hacer lo que quieren los otros, porque él mismo no quiere otra cosa sino paz, paz y paz. Acosado y sorprendido, prométele a cada cual lo que desea; y de un modo igualmente flojo y afable, lo contrario al que viene tras él; quien se le acerca lo tiene todo ya vencido". ¿Zweig sobre Luis XVI? ¿Zweig sobre sí mismo? ¿O mi madre sobre mí?

24. Tirando del hilo del *Oscuro dominio* de Larrea acabo, más que en el centro de un laberinto, en un modesto callejón sin salida: lo publicó en 1934 la desconocida editorial Alcancía, en tirada de cincuenta ejemplares –uno de los cuales lo adquirió hace algunos años la Biblioteca Nacional por una fortuna. Según el *Diccionario de Literatura Mexicana* de Armando Pereira, detrás de Alcancía estaban el historiador del arte Justino Fernández (autor de un libro sublime sobre Orozco) y el historiador Edmundo O'Gorman (hermano del arquitecto y artista plástico, Juan, quien firmó uno de los murales más monumentales y, sobre todo, icónicos de la ciudad: el del edificio de la rectoría de la UNAM, en Ciudad Universitaria). El fracaso anticipado (ya sé que conseguir *Oscuro dominio*

será tarea casi imposible) se compensa doblemente: por la nota erudita que me deja y, sobre todo, porque Max me consiguió ayer dos nuevas *Vidas Mexicanas*.

26, cinco y media de la tarde. Ha llovido toda la noche. Un día más. Ahora vuelve a llover. La lluvia puntúa la tarde como los violines la sinfonía de la cantata *Christ lag in Todesbanden*, que hace años oía con fruición cada mañana de sábado, o en la ritual siesta resacosa de cada domingo, dejándome llevar por su corriente de notas gélidas. La de hoy es una versión distinta, la de la Tom Koopman y la Ámsterdam Baroque. La de entonces, Gardiner con el Monteverdi Choir en Erato, con la imagen barroca de un Cristo yaciente en la carátula del cedé. Un escalofrío al reconocer la melodía del aria *Jesus Christus, Gottes Sohn*. Dos violines *obbligato* construyen una máquina en perpetuo movimiento, un laberinto que niega cualquier salida. La Muerte agita su venablo; Cristo, sin coraza, se acerca serenamente y le arrebata el arma de las huesudas manos. ¿Qué es la Muerte sino un ansia de Forma? ¿Hay algo acaso en el vacío espacio de la caja? "No one in all mankind could overcome Death. Our sin caused everything; no innocence could be found. Death came so soon and took power over us, held us prisoner in his kingdom. A-lle-lu-ia". Así sea, ¡aleluya!

El domingo siguiente. Se cumplen dos semanas de flaqueza lectora. Cada cierto tiempo mi mente descarrila, internándose en periodos de abulia mesetaria, que me impiden tomar cualquier libro entre las manos, y de cuya razón no soy capaz de formarme la menor idea. Pierdo el tiempo viendo la televisión, reordenando los libros, vagabundeando entre fotos y recuerdos, añadiendo algunas líneas nuevas a este diario. Consciente de la soberbia

inutilidad de cada uno de esos actos. Pero sin ser capaz de discernir si sufro o gozo con ello.

Ese mismo domingo, por la tarde. Y cada vez que esto sucede, una iluminación vuelve a colocar las cosas en su sitio. Esta vez han sido las *Variaciones sobre tema mexicano* de Cernuda, cuya lectura decidí conscientemente postergar (hasta saber algo más de México, pensé al comprarlas, poco tiempo después de la llegada) para quedar olvidada en la catarata de nuevas lecturas. *Variaciones Goldberg*: aria con 30 variaciones y *reprise*. *Variaciones sobre tema mexicano*: tema con 27 variaciones y recapitulación. El elemento que dota de unidad a las 32 *Variaciones Goldberg* no es una común melodía, sino un fondo de variaciones armónicas sobre la línea del bajo. ¿Y a las *Variaciones Cernuda*? Sobre el continuo de la identidad entre aquello y esto (que son y no son lo *otro* con respecto a lo *uno*), el poeta construye su polifonía: una voz la forman líneas melódicas que su poesía ya antes ha sonado, mientras que la otra brota de un manantial nuevo, pero no por completo desconocido. Melodías que se entrecruzan movidas por el anhelo profundo de hacer habitables aquella (el aria original) y este (el contexto variado).

La lengua. "La lengua que hablaron nuestras gentes antes de nacer nosotros de ellos, esa de que nos servimos para tomar conocer el mundo y tomar posesión de las cosas por medio de sus nombres". "Que la poesía, en definitiva, es la palabra". "[…] el artesano oscuro, vivo en ti, de esta lengua hoy tuya".

Lo nuestro. "Acaso el precio de estar vivo sea esa pobreza y duelo que veías en torno; acaso la vida exija, para estar viva, ese abono ruin de miseria y tristeza, entre las cuales

ella, como una flor, crece acrisolada." ¿No es esa la polifonía más constante de lo universal hispano; el quejido profundo de la pobreza como bordón de la vida alada del espíritu; el encantamiento de la vida nacido necesariamente de la trascendencia de sus miserias?

Los ojos y la voz. "Pocas o ningunas voces son aquí incultas; por humilde que sea quien habla, es un lenguaje delicado. Un habla precisa, una lengua clásica, sin modismos vulgares ni entonaciones plebeyas. Y cómo suenan esas voces, claras, sedosas, con el rumor frío y airoso de la seda".

El patio. Quizás la más bella de todas las variaciones. "[…] recobrar al fin, en lo presente, la infancia perdida, cuando el niño, por gracia, era ya dueño de lo que el hombre luego, tras no pocas vacilaciones, errores y extravíos, tiene que recobrar con esfuerzo".

❧

Falsa alarma. Max llama para decir que ha encontrado cuatro libros autografiados de su tocayo Aub. Le digo que no puedo atenderle en ese momento, urgencias del trabajo, y cuando más tarde vuelvo a llamarle me cuenta que la persona que iba a vendérselos decidió que no podía esperar ni cinco minutos más. Aunque claramente esa no era la solución a mis problemas, no puedo evitar una profunda sensación de fastidio.

1 de julio. En una libreta perdida y recuperada había tomado algunas notas de la *Historia de la Filosofía* de Russell sobre Heráclito. "Este mundo que es el mismo para todos, no está hecho ni por los dioses ni para los

hombres, sino que fue siempre, es ahora y siempre será". "Los hombres no saben cómo lo discorde está de acuerdo consigo. Es una armonía de tensiones opuestas, el arco y la lira". "Lo mismo es camino arriba que camino abajo". Cernuda utiliza esta última cita al menos en dos ocasiones. ¿La tomó también de Russell?

2. La pobreza es nuestra condición más genuina. Nada trajimos y nada llevaremos. No el conocimiento costosamente atesorado. Tampoco la gloria de aquel atardecer que se nos entrega sin contraprestación.

❧

Vuelta a las *Variaciones sobre tema mexicano*. Cada uno debería confeccionar su propio *Index librorum prohibitorum*. Formado por aquellos libros de los que el azar, de no ser ciego, de tener un resquicio de misericordia, nos habría protegido. Libros que nunca deberían haber caído en nuestras manos. Cuyas tapas uno nunca debería hacer hacia atrás. Cuya primera frase es un abismo por el que te despeñas con plena conciencia, a sabiendas de que su lectura te dejará hundido en la abulia de tus propias limitaciones.

❧

El libro es un hereje mudo.

5. En la fiesta nacional de Estados Unidos, el Encargado de Negocios (rubio con acento chicano y peinado *West Point*) y su *lovely* esposa (latina a lo Longoria) me dan una idea: hacer una lista con las cosas que echaré de menos (que "perderé" dice el *gringo*) cuando deje

México. Cosas con cuya simple enumeración podré formar un brillante discurso de despedida –sentimentalmente barato, sí, pero a buen seguro destinado a obtener un gran éxito de público.

6. En este lunes en que el PRI volvió, si es que alguna vez se había ido, tormenta fuera y dentro de "la" casa (con ese artículo con que siempre el mexicano trata de individualizar lo más sagrado, el refugio, lo único propio en la ciudad hostil – y que nosotros ya hemos hecho nuestro). Los rayos de fuera son explosiones frías; los de dentro, palabras calientes. Como nada más se puede hacer, me esfuerzo por recordar algunos de los libros que tomaba prestados de la biblioteca provincial y que traía a casa, antes o después que mi hermano, antes y después. Por ejemplo, aquella edición de De La Torre, que siempre me pareció lujosísima, de *España, aparta de mí este cáliz*, y que aquí se encuentra con facilidad: recientemente la compré en un tianguis de libros por unas pocas decenas de pesos. Por ejemplo, *Hijos de la ira*, en una edición ilustrada con tapas negras, que pululó muchas veces por casa y que no he vuelto a ver. Nunca he comentado con mi hermano ninguna de estas lecturas compartidas que tan profundamente me marcaron –e imagino que a él también. Tampoco ahora hablamos frecuentemente de literatura. Ni de música. Ni de política. Sí de viajes, hechos y por hacer. Sí de (viejos) amigos. Sé que traduce. Sabe que escribo. ¿Sé si escribe? ¿Sabe que traduzco? Cada vez que nos encontramos, aunque hayamos pasado seis meses sin vernos, la eterna duda. ¿Besos, como a tus padres? ¿Abrazo, como a los buenos amigos? ¿Nada? Al final, el resultado suele ser un abrazo en raro escorzo que me hace volver a la adolescencia –esto es, a percibirme físicamente tan torpe como cuando tenía quince años. Parece

haber algo en la familia que impide al individuo doblar la esquina y ser otro, distinto. Incluso cuando se pasa mucho tiempo, años, una vida entera, alejado de ellos. Cuando creía que los miles de kilómetros, los muchos husos horarios de diferencia, la nueva cultura, el nuevo país, la nueva gente, me alejarían irremediablemente de lo que era, vuelvo y al día siguiente soy ya el que siempre fui. Soy el hijo, el hermano, el nieto anterior a todo eso. Una imagen que ha quedado grabada a fuego y que nada ha de cambiar. Eso, una fotografía en color sepia que el tiempo va acartonando, y no otra cosa, son las tan traídas y llevadas raíces.

7. Vagando por la ciudad encuentro dos nuevas librerías de viejo, en la avenida de Álvaro Obregón, columna vertebral de la colonia Roma. Si el amor por la Condesa fue a primera vista, solo con el tiempo he descubierto la Roma, y aprendido a apreciarla. La circularidad de aquella, que fue construida sobre los terrenos de un antiguo hipódromo (cuyo trazado ovoidal se corresponde con el de la Avenida Ámsterdam), la torna una especie de oasis; una rareza en el trazado difuso de esta galaxia urbana, donde uno tiene la sensación de estar dentro de la concha de un caracol, a salvo del tráfago y la confusión circundantes, pero por eso mismo aislado, lejano al alma de la ciudad –fraguada, justamente, de tráfago y confusión. En eso la Roma es mucho más México; mucho más representativa de la naturaleza mezclada y la organización azarosa de la ciudad, que resume el adagio alquímico, tan querido a Pitol, de que "todo está en todo". Así, la Roma, a medio camino de todo (ni poniente ni centro, ni norte ni sur), combina rincones de sabor genuinamente europeo (la plaza Río de Janeiro), con barrios decididamente populares (la llamada "Romita", donde fueron rodados

algunos planos de *Los olvidados*). En una de las librerías me aguardaba una joya: la primera edición en español del *Poeta en Nueva York*, que Bergamín publicó en Séneca en el 40. El ejemplar está en magnífico estado; parece recién salido de la imprenta. El precio: 8.500 pesos. ¿Vale un libro, cualquier libro, 8.500 pesos, el sueldo que un maestro de este país no gana en dos meses? Quizás esto no sea más que demagogia pero, a pesar de ello, y consciente de que algún día me arrepentiré, dejo el agua correr.

11. En metro a la Feria del libro antiguo en el Palacio Nacional. A mis manos llega una primera edición del *Álbum de animales mexicanos* de Gabriel Fernández Ledesma, uno de los grandes ilustradores que dio el *Mexican Renaissance* de las artes plásticas en la primera mitad del siglo XX que, con el viento a favor de la historia, hoy podemos afirmar como la conquista más definitiva de la Revolución. El álbum está formado por una veintena de bellísimos grabados de fauna autóctona mexicana, del *tlacuache* (una especie de zarigüeya) al armadillo, del mono araña a la serpiente de cascabel. Dos destacan sobre el resto, dos animales-símbolo de lo mexicano: el *xoloitzcuintle*, ese gracioso perrillo lampiño que obsesionaba a los alfareros prehispánicos, quienes los modelaban hasta la saciedad (por eso hoy se pueden ver en cualquier museo antropológico del país y en numerosas colecciones privadas; para verlos en vivo hay que acudir a los jardines del Museo Dolores Olmedo, en el sur lejanísimo de Tlalpan), y de cuyo nombre viene nuestro "escuincle"; y, sobre todo, el mítico ajolote (*axólotl* en náhuatl), en cuya naturaleza transicional, ni larva ni adulto, ni anfibio ni pez, con branquias y con patas, ve el filósofo Roger Bartra (*La jaula de la melancolía*) un metáfora brillante del ser del mexicano. El álbum posee además una rareza que lo con-

vierte en joya bibliográfica: dada la escasez en el suministro de papel ocasionada por la Segunda Guerra Mundial, fue impreso en la cara blanca de publicaciones estadísticas de la Secretaría de Educación Pública (en la que Ledesma trabajaba como director de publicaciones). El resultado sorprende: en el recto, el grabado; en el verso, gráficos de barra en colores chillones.

15. Los vendedores de tamales solo pasan por delante de casa al atardecer. Los pobres solo comen por las noches. Tamales.

16. Abro las *Memorias* de Fray Servando Teresa de Mier y leo a Domínguez Michael, quien firma la introducción, decir que el fraile fue el último pícaro de nuestra literatura. Pero en muchos trechos las *Memorias* del fraile independentista están más cercanas a las de un Giacomo Casanova que a las de un *Buscón* Don Pablos. Hay en ellas cárceles reales (y huidas espectaculares), altos favorecedores (Jovellanos, por ejemplo), tareas intelectuales (Mier traducirá a Chateaubriand), andanzas por las grandes cortes europeas. Pareciera que a las del fraile mexicano hubiera de faltar la jugosa descripción de los flirteos amorosos en que se deleita el libertino italiano; pero también en las de aquel se encuentra el *dongiovannesco* "catálogo" de rigor, y uno que revela un paladar exigente por cierto: "Las napolitanas son feas y morenas, las genovesas feas y triponas. Las romanas tienen mal pecho, pero buen cuerpo y bien puesta la cabeza". Para acabar, ¿acaso no firmaría Giacomo el lema de Servando: "Cuando en una ciudad os persigan, huid a otra"?

18. Mañana fresca de sábado. Como nacida *ex limo terrae.* La frescura del ambiente me invita a hablar de la casa, de

sus raíces. Cuando la construyeron (pocos años atrás, nosotros somos sus primeros inquilinos), ese árbol ya estaba ahí desde hacía décadas. No sería del todo descabellado pensar que la casa es una eflorescencia del árbol copudo cuyas ramas cruzan la calle de lado a lado y buscan acercarse hasta mi mesa de escritorio, colocada justo al lado de la ventana para aprovechar al máximo los rayos de luz que el follaje tupido me conceden. La recordaré bajo la lluvia, cuando su naturaleza vegetal resulta más evidente. Cuando la humedad penetra por todos sus resquicios y se instala en mis huesos y en los nobles tablones de madera del suelo. Ambos crujen, agradecidos por la punzada que nos recuerda que estamos vivos. Mantendré en la memoria esta casa mirando por sus ventanas mientras llueve. Mis casas anteriores tenían ventanas pequeñas, como es habitual en mi país. Aquí, la casa no tiene ventanas: es una sucesión de enormes ventanales. Sus muros son cristales. Gracias a ellos, me siento a la mesa de escritorio e imagino instalarme en una atalaya, en un promontorio, en el puente de mando de un carguero, en la linterna de un faro. Me siento y veo llover. Siento llover. Esta es la casa sobre un árbol que de niño nunca tuve.

❧

Escribe Jaime García Terrés que, así le comunicaron su nombramiento como Embajador de los Estados Unidos Mexicanos en Atenas, llamó a Seferis, a la sazón Embajador de la República Helénica en Londres. De aquella conversación solo cuenta Terrés que el poeta griego le dijo que la gente corriente era la única depositaria de la herencia de la antigua civilización griega, de aquella sabiduría secular. Que si a ella quería acercarse, el contacto con el pueblo era la única vía. Pienso que una conver-

sación en ese tono sería hoy impensable con un intelectual mexicano. Uno de los proyectos consumados por el PRI es la creación de una verdadera *casta* intelectual que, al igual que la económica, que desde el virreinato al menos había dirigido sin contrapeso alguno el país, se conforma en un camino paralelo a la realidad social, con la que solo muy esporádicamente se entrecruza. A pesar de las exóticas ilustraciones del pasado indígena de los catecismos de historia que se enseñaron en las últimas décadas del XIX y primera mitad del XX en las escuelas, esa casta intelectual, con Vasconcelos como paladín, desconfía de las capacidades del pueblo, de que la cultura de la gente corriente aporte algo a la vida nacional. No hay en el pensamiento mexicano, (solo Gaos y Paz lo intentaron, tardíamente, con poco éxito), una búsqueda seria y organizada de las esencias apegadas a la tierra, en el hombre común, de los rasgos de una individualidad nacional. No hay construcción de un sujeto nacional con valores propios dignos de ser regenerados. No hay una Castilla. Un Mío Cid. La honra. Fuenteovejuna. Un Quijote. Un Sancho. Ni siquiera un Vellido Dolfos. Mitos que educan. Que hacen al individuo proyectarse más allá de sus posibilidades, siempre limitadas. Esa fiereza, ese orgullo de pertenecer a un pasado (que Seferis ve en el griego de hoy) no han sido capaces de encontrarlo los intelectuales en su propio país. Ocupados en sus luchas de banderías. En sus críticas acerbas al sistema de cuya mano dócilmente comen cuando se creen a refugio de la mirada del prójimo. Así, uno de ellos puede sin rubor afirmar que el México de hoy es comparable a la Viena *fin de siècle* o a la España del Siglo de Oro, pues la decadencia económica y social es correlato de un extraordinario renacimiento cultural. ¿Qué perdurará de estas generaciones?

Ese domingo. En el documental *Lecumberri*, de Arturo Risptein, alguien fuera de plano le comunica a un preso su condena: diez años y seis meses. El preso responde (¿al funcionario? ¿a la cámara? ¿al destino?): "Muchas gracias. Con permiso". Y se retira, cabizbajo, por el mismo pasillo por el que lo hemos visto aparecer. *Lecumberri* es un retrato de la vida de los presos políticos en los años setenta en esa histórica cárcel, un enorme panóptico que era conocido como "el palacio negro", y en cuyas crujías se conserva hoy el Archivo General de la Nación. Los presos cuyas vidas retrata Ripstein son ideológicamente hermanos de sus carceleros, del sistema, hijos ambos de la Revolución, su *alma mater* y al tiempo su *mater dolorosa*. Cuando el hijo da mal ejemplo, poniendo en evidencia las contradicciones éticas de su padre, el padre tiene que castigar a su hijo, pues no puede permitir que el ejemplo cunda entre la familia y su autoridad acabe cuestionada. Pero el castigo es un castigo culpable y, por eso, se impone con relativa indulgencia. Los presos políticos son colocados en una crujía separada, para evitar la convivencia con los comunes. Dentro de esa crujía se pueden constatar condiciones de vida sensiblemente mejores que las del resto del espacio carcelario. Las celdas, con las puertas aparentemente siempre abiertas, tienen un aire de comuna autogestionada. En las paredes se ven murales de tema revolucionario –uno de ellos, con el sello inconfundible de Siqueiros; original o imitación, imposible decirlo, pues Siqueiros pasó a la sombra de estas crujías varios años, en las décadas de los treinta y sesenta. Un buen número de libros en los estantes, televisión, un orden y una limpieza que contrastan con la dejadez de las celdas normales. Algunos de estos presos probablemente acabarían siendo diputados o senadores, alcaldes o gobernadores por el PRI. El PRI siempre perdonó a sus hijos pródigos. Les perdonó la

muerte, el terrorismo, los secuestros. Lo único que el PRI nunca ha perdonado es la pobreza. La pobreza irredenta de los que se ven obligados a robar para vivir. La indigencia, física y, sobre todo, moral que Buñuel se atreve a retratar en *Los olvidados* (y que le valdrá duras críticas por parte de muchos intelectuales mexicanos del *establishment*). Esa legión de pobres incultos nunca serán reconocidos como hermanos por la revolución institucionalizada. Si algo, serían esos hijos a los que su madre ha sido incapaz de enseñar a valerse por sí mismos, y cuya indigencia habla, sobre todo, de las limitaciones de quien estaba obligada a cuidar de ellos. Lógico que esa madre no quiera ver reflejada en esos rostros su propia indigencia. Si llega a cruzárselos por la calle, volverá la cabeza, dejándolos huérfanos una vez más, como tantas en su historia…

El domingo siguiente. Una semana dedicado al trabajo sin descanso, creyendo por un segundo que de algo ha de servir todo esto. Desvelado por la adrenalina de los días pasados, me levanto aún de madrugada, y veo un episodio de la serie *The Wire*. El detective McNulty, separado, inmerso en una relación sexual destructiva, se vuelca en el caso de turno. Freamon, detective negro, recuerda a McNulty que, cuando el caso se acaba, cuando uno tiene la medalla colgando de la pechera, la vida sigue. Y uno se queda a solas consigo mismo, contemplando el vacío de su existencia...

El lunes anterior a las vacaciones de verano. El viernes pasado me cruzo en los pasillos del Centro Cultural con Lorenzo Meyer, eminencia del Colegio de México. Tras una breve conversación de circunstancia le pregunto si alguien ha escrito acerca de cómo se (vi)vió la Revolución

mexicana en España. Responde que él es el único que lo ha hecho, en una obra titulada *El cactus y el olivo*. Rápido me viene a la memoria el recuerdo de que ese es uno de los primeros libros que compré al llegar a México, y cuya lectura rápidamente abandoné, aburrido por la verborrea pretenciosa de Meyer. Y recuerdo que ahora mismo, mientras hablo con él, ese libro está, con los demás libros leprosos (enfermos de humedad), escondido en un armario del pasillo. Allí ha de quedarse: la sentencia dictada por boca de su autor es inapelable –ni escritor, ni bibliófilo, ni siquiera lector, lo que realmente querría haber sido es librero o tipógrafo, las dos únicas profesiones decentes en este mundillo.

28. A Paz le falta sentido del humor, oigo con frecuencia a los intelectuales *engagés*. Les digo: ¿a quién le importa?

2 de agosto (*en España*). Terrible viaje con fiebre alta. Paso el primer día de vacaciones en la cama, con esa sensación de vuelta a la infancia, no del todo desagradable, que acompaña a la fiebre, a este ocio calenturiento. Lo único malo es que estamos en agosto, que esto es Extremadura, y que, por tanto, la fiebre me deja postrado, con la sensación de estar por entero desacompasado del mundo. En la primera parte del viaje en avión leí *El Apando* de Revueltas, y *Estrella distante*, de Bolaños. El primer Bolaños que me "echo" entero; conclusión: un Vila Matas que se hubiera pasado la juventud asistiendo a incontables talleres literarios. En la segunda parte, ya probablemente con fiebre, *El sobrino de Wittgenstein*, y con él algunas ideas acerca del genio. Todo genio necesita de un mediocre compañero de viaje que le recuerde su cuasi divina naturaleza. Todo Gould, un Wertheimer. Yo también tuve un amigo que era un genio del piano. Al menos,

un genio a mi lado. Creo que frecuentaba mi amistad porque necesitaba que mi impericia con las teclas realzara el valor de su dominio. Como todo lo que los dioses aman, murió joven. Un fulminante cáncer de testículos se lo llevó cuando teníamos veintidós o veintitrés años.

❧

La belleza levanta a nuestro alrededor un seto que, visto desde el interior, aparenta firmeza, pero que al mínimo asalto de la realidad demuestra su verdadera fragilidad. Qué fácil acostumbrarse allí a la belleza de mis libros dispuestos con riguroso desorden en las estanterías. A los cajones llenos de libretas y cuadernos, siempre dispuestos a la entrega. Al aroma de las librerías de viejo y las conversaciones librescas con libreros ilustrados. A pasear por el Parque España, entre los bustos y, sobre todo, las sombras de los republicanos desterrados que también pasearon entre estos mismos arriates. A volver del Centro, ya en la noche, asombrado por la belleza de Reforma iluminada, con la loma suavísima de Chapultepec al fondo. A relacionarme civilizadamente con quienes me rodean. A una vida más que buena, bella. Pero los cimientos de esa construcción flaquean rápidamente al volver. Miro a mi alrededor, y por todos lados encuentro una forma de vida espartana, que antes valoraba en clave política, social: palabras elevadas –humildad, orgullo, contención– que van insertas en mi genética, pero que ahora soy incapaz de justificar racionalmente. La comida es el único placer que al cuerpo le está permitido regalarse –al espíritu, ninguno, claro está. ¿Cómo salir de este untuoso laberinto de tortillas, gazpachos, melones y paellas? "Que la hermosura alimenta, y sin ella, como sin pan, también puede acabarse el hombre" (Cernuda, "Mercaderes de la flor", *Variaciones…*).

❧

Se cumple la primera semana de vacaciones con un balance desolador. Lo único positivo: poder dedicar todo el tiempo a la lectura. Ahora entiendo mejor esa pasión lectora mía. ¿Cómo no sentir que los libros son oasis en medio del páramo circundante? A los leídos en el viaje se suma esta primera semana *El rey viejo*, donde descubro a un José Luis Martínez narrador que para mí había quedado hasta ahora a la sombra del antropólogo y divulgador, el autor de esos magníficos libros de ERA sobre los indios de México, cuya lectura tanto disfruté. Como sucede frecuentemente con las novelas de género (esta de Martínez es una "novela de la revolución"), acaba por resultar en exceso estereotipada: los revolucionarios son buenos y puros –Villa, Zapata, ahora Carranza– o pérfidos y taimados –Obregón, Calles–. Por suerte para Martínez, Madero ya estaba muerto y enterrado cuando se desarrolla la trama de su novela. Porque, de lo contrario, ¿en qué compartimento habría colocado a Madero, visionario en la misma medida que simple, carismático en la misma medida que incapacitado para el gobierno de los hombres, bueno en esto y malo en lo otro?

24. Al regreso, el viaje en taxi desde el aeropuerto se me hace interminable. Estoy deseando llegar a casa para poner orden en las vacaciones, esto es, en los cuadernos, los libros, las películas, la música acumulados en estas semanas en España. Ese, y el que se deriva del escrutinio de los libros que entrarán en la maleta antes de la ida, son los dos mayores placeres que a estas alturas me concede el viaje. Además, en estas tres semanas apenas he emborronado dos o tres de los cuadernillos que me regalaron en febrero pasado en Hiperión. ¿Tiene sentido pasar a lim-

pio esas notas? ¿O mejor dejarlas así, en bruto, sin pulir? Total… Están muertas esas palabras. Muertas y enterradas. Por eso, por más que con originales metáforas las disfrace, su hedor corrupto empapa el papel, lo amarillea y acaba por adueñarse de él, de su blancura. Todo lo demás, fuegos de artificio.

El martes siguiente. A la salida del supermercado, una anciana de rasgos indios hurga en un gran cubo de basura. Pienso que busca comida y me quedo embobado, como un idiota, observándola. La mujer, al percatarse de mi mirada, huye, avergonzada. Marginal: donde vas, la orilla te acompaña.

El jueves siguiente. En la Condesa, circulando –es un decir– por la Avenida Juan Escutia, el taxista (Virgilio, creo entender cuando dice su nombre) me ilustra: Escutia fue uno de los "niños héroes", aquellos seis cadetes que murieron defendiendo el castillo de Chapultepec en la invasión estadounidense de 1847. Según la tradición, Escutia, al ver la fortaleza perdida, saltó por sus muros envuelto en la tricolor mexicana, para evitar que la bandera fuera tomada por el invasor *gringo* –una de las razones históricas que explican que el ordenamiento jurídico mexicano continúe hasta hoy castigando severamente cualquier ultraje a la enseña nacional. Una mala decisión, dice Virgilio, la de enrollarse en la bandera. Mala porque al final los gringos "se lo chingaron igual". El mundo está hecho de malas decisiones, pienso, aunque no se lo digo a mi Virgilio. Malas porque nunca consiguen el resultado exacto que perseguimos. Ni siquiera cuando nos proponemos algo tan sencillo como expresar un pensamiento con palabras. Nunca seremos capaces de expresar justamente aquello que pensamos. La mayor distancia

imaginable no es la que nos separa de la luna, del sol, de una estrella cualquiera en una galaxia perdida. La mayor distancia no se mide en años luz. Es aquella que separa lo que decimos de lo que pensamos (Laura Riding Jackson, la compañera de Graves en Deià, escribió versos inteligentes sobre ello, los de un poema, por ejemplo, titulado "The World and I", que comienza así: "This is not exactly what I mean/ Any more than the sun is the sun./ But how to mean more closely/ If the sun shines but approximately?/ What a world of awkwardness!"); por no hablar, claro, de aquella que separa lo que pensamos de lo que realmente *es*. Una distancia que el propio lenguaje trata de ocultar bajo su hojarasca. El lenguaje se nos impone como instrumento mecánico que pretende transmitir a cabalidad aquello que atraviesa nuestro pensar. Pero lo cierto es que, al intentar traducir la idea en palabras, esa distancia se convierte en un abismo, tan grande como la distancia que separa a Aquiles de la tortuga, cada vez más pequeña, pero no por ello menos insalvable. Insalvable, en cualquier caso, para nuestra limitada condición. Y en esa tierra de nadie vivimos y hemos de aprender a morir, resignados a hacerlo sin haber avanzado ni un solo paso.

El viernes siguiente. Entre tanto héroe, Tersites es el único personaje verdaderamente humano de la *Ilíada*. Según cuenta Homero, era patizambo y jorobado. Su cabeza tenía forma de pepino y por ella se repartían sin ningún orden matas de escaso pelo bermejo, que hacían su apariencia aún más desagradable. Además, era vulgar, obsceno y de cortas entendederas. Cuenta también que, pese a tales limitaciones, cató al vuelo la codicia de Agamenón y la cobardía de Aquiles. Y, sobre todo, fue el único con la hombría de echárselo en cara a los héroes.

Lunes, último día de agosto. Relata Buñuel en *Mi último suspiro* que buena parte de los guiones de sus películas mexicanas los escribió en el hotel de San José Purúa, en el estado de Michoacán –¿también el de *Los olvidados*, preguntaría un entrometido, en el que Larrea, Aub y Pedro de Urdimalas (Jesús Camacho) colaboraron, aunque ninguno de los tres apareció en los títulos de crédito, ni fue mencionado por Buñuel en sus memorias? Pero no importan hoy las fobias buñuelianas, sino sus filias, y en concreto esta de San José Purúa, en el municipio de Jungapeo, casi equidistante de la capital del estado, Morelia, y la ciudad de México. Dejó de funcionar como hotel hace más de diez años, aunque aún permanece abierta el área de balneario público, con "albercas de aguas alcalinas y carbogaseosas de efecto sedante, idóneas para el tratamiento de enfermedades nerviosas, asma,…". El hotel se levantó en 1940 según proyecto de Max Cetto, uno más de los arquitectos alemanes que llegaron a América huyendo del nazismo. Cetto se refugió primero en Estados Unidos y más tarde en México, donde trabajará en diversos proyectos con el inigualable Luis Barragán. El estilo de Cetto funde el expresionismo alemán con la "arquitectura emocional" creada por Barragán y otro compatriota de Cetto, también exiliado en México: Mathias Goeritz. El programa arquitectónico de San Juan Purúa se basa en el uso de materiales sencillos –piedra aplanada– y la conjugación de líneas rectas y curvas, siempre abiertas al entorno: un paisaje bellísimo, genuinamente michoacano, con sierras cubiertas de una vegetación lujuriosa donde las palmeras conviven con los pinos y oyameles, y estos con cirandas, guayabos y aguacates; y todos ellos buscan continuamente apropiarse del espacio construido por el hombre, que así resulta habitado, incluso hoy, con el hotel en estado de completo abandono. Buñuel no fue, por cierto, el único huésped ilustre del

hotel. También se alojaba allí con frecuencia el enigmático B. Traven, que tan duradera influencia ejercería en la percepción de México al norte del Río Grande con su novela *El Tesoro de Sierra Madre* y, sobre todo, con la adaptación cinematográfica que de la misma hizo John Huston. ¿Todo necesariamente ha de perderse?

Primero de septiembre. Tras un día indeciso, apático, finalmente llueve. Y la lluvia, esta lluvia, me hace compañía. He cerrado la puerta de la habitación. Solo los libros, mi escritorio y las gotas golpeando vivaces el cristal. ¿Cómo voy a poder escribir en otro sitio que no sea este? Ya ha escampado hace un buen rato cuando abandono la guarida. Esta misma noche, tenemos cena en casa con amigos –nuevos y antiguos. Cuando la conversación entra en barrena, por ahí de los postres, me distraigo pensando que, en presencia de los otros, Piedad actúa. Su voz me suena impostada, sus gestos exagerados, su belleza fingida. A mis ojos, durante todo ese espacio de tiempo, ella no es la mujer que de alguna manera solo yo conozco, sino un personaje más, tan extraño a mí como el resto de comensales. Instantes antes de pasar al café y los licores, y en previsión de que la conversa vuelva a animarse, apresuro dos conjeturas. ¿Se reproducirá este mecanismo a modo de espejo en la otra dirección; pareceré yo también a sus ojos un extraño? Y otra más desconcertante aún: ¿Y si lo que creo conocer de ella es realmente el personaje; y esto que ahora ves la persona real?

16. Mañana de Independencia, resaca del "grito" de Dolores. Mientras circulo por Ejército Nacional, el coche que me precedía coloca el intermitente y entra en el Hospital Español. Suficiente para recordar que todo es poco.

20. En mis manos, *Hijos de la ira* en la edición de Austral. Como entonces, los dedos se dirigen inconscientemente a las últimas páginas y, al pasar las hojas quebradizas, retorna, velada, la pasión con que entonces repasaba concienzudamente la inmensa lista de autores y títulos publicados. Las ediciones de bolsillo de Austral y Alianza, los volúmenes negros (hispánicas) y blancos (universales) de Cátedra, eran los únicos que uno podía pensar en comprar con las monedas y los pequeños billetes hurtados avaramente a la paga semanal. Los más de entre esa lista eran aún desconocidos para mí, apenas una sugerente combinación de caracteres, quizás el exotismo de un nombre extranjero. Pero, sobre todo, retorna, de sí misma descreída, aquella soberbia: imaginar que ni siquiera el vasto océano de letras que las amplias colecciones prometía serían suficientes para calmar mi avidez. Se agotarían aquellas páginas y muchas otras caerían en el pozo insaciable de mis ojos. Creía que los libros, como el mundo, se me entregaban placenteros, que todo me era concedido sin más. Tan sin esfuerzo que ni siquiera me preguntaba por qué. Era joven. Y no tenía memoria. Solo futuro.

22. Siempre me ha parecido que el caligrama de Apollinaire "Le jet d'eau" contiene algunos de los versos más rotundos que he leído nunca en francés: "Oú sont Raynal Billy Dalize/ Oú est Cremnitz qui s'engagea/ Peut-etre sont-ils morts dejá". No sé si en ello tendrá algo que ver el hecho de que el libro en que los aprendí de memoria, uno de esos bellos tomitos blancos de Gallimard, lo compré en la FNAC de Rennes, con quince años, cuando todo era nuevo, o estaba por hacer. Todavía lo atesoro, en la balda secreta de mi biblioteca, a la que solo tienen acceso los libros que me conocen demasiado bien. Casi no los

abro, porque sus páginas, con solo mirarme, me juzgan severamente. Escribir es obligarse a justificar cada uno de nuestros actos ante el más severo de los jueces: uno mismo.

23. Llueve sobre avenida Cuauhtémoc. Un *espectacular* anuncia rinoplastias a 25.000 pesos. En el taxi paso por delante del decadente hotel Benidorm. Unas ganas irrefrenables de instalarme en ese hotel. Vivir en hoteles es lo más cercano a desvanecerse, a volverse humo. A vivir, aunque solo sea pasajeramente, una vida nueva. Sin objetos familiares, sin hipotecas que dejar, sin herencias que consumir, sin biblioteca. Sin afectos. Registrarse en la recepción, pedir una habitación en un piso convenientemente alto, explorar el cuarto (la temporalidad nos hará perdonar los defectos), desordenar la ropa, esparcir los libros (unos pocos, suficientes) y los cuadernos (otros tantos, sin llegar nunca a los cientos de *moleskines* que, al parecer, atesoraba Chatwin). Sentarse frente a los ventanales, perder la vista en el vacío y dejar que la pluma se desplace automáticamente sobre el papel. Plan de vida. La radio del taxi me trae de vuelta a la realidad. Hablan del "héroe de Balderas". Toda la ciudad lleva días recordando al anónimo pasajero del metro que murió tratando de inmovilizar a un perturbado que tiroteó a varias personas a tiros en la estación Balderas. Entrevistado en televisión, el hijo del héroe habla serenamente, sin apariencia de dolor en la voz. A propósito de su padre, muerto la víspera, emplea las palabras "justiciero" y "ecuánime". Luego dice, en tono mucho más bajo, que a su hermano desempleado le han ofrecido un trabajo en el Metro, en el mismo que ayer mataron a su padre. El muerto al hoyo… Todo este camino de horas para llegar, acompañando a Lebedev, a un homenaje a Benedetti en

la sede del periódico *Reforma*, al sur de la ciudad. El casposo ambiente contrasta con el libro sobre la Viena de Wittgenstein que lleva Lebedev bajo el brazo. Y ese contraste basta para acentuar la sensación de declive, no, de degradación de los tiempos. Y ese pensamiento basta para renovar por un instante el temor a la pedantería, a la soberbia, sugerido en los últimos dos meses por mi madre y por Piedad. ¿Cómo decirles que efectivamente me siento extraño, extraordinario? ¿Que la literatura acaba por alejarte de los demás y precisamente por eso es un veneno dulcísimo? ¿Que en casi cada libro encuentras algo que sabes dirigido a ti, algo cuyo conocimiento te aparta de los demás? ¿Es eso soberbia? Como nunca encuentro las palabras para decírselo a ellas, escribo este diario.

24. Ayer, en la Residencia de la Embajadora sueca, almuerzo con el periodista radiofónico Leonardo Curzio. Mientras él hablaba de la viscosidad del tiempo, pensaba yo que México es una fábrica de pesimistas. Todo el que llega, pasado el tiempo del deslumbramiento, entra en una especie de depresión acerca de las posibilidades de futuro del país. Pesimistas derrotados, pero enamorados. ¿Un país-Quijote? ¿Una piscina de tiempo?

Sábado siguiente. Piedad y yo somos invitados a almorzar en el rancho de Rodolfo de Anda, mítico actor de telenovelas, con un grupo de actores, actrices y productores del mundo Televisa, con los que ella ha trabajado recientemente en la serie *El Pantera*. El rancho está en las alturas del Ajusco: un extinto volcán cuyas laderas cierran el valle de Anáhuac por el suroeste, y en el que gentes de posibles mantienen propiedades rústicas y espectaculares casas de fin de semana. El caserón en el

que comemos hoy lo ha levantado de Anda con retales de haciendas henequeneras, palacios virreinales de Coyoacán y San Ángel y excéntricas columnas blancas, acanaladas, que parecen de templo griego (cuenta su hijo que fueron traídas de Europa y más tarde robadas para disfrute personal por el arquitecto del Castillo de Chapultepec). En el vasto espacio abierto frente a la casa grande pastan despreocupados unos cuantos caballos, y en torno a ellos caracolean jaurías de perros. Perros viriles, limpios, con aspecto saludable, nada que ver con los chuchos esqueléticos que hemos visto asomados a las cunetas mientras subíamos, cruzando los barrios de lata que se arraciman en la parte baja de las laderas de este Ajusco. Hablo poco y oigo mucho. Así puedo tomar nota mentalmente de un conversación (casi un monólogo) en la que el director de la serie, A., famoso actor de telenovelas (lleva veintiséis, "seis protagónicos y veinte antagónicos", aquilata), se defiende frente a los actores de teatro, "que se disfrazan de intelectuales para que no se vea lo jodidos que están porque Televisa no los quiere". Imposible no pensar en Sor Juana cuando dice que lo más difícil es reconocer que alguien *sabe* más que uno, porque, en el fondo, supondría reconocer que se *es* menos. A. tiene un bólido espectacular, una rubísima (e igualmente espectacular) novia colombiana, y una cuenta de banco bien nutrida, pero nada de ello le salva de sentirse intelectualmente menos, muy lejos de la fama a la que él también aspira (no la que tiene), porque sabe que es la única. Todas las vidas son fracasadas.

❧

Más tarde se sienta a mi lado el guionista de la serie, que casualmente resulta poeta, ganador de un accésit del

Adonáis en 2008, el "año mexicano", cuando Guedea ganó el primer premio por un poemario flojísimo, indigno de él. El guionista y poeta se llama Alfredo Juan Félix-Díaz González, y antes de largarme el icónico tomito de Rialp, que traía convenientemente dispuesto en el bolsillo de la chaqueta (¿a quién pensaba calzárselo?), se me confiesa admirador de Luis Alberto de Cuenca. Creo que podría decir que, de los poetas españoles vivos, los únicos relativamente conocidos en México son él y García Montero; de Luis Alberto ya me he topado con dos admiradores: este Félix-Díaz y Mendiola. Y también podría decir que me basta con ver el aspecto de un poeta mexicano para anticipar si se me declarará lector de uno y otro; aun con saber su nombre, a veces me vale: la posibilidad de que sea lector de Luis Alberto de Cuenca está en relación directa con el número de nombres y apellidos y la cantidad de preposiciones y/o guiones entre ellos. La confesión de Félix-Díaz, por ejemplo, es del todo innecesaria, pues la conjunción de su apariencia y la cantidad de nombres encadenados delatan ya su inclinación poética. El poemario con el que ganó el accésit está escrito en endecasílabos blancos, afirma orgulloso. Además de admirador de Luis Alberto, se declara enemigo furibundo del verso libre, de los versículos, de "esa nueva poesía experimental" que prolifera en estos días; el título de aquel poemario, *Si resistimos*, es en esto una declaración de intenciones. No siente, sin embargo, que escribir ese dechado de literarias virtudes que es el guión de *El Pantera* toque ni manche su arte poética. Al fin y al cabo, solo lo hace para ganarse la vida, apostilla.

❧

Bien avanzada la tarde, cuando apenas comienza la sobremesa (citados a las dos, muchos invitados compare-

cieron a partir de las cuatro; los que tenían que traer uno de los platos del almuerzo solo llegaron pasadas las cinco, menos mal que en una mesa mexicana nunca falta qué comer ni, sobre todo, qué beber), nos despedimos y, levemente mareados por la conjunción de la altura y las bebidas, emprendemos camino de vuelta a la ciudad. Ahora, en medio de la lluvia y de una espesa niebla, la carretera me parece estrecha y llena de curvas, y el día, un laberinto del que nunca conseguiré salir. Pero me gustan los laberintos. Pienso que, mientras no encuentre la salida, todo estará bien. Al menos, todo estará. Me siento a gusto dentro de ellos. Arropado, cálido. Más aún cuando al otro lado de la ventanilla veo húmedas sombras caminando en la niebla.

❧

La última etapa del día, cena en una cantina moderna de la Roma, la Nacional, con Yuri Herrera, que trae orgulloso su última novela bajo el brazo. Como casi siempre sucede en este país, comemos poco, bebemos mucho y conversamos aún más. Con Herrera hablo sobre Paz, de quien curiosamente (o no tanto) también he discutido con Félix-Díaz hace un rato. El novelista hidalguense sostiene que el análisis que Paz hace del ser mexicano (la aceptación natural de la muerte) es la superestructura intelectual (no lo dice en estos términos, pero lo sugiere) de un régimen de explotación secular. Mientras habla, retorna a mi mente la imagen de las sombras bajando del Ajusco en medio de la tupida niebla.

El domingo siguiente. Esta mañana, con las piernas aún pesadas por el cansancio de ayer, acudo al Palacio de Bellas Artes. Allí se presenta un Festival de Literaturas Europeas, y

a la inauguración asiste, por parte española, Lorenzo Silva. Converso unos minutos con él antes del inicio. Y es él y no yo quien parece un funcionario. Un verdadero forzado de la literatura: más de treinta libros, entre ellos veinte novelas, con apenas cuarenta y pocos. Me confiesa que pasa buena parte del día escribiendo. Yo no le confieso que no he leído nada suyo, ni siquiera las exitosas aventuras de su pareja de la Benemérita. Nunca he sido buen lector de ninguna novela "de género"; tampoco de "novela negra". Con una excepción, descubierta justamente aquí, en México: las historias del Belascoarán de Paco Ignacio Taibo II, a las que entré atraído por la espléndida recreación de un ambiente (el del Centro Histórico que habitaron o pudieron haber habitado los exiliados españoles, que quizás solo existe ya en la mente de Taibo), para pronto quedar atrapado por ese personaje inolvidable que es Héctor Belascoarán Shayne. Pero vuelvo a Silva. Le digo que le envidio esa dedicación plena, esa vocación incontrovertible y retribuida con un notable éxito –yo, que apenas soy capaz de robar unos cuantos minutos al final del día, agotadas las obligaciones que impone este quehacer mío, para escribir unos pocos versos intrascendentes. Finalizado el acto, y volviendo en coche por Reforma, pienso que, por otro lado, disponer de más tiempo no garantiza escribir mejores versos. En el fondo, quizás sea mejor así. Quizás así sepa apreciar lo único genuino que la literatura me da: apurar hasta las heces ese instante en que me encierro en la biblioteca y me dispongo frente a la página en blanco que parpadea casi imperceptiblemente en la pantalla del ordenador. Sintiendo que el flujo de la vida (cotidiana) se detiene para mí.

El lunes siguiente. Arrancarse estos ojos, que tanto han visto ya, y mirarlo todo con ojos renovados, limpios. Esa parece la única forma de sustraerse al obeso pasado que

pesa sobre nuestros hombros, y vislumbrar el futuro, siempre magro.

12 de octubre. Una melancolía extraña, casi azul: de voz de Nina Simona en *Mood indigo*. Lluvia extraviada; torrente de agua que cae a media mañana y enmohece las neuronas, y que subraya que todo ha de perderse. Años esquivando con relativa fortuna esta desazón que hoy me toma por sorpresa. El vacío de esta vida que llevo. También la noticia de que mi hermano va a ser padre. La nostalgia de hoy, fruto tardío de esa noticia de ayer. Dudar por un segundo de mi edad (¿treinta? ¿treinta y uno?) no es suficiente para conjurar los fantasmas. También esto se acaba. Y vienen tiempos nuevos que quizás son viejos. Ni siquiera el aroma del café (doble) a media tarde consigue elevar el espíritu.

18. Esa música ligera, ese divertimento nocturno, suena esta tarde como solemne misa de réquiem. Nada de lo que hay dentro de mí merece ser salvado. Todo podrido, enlodado todo por una subida de aguas fecales que inunda mi alma. Lágrimas sucias que no acaban de brotar. Que me pudren aún más. Desvestirse de toda la porquería del mundo, del disfraz de payaso, y callar. Eso es todo: callar ante tanta estupidez humana, comenzando siempre por la propia. No con la intención de hacerla obvia. No, eso es imposible. Sino como símbolo de congruencia, como única conducta coherente con este estado de cosas. ¿Soberbio? Sí, soberbio porque todo esto es inmundicia en la que no quiero ensuciarme. Si eso es ser soberbio, lo soy, sin remordimientos. Nadie puede obligarme a seguir sucio por dentro. ¿Puro? ¿nihilista? También. Me asquea, me provoca náuseas, me siento a punto de vomitar, pero no vomito, y me ahogo. Incluso insuficiente la belleza de

la poesía para salvarme hoy. Hoy no necesito un Juan Ramón de casa burguesa, en la Florida o Puerto Rico, sino un Rimbaud hundiéndose en los burdeles del África negra. ¿Santo? Quizás pueda ser una solución. Salvarse, agarrándose a la tabla resbaladiza de la fe...

23. Después del parón, una suerte de locura transitoria en la que me sumerjo durante unas cuantas semanas seguidas. Primero, el trabajo. Más tarde, sin solución de continuidad, la poesía: presentación de una antología de Luis García Montero en la Residencia, Feria del Libro del Zócalo, "Poetas latinos" en Morelia y, la semana entrante, a San Luis Potosí con Antonio Gamoneda.

❧

Hoy, presentación del libro de García Montero. Mendiola, que edita la antología, lleva semanas en un sin vivir, agobiado por los detalles más insustanciales. Ya lo querría yo como jefe de protocolo de mi Ministerio. Me llama, me persigue, me deja mensajes de manera compulsiva justo la semana de una importante reunión bilateral, con todo dios cayendo por México. "Los editores de poesía son poco menos que héroes", dirá alguien en Morelia. Héroes dubitativos, en el mejor de los casos. Semihéroes, diría yo. Humanos, si me apuran. Hombres asediados por las dudas. Aunque, por otro lado, no deja de ser cierto que algo de heroica tozudez hay en quien edita por amor –al arte o al dinero ajeno, tanto da. Debiendo para ello perseguir como endemoniado a gente como yo, sin capacidad de influir en nada, pero que, en sus mentes calenturientas son la puerta que franquea el paso de las puertas del dinero público (público y extranjero, ¿qué mejor combinación?), más anheladas para el editor que las de

Granada para Isabel. Admiro la condición de quien mendiga por una causa justa (¿digna?). Durante la presentación, ¿se me nota la pasión fingida en este mundo cargado de retórica? Si se nota, se disimula. O simplemente no importa –cumplido el expediente, cada uno volverá a su vida sin acordarse nunca más de que esto sucedió. Al terminar el acto, García Montero agradece con efusión, igualmente consuetudinaria, igualmente fingida, mis palabras y, al día siguiente le envío mi libro al hotel. En Morelia me devolverá unos cuantos cumplidos, rápidos y ya muchas veces ensayados como sustitutos de la lectura de un debutante pelmazo más. En eso consiste el oficio.

❧

Feria del Libro del Zócalo. Leo unos pocos poemas y converso un buen rato con el poeta Manuel Cuautle, que organiza estas lecturas en una carpa enorme sobre "la plancha del Zócalo" (expresión hecha que los periodistas mexicanos emplean para referirse a aquello que tiene lugar encima de la plaza; ¿dónde si no?). Me siento cómodo hablando en público cuando siento que el público está formado por gente normal, estudiantes –imagino– que, como yo hace unos pocos años, acuden a este tipo de lecturas viendo en el escritorzuelo de turno (yo hoy) un referente. Pero lo más probable es que entre el público, no escaso, haya menos estudiantes y más oficinistas de permiso, sindicalistas liberados, amas de casa, tres o cuatro indígenas de los que habitualmente bailan en el Zócalo, ataviados con sus trajes tradicionales, algún que otro mendigo: ociosos todos ellos sin mayores ocupaciones que pasear una calurosa mañana de miércoles por el Zócalo, viendo libros y oyendo a "dizque" escritores. Y, sobre todo, acogiéndose a la sombra fresca de la carpa, que se agrade-

ce, y mucho en este veranillo de San Miguel –como todo aquí, tardío. Al final, el público se anima a hacer preguntas, e incluso un espontáneo, incitado por el tono distendido de la charla, se atreve a recitar un horrible poemita rimado, que Cuautle, experimentado en estas lides, celebra con pasión y al que yo solo soy capaz de responder con un dubitativo y extemporáneo: "Gracias". ¿Gracias, por qué?

❧

En Morelia se reúnen más de setenta poetas de toda América, España y otros pocos países europeos. De los veinte o más oídos en sesiones con indudable efecto somnífero (me enorgullezco de que mi mesa obtuvo uno de los más altos índices de caídos en nombre de la poesía), el único que quedará es el francés Lionel Ray, a quien nunca había leído, de quien nunca había oído ni siquiera su nombre –tan vasta mi ignorancia de la poesía que hoy se escribe en Francia. Poco antes había intercambiado unas pocas palabras con un individuo de pelo blanco, que había imaginado francés o canadiense (por el aspecto, más francés que canadiense). Nada de particular. Tópicos sobre Morelia, la más castellana de las ciudades de América, sobre el trazado de las calles de su Centro Histórico, sobre la cercana Pátzcuaro y las utopías indígenas, sobre la pasión de su compatriota J.M.G. Le Clézio por todos esos tópicos… Cuando se callan los truenos de una tormenta pasajera, veo que ese hombre de pelo blanco se sube al estrado, descubro que se llama Lionel Ray, y escucho sus versos, escanciados suavemente –y vertidos al español por Juan Carlos Abril, en una traducción que, oída, no desentona del original. En ellos se enciende la luz de la verdadera literatura, la única que brillará en este

adusto Palacio Clavijero de Morelia. Me lamento de no haber hablado con él de cosas más serias. Por suerte, la lectura de Ray ha pasado ya cuando llega mi turno. En la oscuridad que aquel fulgor ha dejado al desvanecerse, todos los gatos somos pardos. Comparto mesa de lectura con una poeta colombiana de mi generación (hija de poeta y de talante pretencioso, llegará lejos) y un poeta mexicano, norteño y de unos cincuenta (un tipo simpático, de nombre divertido, pero que no consigo recordar). Me siento cómodo durante la lectura. Al acabar, aunque aún quedan varias mesas, doy un breve paseo por el Claustro y salgo del Clavijero, justo cuando el sol aparece tímido, entre nubes amoratadas, tristes, para inmediatamente volver a esconderse por detrás de la Iglesia de las Rosas. Este atardecer me regala los primeros rayos de sol de todo el viaje. Un viaje en que me han perseguido las nubes: el miércoles, cuando conducía con dirección a Morelia, como un rebaño compacto en torno a las colinas; hoy, de regreso a México, como una corriente líquida, contra la que circulaba. Después de este viaje no sé si me quedarán fuerzas para volver a Michoacán. Nunca el paisaje ha sido tan bello como en esta ocasión, recién abandonada la estación de las lluvias: los incontables lagos tomados por un légamo verde; las colinas, por coníferas pujantes que disputan silenciosas el manto húmedo; el cielo dulcísimo, por las nubes. "Quisiera volverme planta/ para no morir de viejo/ porque la muerte me espanta", dice el son jarocho *El perro*, que suena en el coche mientras dejo a mi lado derecho las escarpaduras del Nevado de Toluca, de vuelta a México, mientras me digo que ya sé dónde me gustaría retirarme a vivir.

❧

A San Luis Potosí acompaño a Gamoneda y su mujer. El leonés va a recibir un *honoris causa* que le entrega la universidad de ese estado, y que ha sido muñido por el ínclito Mendiola, el cuarto en discordia en este viaje. Cuarto, pero no último; hay un quinto, el poeta Luis Miguel Aguilar, que nadie (salvo Mendiola, imagino) sabe muy bien qué pinta aquí, pero que para mí es un gran descubrimiento: hermano del "intelectual mediático" Héctor Aguilar Camín (y, por tanto, cuñado de la "novelista mediática" Ángeles Mastretta), Luis Miguel es divertido, chispeante, gran conversador y gran conocedor de la Condesa, donde vive; motivos todos ellos más que suficientes para frecuentar su compañía cuando volvamos a la ciudad. Del viaje, además de Aguilar, me quedarán dos imágenes. La misma mañana de la entrega del doctorado, temprano aún, vagabundeo por en las inmediaciones del hotel, en el centro de San Luis, sin plano, sin dirección fija. Me siento en un banco en el recoleto jardín de San Francisco, y tomo unas pocas notas antes de entrar en la imponente iglesia barroca de la misma advocación. En el interior, con obra mariana de Miguel Cabrera (cuyo arte se revela menos aquí que en sus magníficas pinturas de "castas" del Museo de América), apenas dos personas, dos hombres. En las bancas de atrás, cerca de la portada principal, uno de aspecto humilde, la ropa en jirones, la cara sucia, sentado y con las manos temblorosas agarradas al respaldo del banco que tiene al frente. Unas cuantas filas más adelante, cerca ya del retablo, otro más o menos de mi edad, bien vestido, con aspecto mojigato, arrodillado, rezando. ¿Qué pecados confiesan uno y otro? La segunda imagen es la de Gamoneda leyendo sus poemas la tarde del día siguiente, en un patio novohispano en el centro de la ciudad. Despúes de Mendiola y de mí, Gamoneda lee algunos de sus poemas (los últimos que ha escrito, dice) y

al oírlo tan cerca, sintiendo ese *vibrato* tan particular en su voz, pienso que es el más legítimo heredero del sabio de casino provinciano, de dominó, chato y "onces", de senequismo. El que pinta Machado con toda propiedad, porque él fue uno de ellos, y no uno cualquiera, sino el más egregio, el más brillante…

El domingo siguiente. Todo parece haberse normalizado. Aunque la corriente, a pesar de la superficie calma, arrastra sentimientos poderosos. Llueve a mediodía. Tardes de domingo en casa. Las de adolescencia y primera juventud eran todas de resaca, siesta con Madredeus o Bach de fondo y, luego, si el cuerpo y el ánimo lo permitían, de radio y fútbol. Ahora me acompaña el colibrí, asiduo contertulio de mis tardes, sobre el cable de la luz, justo al otro lado de la ventana, donde el mundo sucede.

3 de noviembre. Ayer, pasadas las diez de la noche, mientras volvía del aeropuerto de Toluca, una mujer cruza corriendo la autopista en las cercanías de Santa Fe. Con destreza inusitada, esquiva a la oscuridad y a los automóviles, que circulan a toda velocidad en este tramo de carretera. En varias ocasiones está a punto de ser atropellada. ¿De quién huye? No veo que nadie la persiga, pero no cabe duda de que algo, una razón muy poderosa, la obliga a jugarse la vida de esa manera.

El sábado siguiente. Otro sábado que amanece espléndido en la ciudad, tras varios días de inusual frío. Exposición de Josep Renau en Tlatelolco. De la histórica Torre Tlatelolco, levantada en los sesenta como sede de la poderosa Secretaría de Relaciones Exteriores del México que lideraba a los No Alineados, solo se visita hoy la planta baja, donde la omnipresente UNAM ha instalado un

Centro Cultural Universitario. Todo aquí es faraónico: los enormes sillones de cuero negro, aún confortables, en torno a la mesa monumental en la que se firmó el Tratado de No Proliferación Nuclear de las Américas (¿cómo resistirse al ramalazo del opositor que de algún modo siempre seremos?). Los pasillos interminables y totalmente espejados, de modo que paredes y techo se cubren con el reflejo de uno, y nos crean la impresión de caminar por el interior de una catarata. Los techos altísimos de las salas públicas, cubiertos con artesonados de inspiración prehispánica, que invitan continuamente a alzar la mirada y detenerse siguiendo las grecas laberínticas. Aun las ventanas, desde las que uno se asoma a la Iglesia de San Francisco, náufraga en el mar de ruinas de la ciudad prehispánica. Antes de entrar en la exposición de Renau, doy una vuelta por la colección Blaisten, una de las pinacotecas privadas mejor surtidas con arte mexicano del XX. Me detengo un buen rato ante un Tamayo, *Naturaleza muerta con pie*, y otro tanto ante cuatro *volcanes* y un autorretrato del Dr. Atl. Se anuncia, y ya espero, una exposición de Agustín Lazo, el "hermano" de Villaurrutia. Del recorrido por la colección Blaisten me traigo una profunda curiosidad por un retrato de la autoría de Jean Charlot y que lleva por título *Manuel Martínez Pintao*. Ya en casa leo que, al parecer, Pintao fue un gallego que emigró a México a fines del siglo XIX, prognata, bigotito ralo, de inquietante parecido con el Hitler que recreara otro Charlot y con Franco. Que se ganó la vida como gambusino y, más tarde, como capataz en una hacienda. Y que, llegado un día, comenzó a tallar la madera. Así lo cuenta Charlot en un artículo en *El Demócrata*: "En 1922, por fortuito azar, talló madera por primera vez, y desde entonces sigue haciéndolo, sin considerarse un artista". La escultura de Martínez Pintao es decididamente extemporánea: como

copista, sus modelos los extrae, por ejemplo, de la sillería barroca del coro de la ex iglesia de San Agustín, reinstalada en la Escuela Nacional Preparatoria. Pero, y he aquí su originalidad (que llamó la atención de Charlot, o de Anita Brenner, quien le dedica uno de los capítulos de su influyente *Idols behind Altars*), el barroco en Pintao se funde de manera natural con un cierto naif propio de las tradiciones populares indígenas. Y el resultado es desconcertante –y genuinamente artístico. Sus tableros en bajo relieve, como *El Santo Niño Jesús* y *La oración en el huerto*, son de una belleza intemporal: imposible decir si han sido tallados antes de la llegada de Cortés o antesdeayer; si por mano de un escultor de escuela o por un artesano de los que aún hoy se pueden encontrar trabajando en cualquier parte del país.

13. Toda la extensión y la profundidad de esta semana han estado ocupadas por el *Mesías* de Haendel, que se desvaneció misteriosamente hace ya varios años. Confirmo lo que siempre pensé: que le sobran tres cuartas partes. Eso sí, pocas cosas consiguen emocionarme como los violines de la sinfonía y las líneas de voz de las primeras arias. Después de eso, es difícil cantar con más altas palabras.

20. Una de las cosas que más me divierten de Luis Miguel Aguilar, a quien acabo de visitar en su casa de la Condesa (recoleta, asomada sobre la Avenida de México, donde el *tour du propriétaire* no me lo dio mi anfitrión, sino su esposa, Maria Pia, una italiana encantadora), es cómo disfruta recitando poemas. De López Velarde, claro está, al que los niños mexicanos aprenden de memoria en las escuelas; pero sobre todo de los modernistas: Díaz Mirón y Manuel José Othón, en particular la

Noche rústica de Walpurgis de este último, formada por veintidós sonetos de los que me recita esta tarde unos cuantos –y no me sorprendería en absoluto que fuese capaz de escanciar los veintidós de corrido. Aguilar es autor de una antología de *Poesía popular mexicana* en la que reúne a poetas "cultos" cuyos poemas fueron incorporados al gusto popular y, por tanto, eran conocidos y recitados por un público amplio. Una antología que conoce varias reediciones y que es con mucho su mayor éxito editorial; mucho mayor que el de su propia poesía, lúcida, culta y divertida, cuya última entrega, *Las cuentas de la Ilíada y otras cuentas*, me regaló en San Luis Potosí y que he leído con deleite, pero también con pesar, el de quien lee pensando cuánto habría querido ser el autor esos versos. La pasión declamatoria de Aguilar no es aislada: entronca con una tradición que alcanzó su cenit en México en la primera mitad del siglo pasado, cuando los juegos florales se extendieron por todas las ciudades, grandes y chicas, del país y la argentina Berta Singerman y el andaluz Benítez Carrasco (¿quién se acuerda de él en mi país?) llenaban estadios de fútbol recitando poemas, que luego seleccionaban y publicaban en antologías en papel biblia que se vendían como churros. Una tal tradición está quizás llamada a agotarse en la generación de Aguilar (a Mendiola, de su quinta, también le he oído largas tiradas de versos), pues los premios de poesía han reemplazado en todos lados a los juegos florales, y no he escuchado a ninguno de los novísimos –los Bravo Varela, Fabre y cia.– recitar nada que no sean sus propios versos en sesiones de *slam poetry*, y con escasa gracia para el asunto, todo sea dicho. Pero, aunque la tradición declamatoria esté en vías de extinción entre quienes más razones deberían tener para conservarla (una muestra más del declive general del oficio: ¿qué más natural que un

poeta obtenga placer en declamar versos?), el mexicano medio y, sobre todo, aquel con un cierto nivel educativo, mantiene una notable pasión por hablar (bien), que comparte con la mayoría de los pueblos hispanoamericanos. Y que tan nítidamente contrasta con nuestro menosprecio de las artes oratorias: hablar con propiedad es anticuado. Cuando yo estudiaba Derecho aún podíamos cursar la asignatura de oratoria, pero muchos no lo hacíamos porque nos parecía tan superflua como el Derecho Canónico, si no más. ¡Aun a los abogados y a los políticos, que nada tienen sino la capacidad de convencer a los hombres por medio de la palabra, les sobra la oratoria!

30. Esta mañana, conversación con José Emilio Pacheco para felicitarle por el Cervantes. Del aturullado intercambio de frases, solo algo recuperable: "Sensación de irrealidad", dice.

10 de diciembre. Fascinado por la vida de Salvador Díaz Mirón, contada por Manuel Sol y que precede a su poesía completa en la edición del Fondo. Una vida romántica, por más que su poesía colinde ya con la modernista y a ratos entre de lleno en ese terreno regenerador del decir poético. Periodista como Larra, liberal exaltado como Espronceda, hombre de acción política como Martínez de la Rosa. Pero el romanticismo español es mesetario y, por eso mismo, imposible. ¿Cómo se puede ser romántico en Almendralejo? El de Díaz Mirón es ardiente, idealista, aderezado siempre con la pasión del trópico, del puerto de la Vera Cruz ("la Venecia azteca") a la serrana Xalapa ("la Atenas de Veracruz"), del grano rojo de los cafetales al caldo negro que se escancia en los portales de La Parroquia, su aroma fundido ya con el del salitre. Con los románticos patrios comparte

también el veracruzano una radical concepción del honor –que, por cierto, resulta uno de los trazos más acusados y definitorios de la versión hispana del romántico. Así, su vida está marcada por los duelos de honor: los que luchó y los que no llegó a luchar; los formales (con padrinos y reglas) y los informales (con ira y a pie de calle). Uno, en 1878, le costaría la movilidad del brazo izquierdo. Otro, quizás el más famoso, en 1880, no se llegó a dirimir, pero sirvió para demostrar su temple moral: tras un asesinato político perpetrado por órdenes del Gobernador del estado, el General Mier y Terán, y como quiera que Díaz Mirón se había convertido, desde su tribuna del *Diario Comercial* de Veracruz, en uno de los más conspicuos denunciantes de la masacre, el Gobernador retó al poeta a resolver el litigio en duelo, imaginando que este no se atrevería a recoger tan desigual guante. Pero vaya si se atrevió. Aceptó el reto públicamente, y emplazó al Gobernador a fijar fecha y hora. Al cabo, tuvo que ser Mier y Terán el que, mediante sucesivos aplazamientos y elevando el diferendo a una comisión que nunca decidió nada, se la envainara. De un tercero, callejero y acaecido en 1883, que le costó la vida a un abastero asturiano, fue absuelto por haber actuado en legítima defensa. Un cuarto, en 1892, se saldaría con una nueva víctima mortal (un Fernando Wólter que al parecer había insultado a Díaz Mirón en público) y con la prisión del poeta, que se prolongaría cuatro años. En la cárcel de Veracruz sería visitado por José Martí y recibiría la devastadora noticia de que una editorial estadounidense había publicado sin su consentimiento un tomo con sus versos. Una afrenta que a buen seguro el bizarro poeta habría resuelto de otro modo si no hubiese mediado un océano de por medio…

Tarde del sábado siguiente. Anoche, Piedad y yo cenamos en casa de Arturo Ripstein y Paz Alicia Garciadiego. También estaba Jorge Lebedev, convertido ya en amigo que me acompañará cuando de aquí me tenga que marchar. Entre los cinco sumamos (circunscribiéndonos a nacionalidades y religiones) dos judíos y tres católicos, cinco agnósticos o ateos, cinco españoles, un argentino y dos mexicanos. El apartamento, en un piso alto asomado a la Avenida Ámsterdam. En el interior, un *pato* de Soriano, obra de Vicente Rojo, Tapiés, Boldó y más. Lo mejor, sin duda, la biblioteca de Ripstein, una de las mejores que he visto en la ciudad. En primeras ediciones, muchas dedicadas, todos los mexicanos del XX y casi todo el exilio. Repartidos por el espacio libre en las baldas de uno de los libreros, los objetos de la que Risptein define como su "casa Buñuel", formada por los objetos que le legó el aragonés, con quien Ripstein se inició en el mundo del cine: un soberbio basto (de hechura goyesca, bien podría haber pertenecido a cualquiera de los dos mastuerzos que buscan atizarse en la pintura negra del Prado); una enorme navaja toledana que se utilizó en el rodaje de *Nazarín*; otra en miniatura, escondida dentro de un crucifijo; una foto de Fritz Lang dedicada; uno de esos pequeños catalejos que los directores emplean, creo, para el encuadre, con las iniciales L.B.P. grabadas a navaja sobre el metal. Tras una cena frugal, la conversación se prolonga hasta las cuatro de la mañana. Ripstein cuenta varias anécdotas del rodaje de *Lecumberri*. Para empezar, desmonta la escena del reo al que anuncian una sentencia de más de diez años y que fríamente responde: "Con permiso, gracias". Aquella escena en la que vi una clara referencia al *Laberinto de la soledad* y su explicación del mexicano como ser estoico, impasible ante los golpes de la vida. "El cabrón estaba actuando", dice Ripstein. En

realidad, cumplía una sentencia de más de veinte años, y lo que le anunciaban era una reducción de condena, pero Ripstein le dijo que interpretara y el otro lo hizo sin dudar. Cuenta también que, al acabar el rodaje en la crujía de los presos políticos, uno de ellos se le acercó para contarle que habían planeado secuestrarle a él y todo su equipo de rodaje, y que si no habían llevado a la práctica el secuestro había sido únicamente porque la tarde antes del golpe, al discutir el comunicado por el que anunciarían sus reivindicaciones, los secuestradores *to-be* (trotskistas, marxistas, leninistas, socialistas, maoístas y sus múltiples combinaciones) no se habían puesto de acuerdo entre ellos acerca del tenor de ese comunicado. Le debe, por tanto, la vida a la división de la izquierda latinoamericana, dice socarrón. Ripstein y Garciadiego hablan a última hora de uno de los barrios "bravos" de la ciudad, al norte del Centro Histórico, más allá de la Plaza de Santo Domingo y cerca ya de Tepito, donde rodaron escenas de *El Evangelio de las maravillas*. Barrio de mariachis (en sus calles se suceden desde tiendas donde compra el mariachi todo el aparataje de su atuendo hasta afamados lutieres), de putas, y de ladrones y, por tanto, de iglesias: esta ciudad, renombrada desde la colonia por el número de sus campanarios ("En cualquier lugar de estas tierras una iglesia nunca esta lejos", verá Cernuda), aquí se supera, y las iglesias se agolpan, una en cada esquina; y todas tienen trabajo, pues sus feligreses no son las habituales beatas; en los confesonarios se arrodillan ladrones y asesinos que buscan limpiar sus almas de verdaderos pecados. Pero, cuenta Ripstein, no fueron los chulos o los narcos los que hicieron complicado el rodaje. Fueron los ciegos. Varios cientos de ellos estudian braille por aquellos rumbos, en "la Nacional", la histórica Escuela Nacional de Ciegos. Y unos cuantos se empeñaron, sin motivo aparente, en

poner las cosas difíciles a los intrusos, cortando los cables de los equipos, cruzándose intencionalmente por delante de las cámaras en plena acción, aporreando con sus bastones a actores, iluminadores, figurinistas... Me voy de casa de los Ripstein con pena, y con unas ganas incontenibles de un día recorrer con ellos esos rumbos de la ciudad que apenas he trasegado. Y mientras bajamos en el ascensor pienso en cómo el arte verdadero siempre vuelve a los terrenos que le son propios. Y pienso, claro está, en los ciegos de Buñuel y de Alcoriza, los de *Nazarín* y los de *Tlayucan*, por quedarnos en lo más inmediato y no remontarme hasta Solana, Goya o Lázaro de Tormes. Esos ciegos cuya maldad gárrula nos descoloca, desmintiendo el mito amable del "buen salvaje"; esos ciegos que muelen a palos al niño que se les cruza en el camino porque la vida les ha enseñado que ese niño con dos ojos sanos crecerá y vendrá un día a molerlos a palos a ellos.

Ese domingo. Cada uno habla inconscientemente de lo que sabe, de aquello que conforma su entorno más próximo y cotidiano. Miguel Hernández habla de siega, de trinchera y de cárcel y cada palabra encaja. ¿De qué debería hablar yo? ¿De memorandos de entendimiento, caravanas oficiales y *briefings* comunitarios? Cada vez que me cae una reunión insoportable trato de conformarme pensando en cuántas de estas tuvieron que soportar Reyes, Paz, Gorostiza, García Terrés y todos los demás.

❧

Breve dietario de Nueva York (navidad de 2009)

En el avión. Nueva York no es una mujerzuela cualquiera que se entregue descuidada al primero que la corteja. No. Nueva York es rica heredera de holandeses, irlandeses e italianos, cosmopolita, tiene don de lenguas y, lo que es peor, se sabe solicitada. Por eso, acercarse a ella requiere preparación, organización, táctica y estrategia. Planos, guías, lecturas, películas, canciones, recomendaciones de viajeros expertos ya en estas lides. Demanda respeto y exige trabajo y, sin embargo, nada de eso traigo esta vez. Soy el turista que tanto desprecio cuando lo veo recorrer, con soberbio desconocimiento, la ciudad que hoy es su víctima. Como él, lo único que traigo conmigo es la confianza de que, al fingirme yo desinteresado, ella se me entregue, si no amorosa difícil que tan experimentada dama sienta amor verdadero sí, al menos, amistosa.

❧

Especial navideño de *The Economist.* Casi no había vuelto a leerlo desde la oposición. Entonces lo disfrutaba con doble placer: el de la lectura y el de la imaginada ostentación, en el autobús de regreso a casa, intentado descifrar en las caras de los demás viajeros algo parecido al asombro ante el panfleto en lengua extranjera, ¡tan inocente era! Hoy, en medio de la cháchara política (de los pueblos europeos, el menos politiquero es el nuestro, y no sé si para mal), una referencia libresca*: La tragedia de un hombre*, del húngaro Imre Mádach, poema largo de fascinante argumento. Adán, expulsado del paraíso, se revuelve contra su Creador y determinar re-crear el jardín del edén con sus propias manos. "Whatever I regain is mine by

right. This is the source of all my strength and pride". Y esta imagen tan poderosa es precisamente la que falta en las danzas de la muerte de mi próximo libro. Repensar la coda: en vez del invitado a la cena del Comendatore, el poeta es el Adán que se esfuerza por recrear el mundo, y que apenas consigue fundar un remedo burdo del Edén.

❧

La viuda del economista Julian Simon recuerda en el prefacio de *It's Getting Better All the Time* que en el siglo XX, sin contar a las víctimas directas de conflictos armados, los gobiernos del mundo mataron al 7,3 % de sus súbditos en campos de concentración o trabajo, como consecuencia de hambrunas inducidas, por genocidio u otras conductas similares. Simon, inspirador del *libertarianism*, buscó desmontar la teoría de la "catástrofe malthusiana", reemplazando el pesimismo del clérigo inglés por un optimismo ontológico con respecto a las posibilidades de nuestra especie. Y encontró en el ensañamiento de los poderes establecidos con sus súbditos (y en el refinamiento que consiguieron desarrollar en el siglo pasado) un argumento en apariencia definitivo para sus intereses. Al final, lo que de verdad importa no es el progreso moral, sino que, gracias a Dios, nos reproducimos como ratas.

❧

Pope resume en imagen espléndida la empresa intelectual del ser humano: "A might Maze, but not without a Plan".

❧

Primera impresión de N.Y. En la pista de aterrizaje, un barrendero negro, enfundado en ropajes de colores fosforescentes, como pez recién salido de una fosa abisal, persigue un remolino de desperdicios. Los cartones, plásticos y papeles, movidos por el fuerte viento, no cesan de girar burlonamente en espiral en torno al pobre hombre, que trata de perseguirlos con su escoba y recogedor reglamentarios. Tan poco se necesita para ver reflejada nuestra pobre condición.

❧

En la Bryant Public Library. Entramos en el patio principal bajo la mirada adusta de un patricio, John Stewart Kennedy. El mármol reviste suelos, columnas, arcadas, techos. Las formas geométricas, rectas coronadas por arcos de medio punto, y los contrafuertes apuntados desembocan en el techo acanalado, un tablero con una guirnalda sencilla de flores y un medallón, de nuevo una flor a cada lado. ¿Estamos en una biblioteca o en una bolsa de valores? Para despejar las dudas, en un muro se lee: "A Temple of the Mind". De manera que es aquí donde se escondía el plano que Pope confiaba hallar… En una de las salas laterales, una pequeña exposición sobre el *Candide* de Voltaire. Dentro de una vitrina, el *Portefeuille* de *Monsieur* Voltaire, en cuero rojo, repujado en oro, simulando un libro lujoso, de grueso lomo, y con una cerradura digna de una caja fuerte. Probablemente aquí se guardaban los papeles que François Marie iba a despachar a los palacios reales. En la segunda planta, llegamos a la llamada McGraw Rotunda, donde la madera reemplaza al mármol. El mármol es demasiado frío para el estudioso. Mejor la madera. Además, hay una especie de continuidad natural entre la madera de estantes y paredes y

el papel de los libros. Como si entre ambas se volviese a reunir la calidez del árbol, su majestuosidad. Las paredes de la McGraw Rotunda están decoradas con una serie de pinturas murales. Una historia del libro, desde las tablas de la Ley a la invención de la imprenta, pasando por los copistas medievales. En el mural que representa al monje copista, tras del primer plano (la tarea morosa del monje, sus herramientas dispuestas al alcance de la mano), un caballero de armadura se enfrenta a dos personajes desnudos que ruedan por el suelo e inspiran piedad, con un paisaje de casas ardiendo al fondo. El tráfago de la profesión de las armas frente a la paz espiritual de la biblioteca, oasis terrenal. ¿Dónde mejor que en la calidez muelle de los libros, rodeado de toda la sabiduría que el hombre ha ido acumulando a lo largo de los siglos? ¿Cuántos de los turistas que ahora visitan esta sala son conscientes de que si ellos son ligeramente más cultos que las glebas medievales es gracias a las fatigas de aquellos esforzados monjes? Aunque observándolos con detenimiento, a uno le surgen dudas más que razonables de esto último. Pasean, miran los murales, se toman la foto de rigor, asoman la cabeza a una de las salas de lectura y cuando descubren de qué se trata exclaman, con una profunda decepción en la voz: "¡Bah! Solo libros. ¡Vámonos!"

❧

Asomado a Bryant Park, el magnífico edificio neo-gótico, de ladrillo negro con incrustaciones doradas, diseñado por el arquitecto Raymond Hook a mediados de los veinte y que sirvió de sede a la American Radiator –y hoy es el Hotel Bryant. Todo el país ha sido levantado en los dos últimos siglos. Una civilización que se creó no a espaldas del pensamiento y la civilización europeos, sino sobre

sus hombros. No es de extrañar que aún resintamos ese enorme peso sobre nosotros. Para combatir la rigidez de los músculos cervicales, decidimos pasar un rato patinando en *The Pond*, con las voces de Ella y Louis (*Cheek to cheek*) de fondo. ¿Quién discutirá que estos americanos saben cómo sacarle partido a las navidades?

❧

En el MOMA. Monet, *Water lillies*. Sobrevaloramos al artista y minusvaloramos al espectador, nos minusvaloramos. Al recrear la realidad en el sentido que el artista propone, el espectador da sentido a la experiencia artística, que de otro modo de no pasaría de un ensueño egocéntrico. La obra es encrucijada en que confluyen artista y espectador. Pero esa encrucijada no debe ser anterior a la propia obra. El mayor riesgo para el artista es justamente ese: crear poniéndose en el lugar del espectador; o lo que es lo mismo, caer en la democracia artística.

Orozco, *Mobile matrix* (a.k.a. "ballena de la Vasconcelos"). No deja de haber algo paradójico en los museos de arte contemporáneo. La masa reconoce no entender absolutamente nada de lo que ve, pero, al llegar a la siguiente capital, se agolpa en enormes colas para entrar en ellos. ¿Prurito de turista o algo más? ¿Por qué ocultar que, tras de esas líneas o vacíos desasosegantes, hay algo que atrae a cualquier ser humano dotado de una cierta sensibilidad? Por ejemplo: el inquietante parecido de la aleta derecha de la ballena de Orozco con una mano humana, ¿no habrá de provocar que un escalofrío recorra la espalda de cualquiera que se detenga a contemplarla? Voy pensando todas estas estupideces cuando oigo al vuelo una conversación, que resuelve la incógnita por la

vía de en medio: "–I wouldn't consider that art." "–Performance art, mum." "–Ok.", y así queda definido el arte contemporáneo…

En todo Van Gogh, el temblor alucinado.

Picasso: *Dos desnudos*, que bien podrían ser dos meninas desnudas, y *Muchacho llevando un caballo,* ¿dónde las riendas?

De Chirico, *Gare Montparnasse*. La melancolía de dos figuras sin rostro que caminan cuesta abajo.

De Chirico, *Great Metaphysical Interior*. El surrealista se coloca unas gafas que le hacen ver, dentro de cualquier elemento del mundo animal, vegetal o mineral, un mecanismo con ruedas dentadas, poleas y correas de transmisión. Ellos mismos incluidos.

Beckmann, *Martirio y hambre del infierno*. Nada como la pobreza hizo tanto por la asimilación de los judíos en la (pobre) Europa central de principios del XX.

Beckmann, lo que llamaré *Tríptico del exilio*, donde he visto desterrados a bordo de una barcaza, bogando en medio de un mar de desesperación y angustia, con dirección sobradamente conocida.

Arp, *Mountain, table anchors, navels* detrás de todos ellos, un vacío blanco. ¿Por qué lo imaginamos negro?

Deslumbramiento ante *The Empire of Light*, de Magritte, que de una vez y para siempre despeja el dilema sobre quién es el rey más poderoso.

Mexican art. En los cuarenta, Alfonso Caso, el famoso arqueólogo que desveló los secretos de Monte Albán, comisarió una magna exposición bajo el título "Veinte siglos de arte mexicano". El Museo encargó varias obras ex profeso, como el *Bombardero y tanque* de Orozco que fue expuesto junto con tesoros del arte mexicano de todas las épocas: por ejemplo, la impresionante colección de joyas conocida como tesoro de Monte Albán. Eso es profundidad histórica, y nunca debemos preterirla cuando pensamos en el arte mexicano, el verdadero.

Los *Animals* de Tamayo son la fehaciente constatación de que también los *xoloitzcuintles* saben mostrar sus colmillos. Prueba a quitarles su hueso.

Dos visiones del zapatismo, por Rivera y Orozco. Orozco me parece mucho más mexicano que Rivera. Rivera es el sofista; Orozco, el senequista.

Siqueiros, *Collective suicide.* Un abismo abierto por el que se escurre la historia, tanto da que los protagonistas sean moros y cristianos como castillas e indios.

❧

El primer día de enero el Upper West es una naturaleza muerta de un gris vivo que misteriosamente consigue rescatar la poca luz que penetra el tupido muro de nubes. A vueltas sobre el *Imperio de la luz* de Magritte. Esa farola central es el *inward eye* que oscurece lo obvio y aclara lo sutil. Día natural (luz natural) y noche natural (luz artificial). Todo vuelve al *inward eye.*

❧

Comida en "Rue 57", un restaurante a medio camino entre el parque y el MOMA. Nos sentamos y la mesa estrecha, su calor juntándose con el mío, hace que olvidemos rápidamente el viento gélido que recorre las calles al otro lado de la puerta, y que lleva todo el día martirizándonos las piernas con pequeñas punzadas –no acostumbrados a este frío extremo, no podíamos imaginar que esa acabaría por ser la parte del cuerpo más expuesta. En el hilo musical comienza a sonar *Cheek to Cheek*, que parece acompañarnos a lo largo de todo el viaje. Nos reclinamos en la calidez de las voces de Ella y Louis. La conversación, banal e interrumpida con frecuencia por la joven *waitress*, que se esfuerza funcionarialmente por agradarnos, subraya la profunda comunión del momento, de este tercer estado, a medio camino entre el sueño y la vigilia, que creo resultado del cansancio que empieza a acumularse, del frío, de ciertos acontecimientos familiares recientes que nos llevan a sentirnos más cerca el uno del otro. Por un momento, todo queda fuera, como si hubieran colocado una campana de cristal sobre nuestra mesa, aislándonos del exterior. Pero de repente algo trivial sucede –una mirada, una palabra entendida a medias y que creo despectiva– y la frágil sensación de estar en sintonía con lo que nos rodea queda así de fácilmente reducida a escombros.

❧

Física y filosofía. En mi ignorancia, desconozco si las leyes de nuestra física serían demostrables en una galaxia ajena y distante de nosotros mil años luz. Sin embargo, no veo a priori ningún obstáculo para que cualquier sistema filosófico tenga plena vigencia en el más remoto rincón del universo.

❧

El dos de enero, por insistencia del hermano de Piedad, que se ha sumado a nuestro viaje, cometemos el delito de lesa españolidad de ir a comer en un restaurante español en el Soho. La clientela está compuesta en su mayor parte por jóvenes neoyorquinos que, imagino, en algún momento han tenido algún contacto con España: todos ellos tienen pinta de haber estado en los Sanfermines antesdeayer. La comida parece aceptable hasta que la paella se encarga de desmentirlo. Por cierto, no puedo dejar de pensar en nuestra arraigada pasión por la comida. No es solo el tópico provinciano de que como en España no se come en ningún sitio. Ni siquiera la relación social lo explica por completo. ¿De dónde viene esa pasión, que es también disfrutada individualmente, por el momento en que nos sentamos alrededor de una mesa para tomar alimentos?

❧

Boutade española en Manhattan. En las mesas, altas y corridas, del restaurante, nos acompaña una amplia familia de canarios. Tras una larga ristra de quejas acerca del clima, la comida, lo caro que es todo, mi compañera de mesa se confiesa: "Y lo peor de todo es que aquí nadie te entiende…"

❧

Visita obligada a Shakespeare and Co. En estas librerías icónicas siento un profundo desamparo. La misma sensación de mareo que produce una visita a la Torre Eiffel, a la Plaza de San Marcos, al puente Carlos de Praga.

Apenas alcanzo a comprar la traducción inglesa del *Camera Lucida* de Barthes. "Photography has been and is still tormented by the ghost of Painting [...] as if it where born for the canvas [...] yet it is not (it seems to me) by Painting that Photograph touches Art, but by Theater". La fotografía es, como el teatro, "a figuration of the motionless and made-up face beneath which we see the dead".

❧

Llevo tres años fuera de mi país, pero en algún sentido me parece que nunca he llegado a abandonar mi cultura, mi civilización. No en México, segunda casa que, a ratos, compite con la primera en muchos aspectos. Tampoco aquí en Estados Unidos me siento realmente un extraño. Todo resulta familiar, como esas historias oídas a mi abuela o a mi madre sobre parientes lejanos, a quienes nunca he visto, pero que no me son absoluta y radicalmente ajenos. Por eso en este momento sería quizás bueno buscar el choque de una cultura realmente alejada de la mía. Un idioma distinto que deba aprender desde las raíces, nuevas lecturas, una historia por aprender. Gentes que me desprecien en lo más íntimo por el hecho de ser extranjero.

❧

No acabo de disfrutar la lectura de Johnson, al que acabaré abandonando. Siempre he estimado la expresión clara de los ingleses, pero en Johnson la practicidad se torna reflexión artificialmente alargada sobre lo inane. Eso me anima aún más a leer a Boswell, quien me espera, a la vuelta, sobre la mesa del escritorio de la biblioteca.

❧

Todas estas noches emana del patio interior del apartamento que alquilamos un bramido, sostenido en el tiempo cual fragor de montañas luchando por salir a la superficie en una era primigenia. ¿Qué demonios puede provocar ese ruido? ¿Estamos sobre las máquinas del mismísimo infierno? Probablemente debe tratarse de algún mecanismo de los tiempos en que el edificio fue levantado, finales del XIX, destinado a hacer confortable la vida de sus inquilinos y hoy convertido en táctica de tortura digna de Guantánamo. Quizás la calefacción, o las tuberías, o el motor del ascensor, quién sabe. El caso es que ruge sin cesar, como el motor de un trasatlántico en mitad del océano, como las tripas de la ballena para el oído sufrido de Jonás. Con ese ruido convivo cada noche, y con su bestial arrullo lucho hasta caer extenuado, rendido, sin fuerzas, en un sueño extraordinariamente reparador.

❧

Hoy el día amanece más frío aún que el anterior. Este frío ventoso ha estado siempre aquí, golpeándolo todo, acariciándolo todo con su mano bestial. Una mano masculina que, después de una vida de extrañamiento, acaricia la mano agonizante de su padre.

❧

En el Whitney Museum. *Early Sunday Morning*, de Hopper. ¿Qué llevaba a Edward a pasear por estos desiertos a primera hora de la mañana de un domingo? ¿Buscaba cómo expresar la desolación de ese tiempo perdido, amable aún, de cuarteto tardío de Mozart; su amigable desazón, su tranquila desafección del mundo? El necesario contraste lo pone esa bola coloreada de las barberí-

as americanas cuyos vivos colores, rojo, azul y blanco, tremolan sin fin.

Un nombre, Fairfield Porter, anotado en más por su sonoridad que por otra cosa. ¿Nos hacen mejores personas los museos?

Espléndida fotografía de unos niños y niñas que juegan en las calles de Brooklyn en los años cuarenta. Siguiendo la terminología de Barthes, el *punctum* de la foto serían los pezones puntiagudos de la mayor (una adolescente de unos catorce o quince años), marcándose tras un *sweater* demasiado pequeño, estirado probablemente su uso en tiempos de estrecheces económicas. En esas dos cimas puntiagudas germinaba (y no otra es la carga de profundidad de la fotografía) la mujer que hoy probablemente estará ya al borde de la tumba, si no en el fondo de ella.

❧

En el MET. Un Turner espectacular, *The Whale Ship*, de la década de los cuarenta: océano gris, revuelto y cielo terriblemente blanco como predicción de la desgracia que se anuncia, el velo que se manchará con la sangre. A medio camino entre ambos, el monstruo destroza varios botes con un escorzo desesperado, mientras el majestuoso ballenero espera su momento: sabe que pronto cargará al cachalote en su cubierta.

Otro Turner, muy anterior (1811), en el que se ve el puerto de un poblacho inglés, en la ribera de un río, el *ferry*, poco más que un bote de pescadores, dispuesto para zarpar.

Un daguerrotipo, fechado en 1850, de dos niñas vestidas según la que supongo moda de la época, posando con mirada de infantil desdén: ¿al fotógrafo? ¿a la cámara? ¿a la vida?

❧

Después de ver *El Señor de los anillos*. Nadie me avisó de que una vez que el barco levaba anclas no había camino de regreso. Aquello que los otros consideran suficiente es para mí un desierto en el que nada encontraría que pudiera hacerme la vida soportable. ¿Cómo explicar esto a quienes se quedan en la otra costa sin hacerles sentir menos al tiempo que yo me siento absolutamente extraño?

❧

A igualdad de esfuerzo, cualquiera prefiere tener más dinero que menos. Sin embargo no tengo nada claro que esta ecuación se aplique al conocimiento.

❧

Kant, *De lo bello y lo sublime*. "Un distanciamiento melancólico, debido a un legítimo hastío, es noble".

❧

En el avión, de vuelta. La posmodernidad es una ética de avión. Desde estas alturas, encerrado en esta atmósfera artificial, una especie de útero en medio de la nada, no caben morales estrictas. Para el que mira desde la ventanilla, el ciudadano íntegro y el asesino contumaz son igual-

mente insignificantes. ¿Para qué, entonces, tomarse la molestia de juzgar?

❧

En *History Channel*. Salomón tuvo su propio anillo de poder "to rule them all". Un anillo es una especie de cadena sólida en la que el engreído queda atrapado a medida que se infla su ego.

❧

En los veinte, con todos aquellos jóvenes ricos y locos conduciendo sus veloces máquinas entre los tranvías, acelerando al máximo en las anchas avenidas, buscando en qué vanguardia artística colocar el millón de dólares de sobra, Nueva York debía de ser una auténtica fiesta. Su profeta extemporáneo es Coltrane: en su saxo habitan la velocidad y la síncopa endiablada de esta ciudad.

❧

2010

Si miro hacia atrás no sé en absoluto si ha habido noches,
pues todo se me figura como si hubiera sido un solo día
y no hubiera ni horas distintas, ni siquiera diferencias de luz.

Kafka, *Diarios*

16 de enero. León Felipe escribe sobre Auschwitz y lo confunde todo. Conmina al silencio a Virgilio, a Dante y a Blake. Quiere callar aun a los violines. Pero en eso se equivoca. Que suenen, por favor. Aun mejor, que atruenen nuestros oídos, cubriendo todo ese dolor. Que su armonía oculte el ruido de las máquinas de muerte. Los aullidos. Que entierre en un acorde estruendoso –como el del *finale* de *La Valse* de Ravel– y sinestético el olor dulzón que exhalaban día y noche las chimeneas de los crematorios, y que se les metía en la boca a los presos de campos de concentración y les quitaba el apetito durante días enteros.

17. Encuentros improbables. Mañana de domingo, muy temprano, conduzco camino de la Condesa. Suena en el reproductor de cedés "Dos Cruces", cantada por "el Cigala", mientras delante de mí circula un colorido *pesero* de nombre *Monte de las cruces*. Doy con él dos veces en la cuadrícula de la Condesa esta misma mañana. También dos veces en los últimos días he experimentado que alguien me seguía para, al volver la cabeza, encontrar solo un desasosegante vacío. Nada. Y, por fin, otras dos veces me he topado con Larkin: en Vila-Matas y en el librillo de versos que hace unas semanas me envió mi colega Guillermo López-Gallego.

20. Francisco Tario promete convertirse en el primer descubrimiento literario del año. Llevo tiempo oyendo que "es un autor de culto". Pero, como suele suceder con los "autores de culto" (tampoco la literatura ha conseguido escapar a categoría tan molesta), parece que Tario solo es cultivado por lectores que no son capaces de ir más allá de la frase hecha de que "es un autor de culto"; porque suele suceder que raramente han leído lo que ese autor de culto tuviera que escribir, así que poco más he conseguido rascar por ese lado. Ni por el otro: tampoco Ripstein, a quien acudo como último recurso, consigue aquí iluminarme, y solo alcanza a decirme que el único que puede saber algo es José Emilio Pacheco. Pero, claro, hablar con José Emilio, sobre todo después del Cervantes, es tener que pasar la ordalía del Cancerbero, así que lo descarto de entrada. Hoy, por fin, encuentro alguien que sí parece haberlo leído: Luigi Amara, el editor de Tumbona. Me recomienda *Equinoccio,* un libro de aforismos que publicó en 1943, y que ellos no han reeditado por algún problema de derechos. Tario, que se llamaba en realidad Francisco Peláez, nació en México en 1911 y murió en Madrid en el 77. Escribió cuento, novela, teatro y los aforismos de *Equinoccio.* Fue futbolista (como José Alfredo), pianista, propietario de cines en Acapulco y astrónomo. Amasó una fortuna considerable (o quizás ya le venía de familia); suficiente para tomarse con filosofía los trabajos forzados de la literatura. Encuentro un artículo de José Luis Martínez en *Letras Libres*, que no aclara demasiado. Lo único evidente a estas alturas es que sus libros son inencontrables. La cosa no hace más que mejorar…

El miércoles siguiente. No cejo hasta hacerme con *Equinoccio.* Pregunto a los *dealers* habituales, me paso el fin

de semana recorriendo librerías, todo sin éxito; al final, el que me lo consigue es Agustín, el librero de lance más famoso de la Condesa, al que acuden cada vez que por aquí paran Abelardo Linares y Joaquín Sabina, aquel para nutrir su negocio y este su biblioteca particular (que, al decir del librero, debe ser una de las mejor surtidas de mi país en libros del exilio republicano en México). Lo cierto es que las visitas de uno y otro a los reales de Agustín encarecen el precio del libro mexicano de lance, en particular el del exilio, con tasas de inflación argentinas –o venezolanas. Yo, por mi parte, solo he comenzado a frecuentarlo en estos últimos meses, cansado de pasarme jornadas enteras buceando en las cuevas de Ali Baba de Donceles, donde tanto he disfrutado (al encontrar alguna joya por un precio irrisorio), y donde tanto tiempo he perdido también (casi siempre entre literatura marxista, que domina aquellas montoneras). Ahora con frecuencia prefiero acudir al librero que sé me conseguirá aquello que busco sin ningún esfuerzo por mi parte –y con uno considerable por parte de mi bolsillo. "Ni modo". En este caso, además, la necesidad de *Equinoccio* justifica el precio claramente desproporcionado que pago. Cuando tengo el libro entre mis manos, Agustín me confiesa con toda naturalidad que un cáncer galopa veloz por su hígado desde hace unos meses, así que al final aun ese precio desproporcionado lo pago con mala conciencia. Busco quitármela en el Péndulo, a dos esquinas de la librería de Agustín. Me instalo en uno de los veladores de la planta de arriba, donde por milagro divino hoy no para Bravo Varela (en este lugar escribe diariamente, me lo repite cada vez que me lo encuentro, supongo que debe considerarlo símbolo de distinción), con uno de esos *capuccinos* tan grandes como insulsos que aquí sirven, y comienzo la lectura de Tario. No me decepciona. Una de las principa-

les virtudes de este *Equinoccio*, cuyos textos solo con fórceps pueden ser calificados de aforismos, es que hace del raro entre los raros Torri una tradición. Aquellos textos inclasificables de *Ensayos y poemas* y *De fusilamientos* (a medio camino entre el aforismo, la conseja medieval, la fábula antropomorfa, el apotegma de los padres del desierto,…), ajolotes también, sí, ajolotes de los géneros que parecían destinados a extinguirse en su condición hermafroditas, encuentran su evolución natural en estos de *Equinoccio*. Y así en este libro se halla el eslabón perdido de una bizarra cadena evolutiva en que, con todos los peros y matices que se quieran, Torri acaba por confluir, vía Tario, con un cierto Arreola y, sobre todo, con mucho Ibargüengoitia. Por debajo de la discusión superficial acerca de los géneros (que, pese a todo, no conseguimos dar por clausurada) todos ellos se unen en una técnica de disección de la realidad profundamente lúcida y que opera de manera paradójica: el aparente distanciamiento de lo real es solo un rodeo para llegar de modo más directo a su núcleo. Sajando la materia gris de la costumbre con el bisturí afiladísimo de la ironía, que cada uno de esos cuatro declinan en todas sus posibles variantes, hasta convertirla en seña de identidad de una de las vetas más gozosas de la literatura mexicana del siglo pasado. Aquí quedan algunas perlas:

"Mujer, te alargo la mano para que vengas hoy a dormir conmigo. No me pidas más. Ya sé…"

"A partir del día en que el hombre cumple dos días, ya nada tiene remedio".

"El gran turista, el verdadero turista, aplaudiendo a rabiar las columnas de aquel templo".

“No es popular la verdad, ni muchos menos. En seguida os gritan por la calle: –¡Eh, tú! ¿Te has vuelto loco o a que viene eso?”.

“Pues mirad si de veras será desdichado el hombre que tantas veces se suicida por escapar al horroroso tormento de la muerte”.

El jueves siguiente. Vuelvo a recorrer mis caminos de infancia y adolescencia en la memoria, el único lugar donde a estas alturas quizás existen.

Los de Eljas. Abría la puerta de casa, que daba a la plaza irregular, con su iglesia excéntrica y sus minúsculos soportales, en cuyas arcadas no veía yo arquitectura alguna, sino el anuncio de la partida de canicas que llenaría la tarde. Cruzaba la plaza corriendo y tomaba, a la derecha, una empinada cuesta abajo. Tan empinada que en el asfalto había hendiduras longitudinales para que las bestias no resbalaran. Bajaba la cuesta haciendo presión con las zapatillas justo en esas hendiduras perpendiculares. Saludaba a las viejas socarronas y bigotudas (“¡Bons dias!”) que a esa hora intempestiva se afanaban barriendo ya el umbral de sus casas. Antes de darme cuenta estaba delante de la cancela de la escuela: herrería pintada en negro, de dimensiones que me parecían descomunales, y lo que más me intrigaba, siempre abierta...

Los de Torrejoncillo. En esos caminos de soledad me hice adulto. Aquellos días, todos, eran lunes. Aunque fuera jueves, salía de casa aún con el recuerdo fresco de la tarde de domingo en que mis padres habían decidido una vez más dejarme atrás. Lo peor no era ser abandonado (lo hacían para evitarme un traslado a mitad de curso, y de

alguna manera lo entendía) sino la incapacidad de deshacer el nudo en la garganta cuando se acercaba el momento de su marcha. Y la necesidad de evitar que vieran en el rostro regordete de niño que era y que se resistía a abandonar su condición los regueros de las lágrimas, vertidas en el encierro de aquel cuarto de baño nuevo, en la planta de arriba que nadie transitaba. Salía, pues, cada mañana y recorría cuesta arriba un breve tramo de calle asfaltada. A la izquierda, abruptamente, se desprendía un camino empedrado solo a medias que se alejaba por las afueras del pueblo y que inmediatamente limpiaba el recuerdo, tibio ya, del abandono de la tarde anterior. En medio de aquellos baldíos, entre pesados portones de corral, con la sola compañía de los ladridos excitados de los perros, caminaba sintiéndome una isla en pleno océano; una isla que con solo respirar profundamente, llenando de este aire recio sus pulmones, se alejaba del continente (tan imperceptible como irremediablemente) y así se hacía mayor, independiente, adulta.

Los de Cáceres. Cuatro años por escaleras, una breve bajada y una prolongada subida. Siempre cuesta arriba o cuesta abajo. Y viceversa. Un trayecto corto, apenas diez minutos, siempre con compañía. Cuántas veces pergeñábamos en aquel camino, con todo detalle, nuestra vida de adultos; qué locuras no imaginábamos llegar a cometer; qué mujer no conquistábamos… Tan corto el recorrido para tan larga tarea que siempre el primer cuarto de hora de clase se nos iba en acabar de planificar nuestras vidas. Pero, pasaba ese momento febril y entonces, ¿cómo no asentir vehementemente a la confusa lección del profesor de turno si ese gesto, tan barato para mí, podía alegrar el día de aquel individuo tan mediocre como honrado, incapaz de ejercer autoridad alguna sobre aquella horda de

aspirantes a delincuente, digno de lástima? ¿No era aquel gesto repetido suficiente para evitar que alguno de esos profesores renunciase a su profesión, convertida en tortura diaria a lo largo de años de infructuoso esfuerzo? ¿O incluso no impediría el leve pero evidente balanceo de mi cabeza que alguno de ellos, por mano propia, acabase con su sufrimiento diario de artista incomprendido? Y así me convertía para los ansiosos ojos del profesor, y gracias simplemente al vaivén de mi cráneo generoso, en símbolo del progreso de la Especie, en justificación de una vida, en prueba fehaciente de su contribución a la mejora moral de la Humanidad.

22. Circulo más temprano de lo habitual. Dentro del frío habitáculo del taxi, los primeros rayos de sol anuncian su propósito de inundar, hoy sí, la ciudad. Me parapeto tras la tibieza de mis manos y una leve somnolencia como barrera desesperada frente a la desolación. En mi fragilidad descubro el clavo ardiendo al que me agarro para no caer en los abismos del más puro Azar. En mi afligida condición, la moneda con la que alquilo la indiferencia del Destino, de los astros, de las leyes naturales. Un anciano, de harapos y frente altiva, vende cafés entre los coches. A diez pesos compro el vaso de plástico y, de alguna manera, la dignidad del anciano. Leo ahora una selección de citas anotadas días atrás en un cuaderno, al hilo de la lectura del clásico de Reyes Heroles sobre los acontecimientos revolucionarios. Dos de Villa: "Yo muy bien comprendo que la guerra la hacemos nosotros los hombres ignorantes y la tienen que aprovechar los gabinetes"; "Me gustan aquellos llanos para una gran batalla"; y una de Felipe Ángeles: "La Revolución se hizo para librarnos de los amos, para que vuelva el gobierno a manos del mismo pueblo y para que este elija en cada región a los

hombres honrados, justos, sensatos y buenos que conozca personalmente y los obligue a fungir como sirvientes de su voluntad expresada en las leyes, y no como sus señores". Y mientras cierro el cuaderno, pienso que las revoluciones solo son revolucionarias mientras habitan en las mentes de los hombres que las hacen. Luego quedan inevitablemente atrapadas en la prisión, por fuerza conservadora, del hacer.

La semana siguiente. Por alguna vía, bizarra sin duda, Vila-Matas es el último epígono de Menéndez Pelayo. Donde la iracundia (literaria) de este cede ante cierta impostura de una exquisita corrección política, quizás la moneda de curso legal más común en nuestros tiempos en aquellos pagos europeos.

❧

La pluma baila impune sobre las tumbas de los muertos y el público aplaude a rabiar.

❧

De pequeño, después de la catequesis, siempre me quedaba con ganas de preguntarle al cura cómo llegaría a saber si, en el reparto de almas, me había tocado una sensible. Y si tal cosa era sinónimo de ser gay.

El domingo de esa semana (*en Tepotzlán*). Un viaje aplazado mucho tiempo por simple prejuicio: ese pueblecito al norte del estado de Morelos (a una conveniente distancia de México, menos de un centenar de quilómetros; y más conveniente aún, unas pocas decenas, de Cuernavaca, la Cuannáhuac de Geoffrey Firmin y "la eter-

na primavera") se ha convertido en una especie de tianguis del bienestar y la "sabiduría" *new age*, al que ese tipo de turista, ni más ni menos dañino que cualquier otro, acude buscando temascales de saldo, masajes relajantes, cuarzos, ..., todo ello aderezado con su correspondiente dosis de velas, incienso y morosofía de la verdad interior. Pero, ya de entrada, me sorprende el magnífico paisaje, formado por una línea de montañas de cima redondeada y una extraña textura cerebral, similares a las que sirven de fondo a los cuadros de Hokusai: los árboles recortándose como lóbulos en la figura de la montaña. Que me hacen pensar en Jung cuando afirma: "El Ego se cree el único Yo". A lo que solo se me ocurre responder: "Gracias a Dios".

❧

Si venimos a Tepoztlán, y "se o meu sangue não me engana/ como engana a fantasia/ havemos de ir" al Tepozteco, la escarpada roca que domina el pueblo y todo este valle del estado de Morelos. Después de dos horas de ascensión, por una pendiente que a mí me parece escarpadísima, pero que niños de corta edad remontan ágiles como cabras, llegamos a la cima. Allí solo nos espera un pequeño templo piramidal, burdamente reconstruido, que carece de todo valor arquitectónico y que bien pudo estar dedicado a Tezcalipoca, divinidad que en el panteón mexica simboliza lo poco que vale la vida. De hecho, cosa extraña, el templo sobre el Tepozteco es notablemente feo, ajeno a cualquier proporción, y su visión chirría con la grandeza del entorno. Teniendo en cuenta el magnífico emplazamiento, no me cabe ninguna duda de que ese templo es mensaje dirigido a los hombres antes que a los dioses, y seguramente relacionado con alguna conquista:

leo en la cartela que la pequeña pirámide fue erigida por la Triple Alianza (la que formaron las ciudades de Tenochtitlán, Tlacopan y Texcoco, y que sometió con puño de hierro a los otros pueblos del centro del país en el siglo XV) para que ninguno de los pueblos levantiscos olvidara su conquista a sangre y fuego del rico señorío de Tepoztlán. Más que a observar el templo, dedico los minutos en la cumbre a dos tareas: a recuperar el resuello y a interesarme por un minúsculo maguey, nacido sobre las lajas de la pirámide. En las puntas abiertas de las hojas secas asoma ya la fibra amarillenta del henequén, que tan poco probable nos parece cuando vemos la planta en plena vida, con su verde intenso, metálico, afilado. Espinas grisáceas forman el contorno de la hoja, desafiando el paso del tiempo.

❧

En el descenso tropiezo con una piedra y, aunque no llego a caer, los cristales de mis gafas se hacen trizas. Me siento perdido, desvalido, inútil. Como a los muertos en las batallas homéricas, la niebla ha velado mis ojos.

Primero de febrero. La vida cerebral, o cómo un puñado de millones de células se inventan todo esto, engañándose a sí mismas.

2. Para Sontag, la fotografía es hija, putativa más que legítima, de la pintura. Para Barthes, prosapia de lo dramático, juego de máscaras con que nos seduce y engaña la muerte. Rulfo vio en ella continuación de la literatura, al menos de la suya, por otros medios. Los tres parecieran embarcados en una investigación genealógica para demostrar –o refutar– la pureza de sangre de la fotografía

que simplemente me aburre. ¿Por qué empeñarse en demostrar la noble filiación de un arte que, lo sea o no, nos apasiona?

5. En México las estaciones no cambian a golpe de calendario, sino a paso de mula –hoy, sobre cuatro ruedas. Llegada cierta altura, que normalmente coincide con el fin de semana, el habitante de este valle de Anáhuac comienza a sentir su perpetua primavera como una condena. Y sale entonces en desbandada para, atravesando las serranías que rodean el valle por tres de los cuatro puntos cardinales, encontrarse con el verano, también perpetuo, de las tierras bajas. Lo del invierno, el verdadero invierno, es cosa de los bárbaros estados del norte, montañosos y desérticos, inhóspitos, gélidos en casi todos los sentidos. Pero aun en el lugar más frío, en cuanto el sol ("el güero", en argot) asoma sobre nuestras cabezas, nos recuerda con un fuerte picor en la piel que estamos en el trópico. Ahora se suceden, cosa inusual en esta época del año, varios días de lluvia, que han inundado los barrios pobres del oriente y el sur de la ciudad. Barrios enteros de casitas rectangulares y achatadas como cajas de zapatos, anegados por un diluvio de aguas negras, que no cae del cielo, sino que es regurgitado por la tierra. Parece que esta pasada noche, junto con las escasas pertenencias de cientos de familias, Tzaltéotl, la diosa mexica de las inmundicias, se ha llevado el *smog* de la ciudad (México, en los cómics de la familia Burrón es la "ciudad del *smog* y el trinquete"), dejando el cielo más azul que recuerdo en todos estos años y una incomparable sensación de levedad. Hoy, cuando las lluvias parecen haber ya quedado atrás y el sol comienza a calentar, Claudia me guía con su habitual sonrisa por las obras de ampliación del Centro Cultural. En la que será tercera planta, aún en bruto –paredes y suelos

sin lucir, columnas vistas, techo por levantar– sucede un milagro. De todas las máscaras citadinas, una de las más enojosas es la que protege de nuestra vista a los dos míticos volcanes: el Popo(catépetl) y el Izta(ccíhuatl). Hoy, por primera vez, en la claridad radical del día, alcanzo a verlos de frente, por encima de las cúpulas de las iglesias del oriente –sí, el Centro, de dimensiones descomunales, también tiene un norte, un sur, un oriente y un poniente. Y solo hoy me percato de la cercanía de los volcanes a esta parte de la ciudad, de qué notable debió ser su influjo cuando nada ocultaba a diario su visión, cuando en este ambiente trasparente, uno podía soñar, como sueño yo ahora, con extender la mano y tocar el gorro blanco y frío de uno u otro. Bajo su ascendente, entiendo por qué estos rumbos son por fuerza mestizos; por qué la ciudad se va disolviendo hacia el oriente en barrios interminables, que administrativamente aún forman parte de ella, pero dónde la ciudad es ya poco más que un nombre.

La mañana del sábado siguiente. Que la estupidez de muchos nunca sea la medida de tu inteligencia.

Esa misma tarde. Buscando en el Péndulo de la Condesa un libro que tengo que leer antes de escribir unas palabras para su próxima presentación en el Centro Cultural, me doy de bruces con Marco Antonio Campos, Jorge Valdés y el peruano Antonio Cisneros, instalados en una de esas mesitas exageradamente pequeñas del Péndulo frente a sendas tazas (esas tazas exageradamente grandes, exageradamente blancas) de café. Soy invitado a incorporarme a la tertulia, que acaba por prolongarse otras dos buenas horas. Campos, "palavroso" (como dicen los portugueses); Valdés, con su habitual mesura (aún soy incapaz de decir si natural); y Cisneros, que ha venido

para servir de jurado en el Premio Nacional de Aguascalientes, un miraflorino con todas las de la ley: jersey cruzado sobre los hombros, elegantes *oxford* recién lustrados, buen conversador y, además, excelente poeta. Hoy se disecciona la *Oración por el 9 de febrero* de Alfonso Reyes. Valdés defiende el texto, que dice ha de leerse olvidando quién lo escribió y su circunstancia histórica. Campos y Cisneros, por su parte, critican a Reyes (Alfonso), hijo del cacique Reyes (Bernardo), asesinado en medio de los desmanes de 1910, porque la parcialidad de aquel, su desdén frente a los ideales revolucionarios, acaba por contaminar un texto que Cisneros define como "maravilloso" y "conservador". Trato yo de tomar algo de distancia, colocando a la *Oración* en el lugar que le corresponde en nuestra tradición, desde su referencia más obvia, las *Coplas* de Manrique, hasta el poema "Ópalo" de Díaz Mirón, dedicado también a la memoria de su padre, militar con aspiraciones literarias como el de Reyes. Pero la conversación va ya por otros derroteros y no se detiene en erudiciones. Y es que cuando se toca la tecla revolucionaria, el mexicano salta como un resorte, sin posible vuelta atrás. Valdés y Campos culpan vehementemente a Madero del casi millón de muertos. Con su incólume fe de hombre de metro y cuarenta y ocho centímetros, Madero puso en movimiento, nadie podrá nunca saber si de modo consciente (lo más probable es que no), mecanismos poderosísimos que venían labrando en lo profundo de este país escindido desde hacía siglos. Y el resultado se midió, quizás no podía ser de otro modo, en miles de metros cúbicos de sangre inocente derramada. Hacia el final de la conversa, Valdés apunta una anécdota genial de la campaña presidencial de 1970, en la que Luis Echeverría resultaría elegido. Este, que había ejercido de Secretario con Díaz Ordaz, era el investido con el consuetudinario

"dedazo" de su antecesor, y, seguro de su triunfo, había elegido como lema de su campaña un optimista "Arriba y adelante". Cuenta Jorge que un joven priísta que con el tiempo sería Secretario con el propio Echeverría se desplazó varios cientos de kilómetros para asistir a un multitudinario mítin del candidato en el norte del país. Al acabar la intervención de Echeverría, el joven se levantó de su asiento, pidió la palabra y preguntó dubitativo: "Señor candidato, ¿cuán alto es arriba y cuán lejos adelante?".

El miércoles siguiente. Recuerda Paz en un artículo publicado en *El País* en 1990 que Alberti y María Teresa León vivieron en un apartamento del edificio Ermita (en la colonia Tacubaya) durante unos pocos meses en 1935. Durante esa estancia se publicó la primera edición de *Verte y no verte* ("tú dándole a la muerte tu último traje"), "el otro llanto" por la muerte del torero Ignacio Sánchez Mejías. La edición, con ilustraciones de Manuel Rodríguez Lozano, el magnífico pintor asociado al grupo de los *Contemporáneos*, vio la luz con el sello editorial Fábula, del juez, escritor y tipógrafo tlaxcalteco Miguel N. Lira. Como el resto de obras publicadas en Fábula, *Verte y no verte* fue compuesto a mano por el propio Lira, quien de los nuestros no publicó únicamente a Alberti: en una colección llamada "Amigos españoles de Fábula" aparecieron el monodrama *Cardenio* de Jarnés, el libro de poemas *Son triste* de José López Rubio y *El desterrado* de mi paisano Díez Canedo, todos ellos mucho antes de que la Guerra Civil y el exilio abrieran por completo las compuertas de la edición mexicana a la literatura española. Y publicó también otras rarezas de asunto español, como una *Teoría General de Cagancho* en la que Octavio N. Bustamante desarrolla los aspectos más profundos del pensamiento de aquel matador sevillano, de Triana por

más señas, que pasó a la posteridad por sus "espantás" (más sonadas que sus éxitos, tampoco escasos) y, sobre todo, por su exabrupto, que la leyenda quiere pronunciado justamente aquí, en México: "¿Hablar inglé? Ni lo mande Dio." Octavio N. Bustamante es un personaje curioso: uno de sus editores, Edmundo O'Gorman, lo define como "teórico de los toros, de los ciclones en teoría general, de la elegancia en teoría particular y del dancing en literatura". Por cierto –y con esto acaba la digresión, que ya va pasando de castaño oscuro–, Bustamante es uno de los mejores escritores de títulos que uno conozca: además del citado ensayo tauromáquico, es el autor de otro titulado *Invitación al dancing*, de *Seis novelas iguales entre sí*, donde figura una llamada *El amor humano* y de una obra de teatro llamada *El fracaso de la U.S.P.*, donde espero nunca llegar a saber a qué responden las siglas U.S.P.

El jueves siguiente. Comida con Pacheco y el nuevo Embajador, recién llegado, que quiere conocer al último Premio Cervantes, a quien por supuesto no había oído nombrar antes del premio. Hablo con José Emilio para concertar día y hora, y convenimos que pasaré a recogerlo por su casa para ir al juntos restaurante. En la fecha y hora fijadas, estoy delante de la puerta de su casa en la Condesa, donde ya lo he visitado en una ocasión anterior. Toco al timbre. Nada. Insisto. Tras varios intentos, aparece un señor con mono de trabajo azul y una escalera en mano. Me separo unos pasos de la puerta para mirar bien el número de la casa, que está sobre la cancela de entrada, por si me hubiese equivocado –algo perfectamente normal en esta línea de casitas, todas similares, que flanquean una de las típicas avenidas con camellón de la Condesa. Es el número, sí. Le pregunto al señor si está José Emilio Pacheco. Dice que no. Que "el maestro

Pacheco no vive allí". Vuelvo a mirar el número en la entrada. El señor de mono sigue tras la puerta medio entornada, así que me asomo por la rendija y veo la biblioteca, justo donde la recordaba. Saco del bolsillo de la chaqueta el teléfono móvil. Marco el número de casa de José Emilio. Suena el ring, redoblado: a través de mi móvil y, como un eco lejano en la planta de arriba. Nadie atiende. Tras incontables toques, finalmente una voz entrecortada, la de José Emilio, al aparato. La oigo a través del teléfono pero también su eco lejano a través de la rendija de la puerta. José Emilio dice que está acabando de ducharse. Media hora después baja, y le pregunto quién es el hombre de mono azul. "El pintor –sonríe. Le tengo dicho que, cuando estoy, diga que no hay nadie en casa".

❧

De camino hacia el restaurante, le pregunto por el motivo de la estancia de Alberti en México. Dice que no lo sabe, pero que en esa casa de Tacubaya vivió Ramón Mercader antes de matar a Trotsky, y que por allí pulularon también Rivera y Siqueiros. Y la conexión –estalinista, claro– suena verosímil, porque Alberti y la León fueron a América en gira, sufragada por el Socorro Rojo, para denunciar la represión del Gobierno de la CEDA en Asturias el año anterior. Durante la comida, Pacheco habla sin cesar. De la Revolución primero; de la invasión francesa después. Conoce al dedillo la historia de México de los dos últimos siglos. Sin embargo (tónica dominante entre los liberales de este país), no parece interesarse demasiado por nada de lo anterior. Para los liberales mexicanos, la historia de su país solo existe entre Juárez y la Convención de Aguascalientes –tensando mucho la cuerda, entre Juárez y la nacionalización del petróleo del

Presidente Cárdenas. Antes de Juárez, solo hay razones de la revolución liberal; después de Cárdenas, perversión de sus objetivos puros. De todos modos, si el liberal mexicano tiene que elegir el "momento más estelar" de su historia, no cabe duda de que se quedará con la simbólica lucha del indio zapoteca Juárez contra el emperador austríaco Maximiliano, que en la interpretación liberal funda las referencias ideales del México contemporáneo: igualdad ante la ley (sinónimo de igualdad racial); separación de Iglesia y Estado; y quizás lo que al cabo más importe, una poderosa afirmación nacional (el conocido y emocionante poema "Alta traición" de Pacheco nos exime de demostrar esto último). Por mucho que los valores de la igualdad y la laicidad figuren inscritos en el frontón del sistema, por mucho que sean repetidos en los preámbulos de las constituciones, de los valores del proyecto liberal es justamente el de la afirmación nacional(ista) el que acaba por convertir a esa nebulosa que es el México surgido de la Guerra de Independencia en la nación que hoy es. Y solo así se entiende que ese síntesis última del silogismo liberal que son la Revolución y su evolución, el priísmo, hagan de la estabilidad mandamiento supremo de sus tablas de la ley, sin que nunca su ideario deje de ser liberal, dando así lugar al ser contemporáneo de México: una nación que ha avanzado mucho más rápidamente en la consolidación del Estado –con todas las limitaciones que se quieran, pero el mexicano no deja de ser uno de los más resistentes de toda la América Latina– que en la redistribución de la riqueza o en la igualdad de oportunidades real. Finalmente, tras largos meandros, el discurso de Pacheco llega a la biografía del General Prim y allí se detiene cuarenta minutos largos, desarrollando la conexión mexicana del de Reus, que el Embajador y yo, para su sorpresa, desconocíamos por completo. Por ello cuen-

ta con interés ahora renovado acerca del excelente casamiento del militar catalán con Francisca Agüero y González, huérfana de un "peninsular" con prósperos negocios en México (ferrocarriles, minas) y con varios jugosos créditos contra el Gobierno de ese país. De manera que su familia política era una de las afectadas directamente por la suspensión del pago de la deuda decretada por Benito Juárez, y que, al menos sobre el papel, fue el argumento empleado para justificar la intervención franco-anglo-española. Esos créditos explican, mejor que largas reflexiones acerca de la errática política exterior de la Unión Liberal, la ardiente convicción con que el liberal español se suma a los objetivos de aquella triple alianza contra el Gobierno liberal de Juárez. Mientras Pacheco habla, pienso que lo que más le fascina del "affaire Prim" es justamente cómo la Historia, al menos la que se construye en las academias, busca borrar las motivaciones de los individuos que cambiaron su curso, como si tales motivaciones fuesen impuras por comparación con las grandes palabras rituales que todo lo justifican: economía, política, sociedad. Una conclusión, por cierto, que mucho tiene que ver con una cierta veta de su poesía, que opera diseccionando los grandes conceptos con que nos han enseñado a pensar para colocar, en el interior vacío de cada uno de ellos, el corazón batiente del hombre.

❧

Cuando ha acabado de devorar todos los postres, propios y ajenos, que fueron apareciendo sobre la mesa, Pacheco se calla. Y, tras la despedida, fugaz por lo avanzado de la tarde, le acompaño, también yo en silencio, de vuelta a su casa. En el breve trayecto apenas alcanza a musitar dos frases: con la primera pareciera querer justifi-

carse conmigo: “He hablado mucho, pero por lo menos no de mi obra”. Con la segunda, consigo mismo: “Este premio mató a todos los que se lo dieron antes; no volvieron a escribir nada”.

El miércoles siguiente. La ciudad se levanta triste y tengo la tentación de pensar que lo hace por mí, por mi marcha. Como si el universo se preocupase por la oscilación de la más minúscula de sus partículas.

El sábado siguiente. Cumpleaños de Marco Antonio Campos, que me ha invitado hace unos días por teléfono, largando su habitual retahíla de indicaciones que inevitablemente acaban con esta frase hecha: “Sobre Manuel M. Ponce, junto a la iglesia y al lado de una librería llamada *El Juglar*. No hay pierde”. El mexicano considera símbolo de extrema cortesía dar indicaciones precisas acerca de cómo llegar al punto de encuentro de la cita concertada. Supongo que en ello influye la conciencia de vivir en una ciudad del todo inmanejable; pero esa conciencia ha desarrollado, no me cabe duda de ello, un motivo de larga conversación en el que la mayoría de los mexicanos encuentra no una obligación impuesta por la vida en sociedad, sino un notable placer. Y aquella cortesía, por cierto, en nada queda disminuida por el hecho de que luego falten a la cita sobre la que tan largas explicaciones hemos escuchado. O de que lleguen dos horas tarde. En este caso, sin embargo, la cita se mantiene. Y por lo que parece, también la hora. Cuando llego, con unos cuantos minutos de retraso (como en ocasiones anteriores, las explicaciones de Marco Antonio no me han librado de largas revueltas), allí están sentados en torno a una mesa redonda de forja blanca Gelman, Gutiérrez Vega, Díez Canedo, Valdés y otras dos decenas de escritores, poetas,

editores "establecidos" y sus respectivas señoras. Por un momento me pregunto qué pinto allí, con mi solo librito a las espaldas y con Piedad en una mesa de *ladies only*, aburriéndose como una mona. Hugo Gutiérrez Vega, con su aspecto de cardenal que acaba de colgar las órdenes, me llama "paisano" al enterarse de que soy extremeño. Es ciudadano honorario de Plasencia, explica, un reconocimiento de la ciudad a la que dedicó sus *Cantos de Plasencia*, compuestos durante el tiempo en que fue Consejero Cultural de su país en Madrid. Habla mucho de su propia obra, que considera injustamente preterida en la escena lírica mexicana, y entonces pienso en la confesión que Pacheco me hizo la semana pasada acerca de los poetas viejos, una muestra más de su sentido común. Cuando Piedad y yo estamos a punto de salir con dirección al Palacio de Minería, donde participaré en una mesa en homenaje a Miguel Hernández, oigo a Gutiérrez Vega, quien ya participa en otra conversación, referirse a López Velarde como el poeta nacional mexicano. Y pienso que nosotros no tenemos poeta nacional. Quizás Machado sea lo más parecido. Y me quedo con ganas de preguntarle a Hugo si no tener un poeta nacional es bueno o malo.

21. Mañana de domingo en casa de Karla Olvera. Un piso de estudiante en la colonia Narvarte, a esta hora desierta. Nada digno de mención en la fachada del edificio. Ventanas de hierro de los cincuenta, aseadas como viejas beatas. A los pisos altos se sube por una escalera de caracol, estrecha y airosa, de escalones trapezoidales que no permiten el paso de más de una persona a la vez y nos obligan a subir en fila india, como monjes en procesión por una escalera de Escher. Arquitectura tan modesta como eficaz. No hay sillas en el apartamento de Karla, absolutamente blanco. De las paredes, recién encaladas,

solo cuelgan algunas postales, que parecen pequeñas ventanitas al mundo. Casi no hay muebles en el salón, apenas una estantería con varias decenas de libros y una caja tapizada con una colección de sellos encima. Una *Mac* en el suelo. A través de la puerta entreabierta se ve su cuarto: el mobiliario lo conforman apenas una cama y una mesa de escritorio en concienzudo desorden. La cocinita, junto al salón, es de novela rusa del XIX. Lo mismo el baño, con azulejo verde, envejecido pero digno, hasta mitad de altura, encalado el resto. Aunque ya he desayunado en casa, tomo junto a ella, en el suelo, un segundo desayuno que ha preparado con cariño. Tostadas de pan negro con queso al vino blanco (francés, comprado en el mercado de San Juan) y mermelada. Peras. Té con leche. Me muestra un libro de poemas, *Cuando la nieve caiga en el Mediterráneo*, que presentará a un concurso en su Pachuca natal. *Jaikai* sensoriales, donde lo real es pasado por el tamiz de una mirada hipersensible, innegablemente femenina. Tres sensibilidades juntas que descubren en el instante color, movimiento y, sobre todo, olor. También me lee un embrión de novela, desternillante, sobre una peluquera polaca que encuentra en una caravana de gitanos el amor de su vida. En pocas semanas le he tomado mucho cariño. La fragilidad con que se afirma, sus ojos, el corte de pelo *garçon*, su decidida voluntad de ser francesa sin dejar de ser mexicana. Cuando le digo que me marcho este verano, me replica que no debería habérselo dicho, que le pone triste. Y le creo. Karla es el contrapeso a la sesión de "rucos" de ayer. ¡Y vaya si necesitaba una cura!

El sábado siguiente. Miguel Covarrubias pinta a los negros norteamericanos (*Negro Drawings*, 1927) que poco después cantará Lorca (*Poeta en Nueva York*, que recoge impresiones de su estancia neoyorquina de 1929 y 1930).

Es bien probable que ambos fisgaran por las mismas iglesias de Harlem los domingos por la mañana, que por las noches frecuentaran los mismos clubes de jazz, aun que se encontraran sentados a un mismo velador con algunos de los amigos que compartieron. Pero los negros de uno y otro parecen habitar en galaxias distintas, estar hechos de materias completamente diferentes. Los de Covarrubias son negros estilizados, estilosos, vestidos de domingo para ir a misa, o bailando el vertiginoso charlestón en los clubes más chic de la ciudad. Negros amables, que pueden ser vistos por el lector de *The New Yorker* y *Vanity Fair* (donde Lorca seguramente los vio). Negros que de alguna manera quieren ser blancos. Los de Lorca no; no quieren ser blancos porque no están destinados a limpiar ninguna conciencia: "Odian la sombra del pájaro/ sobre el pleamar de la blanca mejilla". Son melancólicos y violentos, libertos, cuando mucho hijos de esclavos ("Es preciso matar al rubio vendedor de aguardiente"), que apenas se acaban de arrancar la sombra de las cadenas en muñecas y tobillos cuando ya están de nuevo sometidos a otro hierro, el misterioso hierro de la urbe –"Odian la flecha sin cuerpo". Negros enmascarados que contienen en el pecho la canción ritual, la que marcaba el ritmo de la cosecha del algodón, que suena aún en su alma: "en la marchita soledad sin hondo/ el abollado mascarón danzaba".

Sábado, penúltimo día de febrero (*en Boca del Río, Veracruz*). Escribo desde la terraza de una de las habitaciones del Hotel Mocambo, en la playa del mismo nombre, pocos quilómetros al sur del puerto de Veracruz. No veo la playa, sino una línea de palmeras desgreñadas y por encima de ellas un mar alto, cuyo azul va degradándose hasta confundirse con el cielo grisáceo. Y cuya línea de

horizonte solo vibra con una onda grave al paso de los petroleros. Esta habitación, esta veranda, esta silla y esta mesa de forja blanca en las que me siento salieron de la mente del castellonense Martí Martín, que trabajó en la Junta de Protección del Patrimonio Artístico durante la Guerra Civil, pasó por Argèles y acabó llegando exiliado a México. Aquí se convirtió muy pronto en el arquitecto "oficial" del destierro republicano, eligiendo el emplazamiento del instituto Luis Vives o encargando a Félix Candela el desarrollo de la Colonia Agrícola Santa Clara, especie de kibutz para exiliados españoles en el estado de Chihuahua que nunca llegaría a concretarse. Sus mejores obras las firmará trabajando para *Vías y Obras*, S.A., la empresa fundada por el emigrado asturiano Manuel Suárez (camaleónico *self-made man* que no se casaba con nadie: franquista declarado, ayudó sin embargo a buen número de exiliados republicanos a su inserción laboral en México), una de cuyas descendientes en cuarta o quinta generación ocupa, casualidades de la vida, mi despacho vecino en la Embajada. Para Suárez, Martí levantó dos hoteles en los años cuarenta: el Casino de la Selva en Cuernavaca (en cuyas espectaculares cubiertas trabajó Candela) y el Mocambo. A partir de ahí se fue alejando progresivamente de la arquitectura, o la arquitectura fue alejándose de él, para dedicarse por entero a su otra pasión, la pintura. Poco ha cambiado en el Mocambo desde entonces: se mantienen indemnes la estructura (los tejadillos volados, el juego de los arcos –de medio punto, apuntados–, las bóvedas, las estilizadas columnas, elementos de una arquitectura que ha sido calificada de neomozárabe, pero cuyos elementos están en los patios de las haciendas mexicanas, en Jalisco como en Yucatán), los interiores (las vidrieras en los salones, los techos altísimos en los cuartos), el mobiliario (madera en líneas rectas,

funcionales). Todo con esa tristeza incontenible y tibia de lo que el tiempo ha vuelto *kitsch*…

❧

En esta playa de Mocambo se rodó *María Eugenia*, que solo se recordará por las secuencias de una María Félix joven y rotunda posando sobre la arena. Y dicen (creo que debó habérselo oído a Luis Miguel Aguilar) también que quizás en este mismo montículo donde se levanta el hotel ambientó Díaz Mirón su conocido poema *Idilio*. "A tres leguas de un puerto bullente/ que a desbordes y grescas anima/ y al que un tiempo la gloria y el clima/ adornan de palmas la frente,/ hay un agrio breñal y en la cima/ de un alcor un casucho acubado/ que de lejos diviso a menudo". En un ominoso entorno ("El sitio es ingrato por fétido y hosco./ El cardón, el nopal y la ortiga/ prosperan y el aire trasciende a boñiga,/ a marisco y a cieno, y el mosco/ pulula y hostiga") el idilio se prepara: "Y a la puerta del viejo bohío/ que oblicuando su ruina en la loma/ se recuesta en el árbol sombrío,/ una rústica grácil asoma/ como una paloma". Y delante de nuestros ojos se consuma: "Vestida con sucios jirones de paño,/ descalza y un lirio en la greña,/ la pastora gentil y risueña/ camina detrás del rebaño. La zagala se turba y empina.../ Y alocada en la fiebre del cebo/ lanza un grito de gusto y de anhelo.../ ¡Un cambujo patán se avecina!". El fin de la fiesta completa la escena con una de las estrofas más sonoras y definitivas de la poesía mexicana: "Y en la excelsa y magnífica fiesta,/ y cual mácula errante y funesta/ un vil zopilote resbala,/ tendida e inmóvil el ala." Quizás a lo funesto del entorno de *Idilio*, a la animalidad del amor que en él sucede, no sea ajeno el hecho de que en Mocambo, el nombre no lleva a engaño, debieron escon-

derse, en casuchas no diferentes de la descrita por Díaz Mirón, cimarrones huidos de las plantaciones de caña.

Ese domingo (*de nuevo en México, de madrugada*). Imposible no preguntarse a estas alturas de la vigilia por el origen misterioso de la intuición poética. Presumo que existen, al menos, dos manantiales: de uno brota aquella epifanía que te quema como úlcera y no te deja hasta tomar forma; del otro, aquella de más largo aliento que te ronda las mientes durante largo tiempo como un síntoma equívoco, que podría ser resolverse en un simple dolor de cabeza o en una enfermedad mortal. Un rumor, un presentimiento, un sordo aviso de terremoto. En este último caso, la intuición demanda cuidados, debe ser regada y cultivada, invitada a nacer.

❧

Cada semana que corre, pues corren ahora ligeras igual que al comienzo caminaban pesadamente, se acerca el momento de tomar una decisión sobre el futuro. Porque pese a que mis dados ya estén sobre la mesa, fantaseo por un momento con la idea de que aún sostengo las riendas de ese caballo llamado futuro, de que mis fuerzas bastan para cabalgarlo. ¿Y si decidiera quedarme? Me represento entonces la batalla que en mi alma lucharían la raíz hundida en esta tierra y el ansia de novedad, que creo congénito en mí; una batalla condenada, como en un mito griego, a unas tablas infinitas, a una eterna repetición –a diferencia de lo que le ocurrió a Cernuda, quien aquí pareció curarse de esta sarna: "[…] parece imposible, si te fuera dado quedarte aquí, que llegaras un día a sentir saciedad, y con ella la maldición antigua del hombre: el deseo de cambiar de sitio". En un extremo de la

cruz de la balanza pesaría el escalofrío que experimenta el que se baña por vez primera en las aguas gélidas de la poesía –aguas que para mí son mexicanas; en el otro, la emoción que acompaña al aprendizaje de una lengua completamente ajena, al desbroce de una literatura más o menos desconocida. Pero el fiel soy yo; yo el que sostiene los dos pesos y es incapaz de resolver, de tomar decisiones, de vencerme o de avanzar. Un fiel que no decide. Aunque por un instante siento que la raíz mexicana se impone: su carga sobre los hombros y una inaplazable necesidad de quedarme, de descansar. ¿Qué hay dentro de ese fardo? Un poemario novel que ha pasado sin pena ni gloria; una decena de colaboraciones para revistas perdidas en la inmensidad de un país que todo lo deglute; varias lecturas y presentaciones; un encuentro importante (Morelia) pero desaprovechado; conocer a Pacheco; todo lo atesorado en tantas conversaciones con Lebedev y en unas pocas con Karla Olvera; otro libro de poemas listo para ser publicado; casi un tercero escrito; infinitas lecturas, mil ideas por madurar, mil intuiciones rumiadas una docena de veces, leídas en tres o cuatro autores admirados; libros que aquí encontré y que me acompañarán ya siempre donde vaya (en primeras ediciones, casi todo el exilio, todo Paz, el *Romancero gitano*, el *Poeta recién casado*, Rulfo); largas horas dialogando con la jacaranda, con el colibrí. Un fardo ligero, sí, pero cómo pesa sobre mis débiles hombros…

2 de marzo. Antesdeayer murió Carlos Montemayor, escritor que gozaba de cierta reputación en los ambientes izquierdistas, y cuya prosa no mueve nada en mi interior. "Entrevistó al Subcomandante Marcos", repiten fatigosos algunos que le conocieron. Apabulla toda esta farándula que se organiza en torno a un muerto. Autoridades com-

pungidas desfilan frente a la urna, los académicos pontifican en los diarios, los cantautores componen letras ingeniosas sobre el finado. Con tales perspectivas, ¿quién no le tendrá pánico a la muerte?

3. Leyendo los *Naufragios*. Cabeza de Vaca crea la figura del náufrago moderno y establece el tono literario para los robinsones por venir. Si para los más el naufragio es trágico accidente, para él antes parece vocación. Ya que todo barco está destinado a zozobrar –nos dice resignadamente Álvar– mejor hacerlo con todas las consecuencias, convirtiendo al naufragio en razón de vida y aun en verdadero arte –inspirándose en su ejemplo, el alma lusitana, extrema en cuanto toca, compondrá en el XVIII su *História Trágico-Marítima*, una extensa y deliciosa enciclopedia de naufragios ilustres. Pero es nuestro esforzado Cabeza de Vaca quien crea la primera cofradía de náufragos voluntarios. Y aunque sus devotos inspiren lástima, en ellos nos reconocemos, si es que no los envidiamos. Modernos eremitas, al quedar liberados de la férrea cadena de las relaciones sociales, son libres de entregarse sin ambages a sus tentaciones particulares. Y, dado que las comodidades materiales son por fuerza escasas, la soledad lleva al náufrago a volverse poeta, asesino de sí mismo o santo. O todas esas cosas a la vez. A Cabeza de Vaca siguieron muchos otros náufragos de esta especie. Sin ir más lejos, todos los que hoy vivimos en esta ciudad, a la deriva en un mar de gente y cemento, igualmente grises. Parafraseando a Renan, vivir en esta ciudad (en cualquier ciudad) es sobrevivir a un "naufrage de tous les jours".

4. Abrasador mediodía de febrero. Reyes cita a Valle Inclán, quien así explica los motivos de su pasión mexicana: «México me abrió los ojos y me hizo poeta… Decidí

irme a México porque México se escribe con "x"». Puede que los motivos del hombre fueron otros, más prosaicos, pero eso poco importa. Todos llegamos aquí con un motivo; que pronto descubrimos excusa del destino para colocarnos donde sentimos que siempre debimos estar. Esa "x" de Don Alfonso y de Don Ramón María es, por tanto, más que una nueva rosa de los vientos; es una cruz eterna, un auténtico "crucero del destino". El punto en que una pluralidad de posibles direcciones se entrelazan eternamente, sin negar su dirección propia. Más aún: una pluralidad de esencias que conforman lo nuestro, lo genuinamente hispano, que es ese llegar a lo mismo por vías siempre distintas. En eso consiste la fraternidad indisoluble de los pueblos hispanos, que no requiere declaraciones de amor eterno. En eso, y en la pobreza que desde siempre nos unió, por mucho que a Rulfo le pareciera que con el oro de América se empedraron las correderas de Madrid, que nunca trasegó. Impresionaban a Reyes y a Nervo la cantidad de ciegos, de mendigos, de putas que pululaban por las callejas de Madrid a comienzos del siglo Pasado; igual que impresionaban a Buñuel y a Alcoriza el número de los que hasta hoy se sientan imperturbables en los atrios de las iglesias de México. ¿A alguien sorprendería que la intuición del esperpento Valle Inclán la hubiese sentido en México, o que esa intuición fuese llevada al otro lado del océano y allí plantada, y que la planta naciente fuese la verdadera "x" que se cruza, en apariencia frágil, pero en lo profundo indisoluble...?

5. Murales en los que el verde de los cactus se apaga y el cobre se reviste del color de la sangre. Los *Contemporáneos* prefieren, sobre el narrativismo de los muralistas, el lirismo de Mérida, Tamayo y Covarrubias. Samuel Ramos dice de Rivera que es democrático en los

temas y elitista en el estilo, "un espíritu simple". El extranjero, ajeno a tales querellas, cuyos oídos no han escuchado el "no hay más ruta que la nuestra" de los muralistas, elige no elegir. ¿Por qué para apreciar a las tehuanas de Tamayo habría de renunciar a aquella pintura que exalta su ánimo, aquella "pintura mural –dirá Orozco– siempre a la vista del pueblo, pintura que no se compra ni se vende, que habla a todo el que pasa, a veces con un lenguaje claro, otras, oscuro, que puede parecer rudo, insolente, pero que por su autenticidad es siempre digno, con la misma dignidad de la pintura religiosa de otros tiempos"?

6. ¿Por qué la proclamación por Nietzsche de la muerte del Dios de los cristianos causa tal espanto? Muchos dioses han muerto antes. Cada uno de los incontables dioses paganos, por ejemplo, y casi siempre asesinados por sus propios hijos. Es más, como la mayoría de las religiones, también el cristianismo tuvo que matar al padre: solo 19 años después de que el Edicto de Tesalónica convirtiera al culto del Cristo en religión oficial del Imperio, Flavio Arcadio, emperador del Romano de Oriente, sancionó un nuevo edicto por el que mandaba el linchamiento de los paganos, la destrucción de todos los santuarios gentiles y de sus ídolos con mazas de hierro, y condenaba a pena de muerte a los seguidores de los cultos mistéricos. ¿Y alguien se mesa los cabellos?

7. Las mañanas de los domingos se han convertido en "mañanas de cine mexicano". Hoy toca una de "El Indio" Fernández: *Flor Silvestre*. ¿De qué fuente irradia el magnetismo de Dolores del Río? Una mujer huesuda, nada voluptuosa, de facciones duras y extraño acento, que llega por momentos a resultar incómodo. No obs-

tante todo lo anterior, cada segundo en pantalla se apodera de mi atención. Soy incapaz de separar los ojos de ella. Esperanza, interpretada por la del Río, es un personaje de una pieza, marcado por un elevado sentido de la justicia y por una férrea voluntad. Caracteres ambos que tan naturales resultan en una mujer y que en un hombre solo funcionan cuando lo convierten en santo, estadista o asesino. El personaje al que da vida Armendáriz, el "niño José Luis", un rico heredero, es también perfectamente creíble, perfectamente masculino: dubitativo, idealista, débil. Son estos vástagos de buena familia los que han movido cuantas revoluciones en el mundo han sido y serán. Son derrochadores, borrachos, mujeriegos, pendencieros. Pero también idealistas, frágiles y por ello comprensivos con la frágil condición de lo humano. Magnífica escena aquella en que el niño José Luis y su suegro, recién consumado el vínculo familiar, borrachos hasta las trancas, cabalgan descompuestos sobre la montura (molido Alonso Quijano y manteado Sancho Panza) a la búsqueda de la quimera…

❧

¿Hay mujeres nihilistas? En el universo cotidiano de la mujer, la muerte ocupa un lugar mucho más trascendente que en el nuestro. Normal que quien carga a sus espaldas el trabajo de continuar la vida se preocupe de que los rodamientos de esa maquinaria se mantengan en perfecto estado. Es el "poder obstinado de permanencia" del que hablaba Goethe. Nuestra consciencia de la muerte, si alguna tenemos, no pasa de prurito de intelectual o artista. ¿Nos da miedo la muerte? Sí, por idéntica razón que nos da miedo una mujer bella: porque no nos atrevemos a requebrarla, porque hacerlo nos dejaría desnudos,

expuestos nuestros frágiles atributos, nuestros escasos merecimientos, nuestra lastimera condición.

❧

Sentido de la justicia: tampoco hay mujeres relativistas. Solo, si acaso, con respecto a la conducta de los hijos nacidos de su vientre. En ese caso sí, la relatividad es absoluta. Sobre todo lo demás, la mujer se forma una opinión basada en su estricto sentido de la justicia. Si fuese acusado de algún delito que no he cometido, preferiría ser juzgado por una mujer. Si, por el contrario, cometiese un crimen, solo tendría alguna posibilidad de salvarme si el jurado estuviese formado exclusivamente por hombres.

❧

A eso del mediodía, café con Jorgito Lebedev. Tras pelear con la fauna "condechi" por una mesa en los atestados cafés que se asoman al Parque México, renunciamos y acabamos, como casi siempre, en el Péndulo. Por suerte, al ser domingo por la mañana no hay obligación de hacer vida literario-social, más allá de un breve saludo a Bravo Varela, de quien mi contertulio de hoy sorprendentemente se ha formado una excelente opinión. Lo considera la promesa más seria de las letras mexicanas –y en esta excepción a la regla general del excelente criterio literario de Lebedev, veo yo por fuerza la influencia de su hija, que frecuenta el círculo del susodicho. La larga conversa recorre los meandros literarios que casi siempre nos ocupan y acaba por desembocar en una tautología –¿cómo poner fin si no a un diálogo que se disfruta tanto?– en la que ambos coincidimos: México es un país extraño, raro.

❧

Muerte sin fin: "nos pone su máscara grandiosa,/ ay, tan perfecta /que no difiere un rasgo de nosotros". Paradoja de la máscara: cuanto más perfecta, más inútil, pues más transparenta nuestros rasgos reales. La máscara perfecta es redundante.

El lunes siguiente. ¿Cómo –me pregunto ahora– era capaz, en mis trece y catorce años, de bucear en las simas de la Cantata BWV 4? ¿Cómo mi mente, desprovista aún de todas las herramientas de la razón, podía aspirar a comprender semejantes profundidades, arduamente entrevistas por una de las mentes más geniales que ha dado la Humanidad en decenas de miles de años de evolución? Pero, pese a todo, comprendía, y he ahí el único secreto del Arte: su capacidad de unir en el denominador común de la sensibilidad a todos los hombres. Cómo disfrutaba entonces la sinfonía, transida de mañana, *tristesse ma non tanto*, o el verso primero, el que comienza *Christ lag in Todesbanden*, entonado por el coro en contrapunto, quizás lo más grandilocuente que puede hallarse en un compositor tan ajeno a esta palabra.

10. La pequeña capilla barroca de la Concepción Tlaxcoaque ha quedado en medio de los amplios carriles de la avenida Fray Servando Teresa de Mier, que transito frecuentemente de ida al aeropuerto –o de vuelta de él. Yo, que he crecido en un país con amplia tradición en la ciencia de las rotondas, reconozco aquí la más original que nunca haya visto.

11. Vuelvo siempre a *Muerte sin fin*. Al acabar su lectura me represento a la poesía como un andariego que hace su

camino desde el despuntar de los tiempos. Y que, llegado este día, aquí, ahora, se sienta por primera vez a descansar al borde del camino. *Muerte sin fin* es el pensamiento de ese caminante sentado en una piedra a la orilla de la corriente poderosa que es el camino, solo ahora sustraído a su fluir. Sentado, detenido, recuperando el aliento, el andariego se pregunta, nunca antes, por qué. Y la pregunta que interroga sirve para reformular cada uno de sus pasos, desde el primero que le dio la existencia, situándolo en el tiempo y el espacio. Solo un alto en el camino. Apenas un pensamiento que atraviesa la mente de un peregrino sin objeto. No más que una simple respuesta a una modesta pregunta. Poca cosa es *Muerte sin fin.* Pero sin ese insignificante respiro, el andariego nunca habría tomado consciencia de su caminar, consciencia de sí en cada uno de sus pasos: habría seguido caminando, claro está, pues tal es su naturaleza –ser arrastrado por un flujo de tiempo que niega su voluntad. Pero nunca habría avanzado ni un metro más hacia el interior de sí mismo. Ahora su andar es flujo de pura consciencia que avanza hacia delante, pero también hacia dentro, como imparable muerte sin fin.

12. Busco refugiarme del calor extemporáneo de esta espléndida tarde veraniega de marzo en un café sobre Horacio. Refugiado en la propia ciudad, por una vez convertida en oasis por causa del puente que hoy se inicia. Refugiado aun del futuro, de los próximos cuatro o cinco años, que no comienzan, pero se apuntan más allá de unas pocas semanas. ¿Dónde? Al abrigo de la sombra, un rápido repaso mental al trabajo de los años mexicanos, que ya quedan atrás. La tarde luminosa y el calor, decaído pero suficiente todavía para entibiar la piel de los brazos descubiertos, animan esta euforia tan poco habitual. Oigo

el aria de la Reina de la noche, maravillándome de lo profundamente humana que es la capacidad de hacer el bien siendo el mal, de hacer el mal siendo el bien.

13. Visita a la casa de Luis Barragán. Tacubaya bien podría ser un pueblecito de la provincia que un *deus ex machina* burlón hubiese encerrado en una de esas bolas de cristal de las tiendas de *souvenirs* para colocarlo en pleno centro de la megalópoli. Casitas bajas, ventanas con rejas y cristales entreabiertos por los que el transeúnte ve una naturaleza muerta: ropa desordenada en medio de una habitación. A la espera de que llegue la hora fijada para la apertura, busco sin éxito un lugar para desayunar en alguna de las cafeterías de la cercana Avenida del Parque Lira. Busco refugiarme del sol (de su verticalidad) bajo uno de los escuálidos árboles de la calle, que solo alcanza para resguardarme a medias. Cuando por fin se abren las puertas de la casa a ella me acojo como a un oasis en el desértico día. La "arquitectura sentimental" de Barragán no es otra cosa que eso tan humano, y tan difícil, que es ver el mundo a través de los ojos del prójimo; para el artista: conseguir que el prójimo vea el mundo a través de sus ojos. En ningún sitio mejor que en las monumentales bolas de vidrio soplado que el arquitecto coloca en lugares estratégicos de cada habitación, corredor o escalera soy capaz de ver reflejado su mundo.

27 y 28 de marzo (*en Tehuacán, Puebla*). Dejar atrás los últimos vestigios de la metrópoli: aunque el destino sea uno de los extremos del país, a varios cientos de quilómetros, cuando uno consigue salir de la ciudad tiene siempre la sensación de que la parte más difícil del camino ya queda a sus espaldas. Ciudad Neza(hualcoyótl), Chalco, Iztapalapa, nombres vistos en los carteles de la autopista y

nunca situados en la geografía de la ciudad –mucho menos en la realidad. Cada vez que salgo por estos rumbos veo esos nombres desde la autopista, ancha como un río tropical, arrastrado por el inagotable reflujo de coches. Cada vez que paso al lado de estos barrios pienso que la gente que te hace la vida más fácil hacen la suya propia, más difícil, aquí. Desde la carretera, kilómetros y kilómetros, apenas se distinguen gradaciones de gris. Aun las casitas con forma de caja, sus fachadas pintadas de verde, azul o naranja, mantienen una ríspida tonalidad grisácea. En el justo medio de ese mar de cemento descuella una espléndida jacaranda en flor, tan coqueta que se diría consciente de ser ahora el blanco de mi mirada. La visión confirma mi sospecha: las jacarandas proliferan, sobre todo, en los barrios opulentos. Ciertos días, en las ciudades "la vida no es noble, ni buena, ni sagrada". Por eso hoy huimos de ella.

❧

Despuntan ahora a nuestra izquierda los volcanes. El Popo, su cono en plena tensión masculina, y a su lado el Izta, extendido, apaisado, ofrecido a la penetración nunca consumada de su eterno *partenaire*. Sobre sus cabezas, las últimas nieves de un invierno frío para lo habitual en estas latitudes. La carretera juega, escurriéndose entre ambos, como aquellos liliputienses que corrían tratando de evitar los zapatones de Gulliver. Por fin los dejamos atrás, y se pierden imponentes contra el cielo encarnado, regalándonos este estado de elevación que acompaña al afán de altura.

❧

Parada para desayunar en un apeadero de la autopista. Una fila de modestas fondas –apenas cubículos de lata pintados con colores chillones–, donde se sirven quesadillas (incomparables las tortillas de maíz azul) y café de olla, cuyo simple olor despierta a un muerto.

❧

Queda Puebla a nuestra derecha y pronto nos topamos con el Pico de Orizaba con su monolítica soledad de cactus-órgano. Su cono, una soberbia pirámide natural, bien podría ser un termitero de dioses; la fragua donde el mundo continúa, ahora mismo, siendo forjado.

❧

El caminante que siguiera camino hacia Veracruz no dejaría nunca de sentir a su lado la presencia de los volcanes, hasta llegar al mar, ese otro país. Pero esta vez los pasos se dirigen hacia el sur, con dirección a Oaxaca, y el paisaje vuelve a mostrar una nueva faz. El desierto urbano es reemplazado por los bosques frondosos de Llano Grande y el altiplano en torno a Puebla anuncia el paisaje que nos acompañaría todo el trayecto si el destino final de nuestro viaje fuese Oaxaca de Juárez, la verde Antequera: escarpaduras, barrancas peladas o bien cubiertas por espectaculares bosques de órganos, a modo de imperial ejército chino de estáticos soldados, tocados con original penacho.

❧

El caudal del tráfico se aclara a medida que pasan los kilómetros, señal de que las rutas que ahora transitamos

son cada vez menos trasegadas. Estos rumbos del sur en los que los extranjeros han buscado siempre el México verdadero; verdadero por antitético con lo suyo. Viajeros que huían de la ciudad, demasiado europea con sus tranvías, su alumbrado público, sus hoteles tan lujosos como los de cualquier otra capital.

❧

Por tales caminos se llega a Tehuacán, el Vichy mexicano, manantial del que procede buena parte del agua mineral que se consume en el país. Y posee Tehuacán una cierta gracia provinciana, que es la airosidad de esos poblachos sin pretensiones, conscientes de su apariencia mediocre, sin ningún monumento que ofrecer al turista, reducidas sus calles y sus edificios a la función originaria y más auténtica de los pueblos: proporcionar habitación a un grupo de seres humanos. A veces viene bien recordarlo, pues, confundidos con estas ciudades monumentales, olvidamos que la mayor parte de los hombres continúan viviendo en ciudades y pueblos como Tehuacán. Pueblos que son como las novelas ejemplares de Cervantes: desprovistas quizás de la profundidad del Quijote, pero mucho más sinceras, pues nunca engañan sobre su verdadero y único propósito: entretener al lector.

❧

Una iglesia con indios sentados en la puerta. Mañana es domingo de ramos. Indios desparramados, apostados contra el murete exterior del atrio de la iglesia. Algunos venden palmas con formas variadas. Otros simplemente ven la vida pasar, raíz del tópico.

❧

En Tehuacán todo es de una edad indefinible. También aquellas iglesias de cúpulas levantinas coronadas por una cruz que, caída la noche, nos guían con su neón azul.

❧

Nos alojamos en el Hotel México. Sus planos fueron trazados por los arquitectos Alfredo Olagaray y Luis de la Mora –conocidos en la Ciudad de México por reconvertir frontones en cines en los cuarenta y cincuenta. El hotel se inauguró en 1941 y pertenece a una familia de emigrantes españoles. No parece haber experimentado grandes cambios desde entonces. La arquitectura exterior es neo-colonial, muy parecida al estilo californiano que triunfa en Polanco, Condesa y Lomas. En el interior, techos altos, paredes gruesas y desportilladas y escasos muebles. Alguien cuenta que Agustín Lara solía venir a tomar las aguas en Tehuacán y que sentado en uno de los veladores de la cafetería de este hotel compuso su *María Bonita.*

❧

En 1660, reza orgulloso un letrero en la plaza del Ayuntamiento, Tehuacán compró a Felipe IV el título de "Ciudad de Indios". Es probable que tal hazaña les llevara un siglo de sufrimientos y privaciones a los indios de Tehuacán.

❧

Ayer, durante la representación de la obra de Adolfo Marsillach en la que actuaba Piedad, razón que nos ha traído hasta Tehuacán, dos ancianos indígenas, de rigurosa manta blanca, pañuelo rojo al cuello y *huaraches* en los pies, seguían desde la primera fila de asientos lo que sucedía sobre el escenario. Su atención no era ordinaria. Sin apenas pestañear durante la casi hora y media de la obra, sin que su rostro ensayara una mueca distinta, evidentemente atraídos por el magnetismo de las personas que allí encima de las tablas se movían, hablaban, gesticulaban. Sospecho que no entendían parte de lo que se decía o que las convenciones teatrales les eran totalmente ajenas, quedándose estupefactos ante el continuo desfile de personas iguales pero distintas, siempre los dos mismos actores representando múltiples personajes. No sé. El caso es que fueron los más atentos espectadores de la obra.

❧

29. De regreso en la ciudad, un viento fuerte, extemporáneo, riega el suelo con flores de jacaranda. Un alambique que destila licor azul.

7 de abril. Leer con ojos de escritor puede llegar a convertirse en una pesadilla. Uno se detiene analizando el fraseo o la puntuación, anotando la idea genial o la palabra que se propone usar más adelante. Y con todo este trajín se pierde el texto. ¡Dichosos los días en que uno leía con los ojos atolondrados y caprichosos de modesto lector!

16. Cervantes y Kafka. Aquel, consciente de haber participado "en la más alta ocasión que conocieron los tiempos"; este, para quien el nado vespertino merece mayor atención que el comienzo de la I Guerra Mundial.

El domingo siguiente. Afanes. 1. El afán de superarse fácilmente muda en afán de superioridad. 2. El afán de trascendencia no calma los apetitos más bajos. Ejercitar tus mejores posibilidades no agarrota las peores. Bien al contrario, las exacerba. Como si desapareciera entre ellas esa zona gris, entre la excelsitud y la depravación, donde viven la mayor parte de los humanos.

10 de mayo. Ayer, cena en casa: los Pujol, los Ripstein y nosotros. Tres españoles y tres mexicanos. Frente a la profundidad de los mexicanos, nuestra cultura tiende siempre a lo superficial. Manel, Piedad y yo iniciamos una conversación sobre asuntos relacionados con nuestro país, en la que los tres hablamos con vehemencia, pero cuando somos convidados a la conversación general, y se trata de discutir México, ninguno de los tres conseguimos pasar de la superficie, ni siquiera Pujol, que lleva veinte años en el país. La cena no llega a funcionar. Nunca llegas a saber si los Pujol y los Ripstein se conocían de antes. El caso es que Piedad y tú quedáis atrapados en medio de un fuego cruzado, intentado evitar, y luego desviar las balas dialécticas para que no haya heridos. Ya bien entrada la madrugada, cuando Pujol y Marcela se han marchado, Ripstein se relaja y se explaya cuando lo pregunto acerca de la gestación de *El castillo de la pureza*, que siempre me ha parecido su mejor película. Cuenta que el impulso económico del proyecto es de Dolores del Río. Pero ese apoyo no viene sin condiciones: cuando Ripstein propone a Fernando Rey como principal, la del Río exige que ese papel sea interpretado por Ignacio López Tarso. La productora amenaza entonces con buscar un nuevo director que sustituya a Ripstein, sin pensar en que nunca se habían hecho con los derechos del guión, escrito por el propio Ripstein y José Emilio Pacheco. Así que, a sus escasos

veintiocho años, Arturo se da el lujo de despedir a Dolores del Río –y, de paso, a Gabriel Figueroa, que venía en el paquete. Seguidamente relata el proceso de escritura del guión, a cuatro manos. O más o menos. Él tumbado en la cama, Pacheco escribiendo a máquina. Siempre por la mañana, después de tomar un café. Para, acabada la sesión, al mediodía, tener todo el día por delante. ¿Qué sentido tiene la vida ganada si después no tenemos tiempo para vivirla?

11. *Continuo mudar*, que así se llamará finalmente el segundo poemario, ya está en manos de algunos amigos: Campos, Leyva, Valdés y Pacheco; no José Emilio, sino su mujer, Cerbera, perdón, Cristina. De sus opiniones dependerá en buena medida el futuro de ese libro. No me engaño: sé que ese ramillete se forma con poemas nacidos de gérmenes de especies diferentes; gérmenes que, con los cuidados de una mente rigurosa, habrían podido dar vida a varios libros. Pero me justifico imaginando que esa falta de rigor es la consecuencia directa de esta decisión de "tener por legítima esposa una profesión respetable y por concubinas a la poesía y a las bellas letras" –Adolfo Castañón *dixit*. Un concubinato que, por cierto, no libra del conflicto, inevitable cuando la amante comienza a reclamar satisfacción con demasiada insistencia y la legítima esposa tiene entonces que conformarse con las migajas del esfuerzo intelectual, con la rutina que se trata de acortar en beneficio de los placeres del engaño. De una tal indefinición manan poemarios picaflor como *Continuo mudar*. Inconstantes como chuparrosas o chupamirtos, como colibríes. Pero, en el fondo, no por su inconsistencia habrá que despreciar al colibrí, ¿o quizás sí?

12 al 19 de mayo (*en España*). Del comienzo del enciclopédico *Tristram Shandy*, un *motto* para el resto de mis días: "Sometimes…, I take somewhat longer journeys that a wise man would consider altogether right… But the truth is –I am not a wise man– and besides am a mortal of so little consequence in the world, it is no such matter what I do". Diría que lo inscribieran en mi tumba, si no fuese porque mi tumba estará donde tiene que estar, y allí me parece que no tiene demasiado sentido.

❧

Poco antes de aterrizar en Madrid, mis compañeros de asiento en el avión, un matrimonio de Culiacán (capital del estado de Sinaloa), entablan conversación. Más bien el que entabla la conversación es el marido, mientras que su esposa, al lado de la ventanilla, es incapaz de detener la mirada un instante en el joven desconocido. Van a visitar a su hija, que estudia desde hace seis meses en Burgos. Mi vecino inmediato, el marido, pasa a loar las excelencias de su tierra natal, recurso habitual en una conversa de avión. Solo que en este caso, lo que describe mi vecino ahora, y con lujo de detalles, es a las "niñas" de Sinaloa: "unas niñas preciosas, siluetas espectaculares, con sus jeans ajustados y sus playeritas de *American Eagle*". Nada que ver con su mujer, de unos cincuenta años, una mujer normal que a punto está ya de caer, pareciera que empujada por el tono de la conversación, por el abismo de la ventanilla. A continuación, el marido se sorprende de que vaya leyendo un libro de Monsiváis: "Me encanta Monsiváis –dice–; y Arjona también". "Claro –contesto". Como el avión ya ha aterrizado, me despido de mi amigo de Culiacán, deseándole suerte en mi país.

❧

De entrada, Madrid siempre me parece ciudad inhóspita: quizás sea su gente, recia, castellana –con cuya reciedumbre se mimetizan rápidamente los que vienen de fuera; o su clima extremo, el invierno y la primavera reducidos a la mínima expresión; o quizás esa sensación de uniformidad (las ropas, los peinados, los *gadgets*, aun los gestos) que ahora, viniendo de fuera, percibo claramente como una de las manifestaciones más aparentes del triunfo de la clase media y, por ende, del progreso de mi país –o, al menos, de su capital. Pero bastan unas pocas horas para que la incomodidad inicial ceda por completo; las mismas que tarda la memoria, quizás como producto de una calle o de un nombre de una estación de metro, en traerme de vuelta todo lo vivido. Madrid será siempre símbolo de todas mis aspiraciones de juventud, lo mejor que alguna vez hubo dentro de mí, lo peor que alguna vez hubo dentro de mí.

❧

En mi país, sentirse privilegiado significa tener una novia más guapa, un coche más caro o haber ganado la lotería más veces que el vecino –tenemos en este oficio de ganar la lotería auténticos campeones del mundo. No son estos los privilegiados de que hablaba Revueltas, los que incendian el alma del revolucionario mexicano. Aunque, por otra parte, ser clase media requiere un esfuerzo… Ese estar constantemente comprobando en el espejo de los demás que sigues siendo como ellos: la misma ropa, el mismo peinado, el mismo coche. En todo eso lo intelectual tiene bien poco que ver. Leer más libros no te hace más clase media.

❧

Empleado ejemplar: después de cuarenta años sin tacha al servicio de la empresa, sintió remordimientos cuando, por vez primera, pidió salir media hora antes. Falta de costumbre.

❧

Modales a la española: una mujer de unos cuarenta ocupa uno de los asientos reservados para discapacitados en el metro. En la siguiente parada entra un niño de pocos años de la mano de su madre, desproporcionadamente mayor. La mujer que ocupaba el asiento se levanta con la intención de cederlo a los recién llegados. La madre, terriblemente ofendida, le contesta iracunda: "¡No se levante!". La otra, con el rabo entre las piernas, musita algo incomprensible mientras se pierde al fondo del vagón.

❧

Lección de economía aplicada: un cliente de unos sesenta, clase media madrileña, bien vestido, desayuna en una cafetería de la estación de tren de Atocha. La camarera le informa de la conveniencia de un menú que incluye, por un precio inferior, café y zumo de naranja. El cliente, intuyendo lo peor, pregunta si el zumo es natural. Ante la respuesta negativa de la camarera y la perspectiva de tener que pagar un par de euros adicionales, renuncia al capricho, que bien le apetecía cuando esta mañana salió de casa. Esos dos euros son los sólidos cimientos sobre los que se levantó la clase media española, en la generación de mis padres. No tengo ninguna duda de

que mi padre hubiese hecho exactamente lo mismo. Yo, sin embargo, no dudo en tomarme el zumo natural. Me amparo en un silogismo que no admite contradicción: soy de otra generación, *ergo* tengo derecho a ello. Por menos que esto se pierden los países...

❧

En tren, camino de Extremadura. Una constatación políticamente incorrecta: los viajeros jóvenes no huelen. Sí los ancianos. Siempre huelen los ancianos. Un olor a fermento humano, a fruta podrida, que de inicio nos golpea en cierto lugar del cerebro, pero que luego se va haciendo, de alguna manera, agradable. Cálido. El día, tras del cristal, es frío.

❧

En las ciudades el "carácter nacional" cede frente al empuje de lo urbano, que es universal. En las apariencias, una ciudad de un país europeo se parece más a una ciudad de cualquier otro continente que a cualquier pueblo de ese mismo país. ¿Pero, entonces, qué es lo intrínsecamente urbano? La ruptura de las redes de sostén que hicieron posible la subsistencia de la Especie: la familia y el grupo. Ahí reside lo rural. El habitante de la ciudad, aquí como en todo el mundo, es un equilibrista sin red, lanzado al vuelo del éxito o estrellado en el suelo del fracaso, pero siempre solo, él mismo, sin nadie a su alrededor. Terriblemente libre y terriblemente aislado (encadenado). La libertad, ese licor embriagante que causa de todos nuestros afanes, es lo que nos atrapa de las ciudades. Prometeica tarea del urbanita: ser juez y parte, actuar y juzgarse, ser el fiel y el platillo de la balanza, tarea propia de funambulista. Uno nor-

malmente no ha sido nacido en la ciudad, sino que *va* a la ciudad. Ese, y no el nacional, es hoy el verdadero plebiscito cotidiano. Habitar un ente difuso, donde el único nexo es la común humanidad.

❧

Cardoza y Aragón ve caballos verdes en Tamayo, como en Ucello. "Comment parler peinture?", se pregunta Valéry.

❧

Ella & Louis. ¿Cuánto *blues* soy capaz de soportar? Viajar solo es esta complacencia en la melancolía, en cierta tristeza monótona que acompaña inseparablemente al viaje. Eso, y los "catres mercenarios" de López Velarde. Las voces aterciopeladas contrastan con el duro paisaje, con mi estado de ánimo. Nostalgia de los pasos que tme han traído hasta aquí. Melancolía de todo lo demás, de los tiempos futuros donde México ya habrá dejado de estar. No ayuda José Alfredo: "Quise hallar el olvido/ al estilo Jalisco/ pero aquellos mariachis/ y aquel tequila/ me hicieron llorar".

❧

Me aburre la sucesión de paisajes agostados (agostados, sí, a pesar de lo temprano de la estación) y juego a la asociación de ideas: la estimación del público > la lentitud de los tiempos > la diversidad de las formas y la unidad del todo > el libre albedrío > la roca > el alma.

❧

El flamenco – una cigüeña bohemia.
La cigüeña – un flamenco metido a santo.

❧

Hay algo animal, de pájaro encerrado en una jaula, en ese pasajero que no para quieto, que se mueve constantemente, que gira la cabeza, que se asoma inquieto al ventanal, que cambia de postura, se levanta, se vuelve a sentar; sin embargo, esa otra mujer que contempla hierática el paisaje resulta mucho más humana.

❧

Este trayecto deja varias naturalezas muertas. Berrocales, sotos, dehesas. Desiertos sin vida motriz. Pero no sin vida. Formas elevadas de la misma son la quietud raigal de esos árboles o el suave movimiento, como de colina, de las águilas. Es fácil soñar ser parte de una naturaleza muerta y más aún soñar que nos quedamos para siempre dentro de ella.

❧

En Cáceres. Notas al pie de unos *Caprichos* verosímiles.

Trasiego de ciudad provinciana: pulir los odios con marmórea mano para un día usarlos con terneza de cuchillo.

Vida social: sentarse alrededor de una mesa ruinosa y fingir que nos importa lo que cuentan los demás.

Rectitud: madre del aburrimiento.

La política: un basto poderoso y bien redondeado para aplastarlo en la cabeza del prójimo, si es posible sin dejar señales.

❧

Aquí más aguda la consciencia de la futilidad de todo, de cómo el tiempo socava el suelo bajo mis pies, de cuán próxima queda la ruina. Recuerdo entonces de dónde viene el impulso de huir de todo esto. No tiene nada que ver con la búsqueda de aprecio, de amor, de reconocimiento. Por suerte, nos quedan los viajes en tren.

❧

En tren, de nuevo. Una hora de espera en la estación de Cáceres. Un cantante berrea dentro de una enorme televisión de plasma, colgada sobre una pared al fondo de la cafetería. Clientes viajeros (pocos, falta aún más de una hora para la salida del tren) y clientes locales (algunos más) que supongo vienen a la estación para romper la rutina provinciana con el desayuno en un lugar distinto, un lugar que les recuerda que la puerta de la huida siempre está abierta. Algo especial que paulatinamente, efecto imperdonable del tiempo y la costumbre, irá perdiendo esa cualidad. Inmediatamente, la lucha contra el *lieu commun*, que pugna por aflorar: el hombre es animal de costumbres. Sorprendente la cantidad de ellos que pueblan nuestra mente. Imagino nuestra manera de percibir el mundo como una red muy usada de lugares comunes entre cuyas cuerdas flojas se cuela una realidad inasible. Sabina canta ahora a una tal Rebeca que conoció en el París del 68 y una pequeña marejada sube y me anega por un segundo el corazón. Rebeca. Incomprensiblemente.

❧

En el telediario de estos días anuncian de manera insistente el último montaje del Real, una *Incoronazione di Poppea* con un cantante "heredero de los míticos *castrati*" (en realidad, un contratenor) y una soprano exuberante (imposible negarlo). Es de buen tono hablar de estos montajes que nunca verá el común de los mortales –que no tiene ganas ni menos aún doscientos euros para pagar el asiento. Criterios musicales de telediario. Se habla con ligereza de casi todo. ¿Efecto secundario de la generalización de los estudios universitarios o querencia natural del español? Lo cierto es que, tras haber pasado con más pena que gloria dieciocho años (!) de nuestras vidas en las aulas, nos sentimos legitimados para pontificar sobre lo que nos venga en gana. Por suerte, es cierto, y eso es lo único que nos salva, aún no hemos sido arruinados por el infantilismo gringo. ¿Cuánto tiempo nos queda?

❧

Concuerdo con la intuición de Cardoza y Aragón acerca de la aspiración ecuménica del muralismo. Pese a no comulgar con la fe católica, uno admira lo que las manos del hombre han edificado en su nombre. Sucede algo parecido con el muralismo. Aunque solo fuera por él, la Revolución habría valido la pena.

❧

En El Prado. Antes de entrar leo un artículo sobre museografía en una revista española de arte que llegó a la Embajada y que he traído conmigo todo el viaje, reservándola justo para este momento. Se muestran dos fotografías

contrapuestas: la de una sala del Prado en 1870 y la de la misma sala actualmente. En aquella, las paredes del caserón de Villanueva atestadas de cuadros, que no dejan ningún resquicio en la cal; en esta, cada cuadro recibe el tratamiento de una obra maestra, dispone de su propio espacio, su iluminación, su tratamiento museográfico. Dos observaciones: 1) los grandes cuadros del Prado fueron pintados para ser expuestos en las condiciones de 1870 y no en las actuales; así eran las galerías reales para los que fueron concebidos en la mente de los artistas; 2) aquella disposición, la antigua, me resulta más coherente con la vida, donde lo bello y lo feo, el proyecto logrado y el rato se suceden sin solución de continuidad, entreverándose sin distinciones ni linderos; ¿cómo, fuera de las categorías que se forma el pensamiento, lo bello y lo feo habrían de tener existencia separada? Hablando de disposiciones, en la más reciente reorganización de los fondos, no hay dudas sobre la gran vencedora: la sala de las pinturas negras. Pierde, sin embargo, parte de su fuerza el *Lavatorio* del Tintoretto, que conserva la perspectiva diagonal, pero no la transversal. Si tuviese que elegir dos obras del Prado no dudaría: el *Descendimiento* y el *Lavatorio,* aunque eso supone pasar por encima del Bosco, Velázquez y Goya. En aquellas hay una voluntad del artista tan poderosa que nos coloca, aun físicamente, a su albur. Sea como sea, el viejo caserón nunca me defrauda. No en vano aquí me he formado como hombre. Aquí, en mis primeros tiempos madrileños, cuando preparaba la oposición, venía las tardes de muchos sábados a curar con el licor de los grandes maestros esa soledad de muchacho de provincias recién llegado a la ciudad; buscando completar en la sensación artística la insoportable aridez de la otra formación, supuestamente intelectual, que ocupaba el resto de la semana. Aquí aprendí a apreciar la belleza verdadera, absoluta, mediada por el hombre;

aprendí a reconocer los efectos alucinatorios del arte dentro de mí. Aprendí a saber qué pocas las cosas que realmente merecen la pena. Hasta tal punto que casi todo lo demás de Madrid me sobra: era Próspero Merimée quien decía que su actividad intelectual en la capital se reducía a largos paseos por El Prado y visitas a los burdeles. Nunca he echado de menos aquí las aspiraciones planetarias del Louvre.

Descendimiento (1). Ven, Tomás, confía y dame presto esos dedos para colocarlos dentro la herida, aún fresca. No dudes de la duda. Penétrame con tus dedos viscosos como la anguila, penétrame como el ajolote se introduce en la vagina de las mujeres descuidadas. No te dejes atemorizar por la mirada desoladora de todos estos fariseos. Ven y penétrame. He de mostrar cuán importantes son las caídas, los descensos, las dudas.

Descendimiento (2). En un cuadro de tal ambición realista no deja de resultar sorprendente que los personajes que sostienen a Cristo (José de Arimatea y Nicodemo) y su madre (San Juan y una de las santas mujeres) no denoten en sus rostros y musculatura ningún esfuerzo. Su carga, exánime, no ejerce presión alguna en sus dedos, de igual modo que los dedos no ejercen presión alguna en la carne yerta. Como si el cuerpo, liberado del alma, no pesase más que una pluma de ave.

Bosco. Carrington y Varo son malas copias del Bosco, hechas para decorar los muros de la mansión de Walt Disney.

Bosco. Pintor de personajes, mi favorito es ese hombre que, con bordón y cara de truhán, se asoma tras una pared para contemplar lo que sucede en el carro de heno

–o en el infierno. Ese villano es el único autorretrato verdadero de Jerónimo, asomado tras la madera de sus trípticos para contemplar la vida y disfrutar de la confusión que allí sucede, y que es su esencia más verdadera.

Anunciación del Angélico. Adán y Eva, apesadumbrados (¿por qué temían algo que desconocían, de lo que ni siquiera podían formarse una idea?), están a punto de hollar, con sus pies ya mortales, las tres únicas rosas del Edén. Esas tres rosas espléndidas en medio de la verdura, tres amanecientes soles, son el nacimiento de la pintura moderna. Y no solo. A ellas se refería, sin referirse a ellas, Alberto Caeiro cuando le decía a su discípulo Álvaro de Campos: "Todas las cosas que vemos debemos verlas siempre por primera vez, porque realmente es la primera vez que las vemos. Y entonces cada flor amarilla es una nueva flor amarilla, aunque sea la misma de ayer. La gente ya no es la misma, ni tampoco la flor. El amarillo en sí ya no puede ser el mismo. Es una lástima que la gente no tenga ojos para saber esto, porque entonces todos seríamos felices". Nunca me había fijado en las tres rosas del Angélico, pero siempre estuvieron dentro de mí.

El triunfo de la muerte. Estos cuadros eran pintados solo para los ojos de los reyes. Cómo extrañar que el poeta moderno se sienta, cuando pasea por la ciudad, como un príncipe que disfruta de su anonimato.

❧

El domingo siguiente (*de vuelta en México*). Pasados dos días del viaje en avión, solo ahora comienzo a estirarme por fuera y por dentro. México siempre ha sido exigente, y demanda ahora un último esfuerzo: el libro de estampas

de la ciudad, lo que aún me queda por ver y hacer (vivir una vida entera en dos meses escasos), y, sobre todo, despedirme de cuanto aquí dejaré, y que está naturalmente destinado a perderse. Pero lo único cierto es que en ocho semanas todo esto se habrá acabado. Y aunque en voz alta diga que a México he de volver, para mis adentros bien sé que nada es cierto. Por otro lado, resulta ya imposible cerrar los ojos a Lisboa, pues Lisboa es lo que nos espera, cada vez más inexorable. Sobre la mesilla de noche aguardan lectura o relectura una pila de libros portugueses. Aun no he encontrado dentro mí las fuerzas para abrirlos. Siento que hacerlo sería una especie de traición a este país que aún me acoge.

El lunes siguiente. Delacroix: "Todos los temas son buenos según el mérito del autor. Oh, joven artista, ¿esperas un tema? Todo es tema. El tema eres tú mismo; tus emociones, tus impresiones frente a la naturaleza. Es en ti donde debes buscar, no en torno de ti."

25. Ayer escribo un poema dedicado a mi sobrina (por fin la máscara que cae, pero ¿realmente esto era todo lo que guardaba con celo la caja fuerte de los sentimientos?) a partir de una metáfora con caracol dentro. Esta mañana camino de la Embajada estoy a un milímetro de aplastar con mi pie un caracol extemporáneo que se desliza parsimonioso sobre el asfalto: casi asesino al primer caracol con el que me cruzo en la metrópoli. Poco después, al llegar a mi despacho, leo en la prensa un artículo sobre la Iglesia de San Hipólito, en la Avenida Reforma, frente a la Alameda, donde el 28 de cada mes se reúnen miles de peregrinos para pedir sus imposibles al San Judas que allí se venera. Según el Ayuntamiento, este se ha convertido en uno de los puntos más peligrosos de la ciudad para los

peatones: varios de ellos mueren atropellados cada día 28. ¿De cuantos crímenes ejemplares es autora, material o intelectual, la ciudad?

26. En Lecumberri. Al fin consigo visitar el *Palacio Negro*, hasta ahora apartado de mis rumbos por el azar. La actividad que me ha traído hasta aquí, un seminario sobre reforma judicial inaugurado por el Presidente, tiene lugar justo donde se encontraba la torre central del panóptico, bajo una cúpula monumental, rematada por un vasto tragaluz, con la que se cubrió este espacio antes abierto en la reforma de finales de los años setenta. Aunque haya desaparecido la torre de vigía, la disposición panóptica permite, aun a ras de suelo, observar las siete crujías en toda su extensión, y aun un buen número de celdas –no quedan aquí puertas cerradas– y de su contenido actual: legajos y cajas donde se contiene la historia moderna de México, desde códices y mapas novohispanos al Acta de Independencia, pasando por los archivos personales de Juárez, Zapata y todos los Presidentes desde Francisco I. Madero hasta nuestros días o la magnífica colección fotográfica de los Hermanos Mayo, exiliados gallegos llegados a México en el *Sinaia* y cuya agencia fotográfica levantó en decenas de miles de fotografías un fresco impresionante del México contemporáneo. Acabado el acto oficial, y con el frío –que parece connatural a este lugar– metido en los huesos, recorro las crujías, asomándome a esta celda o a esta otra e imaginando en cuál purgaron sus largas penas David Alfaro Siqueiros (cinco años) y José Revueltas (dos y medio) por empeñarse en denunciar la deriva del régimen revolucionario institucionalizado; dónde Álvaro Mutis (quince meses) por aquel extraño asunto de la "estafa lírica"; dónde el *beatnik* Burroughs por el homicidio de su mujer … ¡apenas trece días!; o en cuál otra

Jacques Monard (Ramón Mercader) estableció su oficina después de matar a Trotsky, pues, al parecer, gozaba aquí de todo tipo de privilegios –amplio espacio, prensa diaria, radio, visitas libres, comida traída del exterior, protección de un buen cuerpo de guardias– concedidos graciosamente por la alcaidía de la prisión o pagados con el suculento dinero de Moscú. El paso por el *Palacio Negro* supuso, a qué dudarlo, penalidades físicas y psicológicas para todos ellos, pero algunos tuvieron fuerzas para continuar dentro de las rejas su trabajo creativo, por las mismas vías que corría en la vida en libertad o por otras, las que permitía la prisión, sumándose a la lista (confeccionada por Isaac Disraeli en uno de los capítulos de sus *Curiosidades literarias*) de sabios que han sido capaces de crear en cautiverio: Boecio, Cervantes, Defoe, Voltaire, Bunyan,... Volviendo a Lecumberri, Siqueiros, por ejemplo, quien estuvo preso cinco años, ejecutó aquí buena parte de su obra de caballete, lo que él sentía como parte de la pena impuesta, la más dolorosa cortapisa a su libertad artística: "Algunas personas opinan que en la cárcel disponemos los artistas de tiempo suficiente, que aquí vivimos un penoso, pero fecundo retiro. Ojalá y fuera cierto… Aquí he de conformarme con la más pobre artesanía: hacer cuadritos. Ésta es mi verdadera cárcel. Trabajo en el cuadro de caballete y sueño con los grandes frescos". Más interesantes, si cabe, son los testimonios literarios, con estilos bien diferentes entre sí, que Revueltas y Mutis nos han dejado de su paso por Lecumberri: aquel, *El apando*; este, el *Diario de Lecumberri*. Este último es lectura de mis veinte, algo olvidada: apenas recuerdo haberlo leído con interés, y haber creído que el "tono Mutis" no me había parecido el mejor para dar cuenta de la experiencia carcelaria (como el "tono Benigni" me horrorizó cuando quiso retratar la concentracionaria). Bien diferente es el

recuerdo, mucho más fresco, de la *novella* de Revueltas, leída en un atribulado viaje en avión a España hará cosa de un año: retrato de enorme crueldad, de enorme potencia (de ahí, y no de Rulfo como se ha dicho, viene Yuri Herrera), que sacude el alma y que si en vez de en una cárcel mexicana hubiera tenido lugar en un campo de concentración nazi, en uno de reeducación en Siberia o Mongolia o en una prisión de la Rumania de Ceaucescu, sería mucho más conocida entre nosotros –fue editada en 1985 por Alianza, y al parecer pasó sin pena ni gloria–, lo que me hace pensar que, al fin y al cabo, y pese a la repercusión del gesto de Paz en el 68, nunca llegamos a entender cómo un régimen revolucionario podía perseguir a comunistas, y por eso quizás preferimos no escuchar, no leer *El apando*.

1 de junio. En la antesala del despacho de la Secretaria de Relaciones Exteriores, un magnífico *volcán* del Dr. Atl. Desde este piso veintidós se verían, si el *smog* lo permitiese, dos de los volcanes que más pintó Atl, el Popo y el Itza. Lo que sí se ve, pese al *smog*, son las ruinas del Convento de la Merced, en cuyo claustro mudéjar Atl vivió en los años veinte, creando su oasis urbano en la soledad de esos muros derruidos y fundando allí su violento amor con Carmen Mondragón, Nahui Ollin, la musa de los ojos verdes que cautivó a toda la bohemia de la ciudad en aquellos años (la pintaron, además de Atl, Rivera, Rodríguez Lozano, Montenegro, Fernández Ledesma; también la fotografió Weston, en retratos de un erotismo lineal, futurista). Este Murillo jalisciense es un grande: gran pintor, gran escritor, gran artista. "Atl", su "nom de plume et pinceau", solo se entiende en estrecha relación con su pasión volcánica: en la lengua de los mexicas *atl* quiere decir agua, y el agua es justamente el único de los cuatro ele-

mentos que faltan al volcán, mágica encrucijada de los otros tres: fuego, tierra y aire. Así queda completado lo Uno, reunión de las fuerzas creadoras en ese símbolo fálico por excelencia que es el volcán. Y sobre esas raíces se levanta el arte de Atl, comprometido únicamente con lo Absoluto: "si la nada no es una creación puramente humana, la nada deberá existir en alguna parte, y cuando demos con ella, la pintaremos". Personalidad extrema, buscará reformular todas las certezas sobre las que se asienta la pintura de su tiempo: del color a la perspectiva o al soporte (a él se debe el primer impulso del movimiento muralista mexicano). Pero siempre lo hará sin renunciar a la herencia de la tradición, sin tener que quemar los rastrojos del arte anterior, sino aprovechando sus detritus como abono del nuevo: entre su paisajismo volcánico y el de un José María Velasco las líneas de continuidad son más fuertes que las de ruptura, por más que el barniz aquietado de este resulte galvanizado por los colores eléctricos de aquel; del mismo modo que la aplicación de la técnica del mural al arte público de su tiempo solo se entiende como producto de sus largos estudios acerca de la misma en el curso de sus viajes de formación por Italia. El arte de Atl nunca es retórico (como sí acabará por serlo cierto muralismo). No puede serlo porque su interlocutor raramente es humano. Su única sabiduría es la del sabedor de que la Verdad (la vibración genuina e irrepetible de cada alma) no se halla en la sociedad de los hombres, siendo su íntimo conocimiento solo posible en la Naturaleza, o para ser más exactos, en el reflejo de lo natural en la sensibilidad del hombre. Y tampoco puede serlo porque se sostiene sobre una notable vocación empírica: no es un arte sobre lo natural, sino un arte en lo natural. Así, cuando quiera oír el diapasón de su alma, se construirá con sus propias manos una cabaña en las faldas

del Popocatépetl, y en el contrapunto silencioso con el volcán le será dado escuchar las más deliciosas sinfonías. No resulta por ello extraño que, fruto quizás de tan generoso diálogo, la Naturaleza acabara por regalarle a Atl su propio volcán. En 1943, en unos campos de maíz en una apartada región del estado de Michoacán, la Tierra parió un nuevo volcán, bautizado con el nombre de la aldea más cercana, Paricutín –a unas pocas decenas de quilómetros, por cierto, de donde había parido otro en 1759, el Jorullo que sería visitado por Alexander von Humboldt. En numerosos óleos y en la monografía *Cómo nace y crece un volcán* Atl dará fe del parto. Uno que refrenda la cordura natural del más vesánico proyecto concebido por la mente humana: crear vida.

3. Ortega hablaba de "la atmósfera de hospital" de España, producto de nuestros males históricos, biológicos, ontológicos. Pero esos males parecen absurdamente lejanos cuando comparados a los que aquejan al mexicano, que son de antesdeayer. El pesimismo del mexicano nace, ya lo dejó establecido Humboldt, del contraste entre una realidad llena de claroscuros, desigualdades y exclusión y la imagen ideal de la cornucopia mexicana, quiliasmo rebosante de infinitas posibilidades que resulta confirmado por la geografía del país: una perfecta cornucopia tendida sobre el mapa. La Nueva España, ya desde el nombre, fue la suprema utopía de nuestra civilización. Para los sabios, el *topós uranós*, el lugar donde residían las ideas y la verdad que no estaba en el cielo, pero al cabo de un mar casi tan distante; para los hombres de iglesia, la tierra de promisión, un océano de almas simples a la espera del bautismo; para los demás mortales (el funcionario, el pícaro, el buscavidas), el país de Jauja, el lugar donde los perros, según contaban en sus cartas los primeros colonizadores, se ataban

con longanizas a poco que uno fuera avispado. Y la corrupción de esa utopía es un pecado original para el que no se ha inventado aún ningún bautismo.

❧

Me iré como vine, sin haber avanzado un ápice en la búsqueda del *genius loci* de México, si es que tal cosa existe. Me llevo, sin embargo, alguna pista acerca del mío propio. El de lo hispano sería una mezcla de quijotismo trágico y existencialismo barroco. El barroco es continuidad y fragmentación. Leo en un artículo de una revista de arte: "[el Barroco] afirma la sacralidad de la existencia a través de la representación de la muerte que emparienta al arte español de ayer y de hoy […]" Lo alambicado de los argumentos comparados con la sencillez sin trama de lo real. Dice Hobsbawn: "where the old ways are alive, traditions need be neither revived nor invented".

4. La nueva ciudad va cobrando forma dentro del extranjero, el extranjero la ve ya dentro de sí.

❧

Pessoa sería, o al menos así lo ve Alberto Caeiro, un caracol: "El mismo Fernando Pessoa sería un pagano si no fuese una madeja enredada hacia adentro". Como el Observatorio del Caracol de Chichén Itzá, que se devana sobre sí mismo, por fuera y por dentro.

❧

Las intuiciones tienden a surgir mientras otros hablan y yo escucho. Luego probablemente recordaré que fue en

el apartado silencio de una selva, pero no, normalmente es la palabra hablada la que convoca al poema.

❧

Caeiro: "Tengo la mirada intensa y clara. Esa es una de las características de cierto tipo de locura".

5. En 1910 principia nuestro tiempo. Kafka comienza a escribir sus diarios. Woolf: "Justo alrededor de 1910 hasta la naturaleza humana cambió". Nace el México revolucionario, que es tanto como decir, el México contemporáneo. Quizás el principal defecto de la "patria diamantina" de López Velarde sea su ceguera ante las diversas opciones de vida que constituye el núcleo de la modernidad.

❧

Un Dios-creador de masculina apariencia es una contradicción *in terminis*. Cuando mucho, su masculinidad no pasaría de simple disfraz.

❧

La vida para el arte es pura coartada. Pero, ¿qué hay más trascendente para el criminal que su coartada?

❧

Obertura de *La flauta mágica*: solo esas pocas mentes capaces de entender siquiera una pequeña parte de todo esto tienen derecho a crear un arte alegre; a los demás no nos queda más que conformarnos con esta vaga melancolía...

9. Hoy decreto el comienzo de la estación de lluvias en este diario. Y, premonición que se cumple, el cielo vuelve a desplomarse con espectáculo de fuegos artificiales, luces y sonido.

10. Es curioso que la sensación de "vivir de prestado" no desaparezca con el paso de los años. Entonces, en la adolescencia, la atribuía a una causa exclusivamente material, esa dependencia de otros para ser provisto de todo lo necesario para la existencia. Ahora comienzo a darme cuenta de que ahí latía una razón más profunda: ese despertar a la vida era, en buena medida, un despertar a la muerte, a la consciencia de que todo es provisional. Vivimos siempre de prestado.

El viernes siguiente. Esta mañana me observo apenas una milésima de segundo reflejado en un espejo circular colocado sobre un poste en la acera, calle Horacio, cerca ya de la Embajada; uno de esos espejos que en los pueblos de España sustituían a los semáforos en los cruces endiablados o curvas sin visibilidad. Muchas mañanas me he detenido inconscientemente para verme ahí, en ese azogue. ¿Qué buscaba? ¿Qué veía? ¿Era el mismo? ¿Soy otro?

El jueves siguiente. Lino, el único español de mi generación con quien he trabado en México amistad que creo duradera, se ha convertido en uno de los grandes descubrimientos de los últimos meses. Me habla de *Lo que los dioses aman*, que compró ayer en la Rosario Castellanos. ¿Será el primer lector que se haga con él por interés genuino? Supuestamente, para mi prurito de poeta, eso sería suficiente: un lector verdadero que lea mis poemas conscientemente. Pero no se queda ahí; hace unos cuantos comentarios inteligentes: sobre la adjetivación, sobre el juego de las

diferentes voces poéticas, sobre los tonos que se mezclan sin un plan demasiado definido. Sobre todo, echa de menos algo de vida tras de las curiosidades arqueológicas que han sido mi primera máscara de poeta. Esos vicios de poeta primerizo, perdonables en un primer libro.

El viernes siguiente. Ayer, cóctel de despedida en la Residencia. La ciudad amaneció gris: quizás un reflejo en sordina de la euforia que encendió la ciudad tras la victoria de la selección mexicana de fútbol en el Mundial. Ya por la tarde, en la Residencia, larga conversación con Ripstein, quien me confesaba socarronamente sentirse sorprendido por la elegancia de todos los españoles presentes. Mendiola aburrió a varias decenas de asistentes. Leyva no paraba de mirar el reloj. A Lino le perdí de vista rápidamente. Jordi se quedó hundido en alcohol en cualquier cantina mientras Coca, con sus bellísimos ojos almendrados, que resplandecen anticipando el sufrimiento que les espera en los próximos años, representaba a la familia recién formada. Pujol y Marcela vinieron y rápidamente se marcharon –tenían otro compromiso en el sur. Cuautle, Lebedev y Olvera formaron el triángulo más sorprendente de la tarde –¿de qué hablarían todo el rato? Entre todos ellos, que parecían divertirse sinceramente, yo. Ensombrecido. Con pensamientos del estilo "la única razón por la que nos juntamos con otras personas es para hacer soportable nuestra propia estupidez", corriendo por mi mente. Contra las apariencias, esta profesión nuestra acaba por arruinar cualquier gusto por el encuentro social. Me siento reflejado en la anécdota que cuentan de aquel Octavio N. Bustamante, autor de la *Teoría General de Cagancho*: "En una ocasión invitó a sus amigos a un dancing y a la hora convenida llegaron todos, quiero decir, sus amigos. Él no llegó. Un bostezo apostado en el umbral

de su cuarto le había interceptado el paso. La cosa, por otra parte, no valía la pena. Ya escribiría otro libro. Ahora invitaba, un poco maestro, a matricularse en la Escuela de la Indiferencia. ¡Ah!, se me pasaba decir, que en el dancing todos se divirtieron a pesar de su ausencia". Y eso hoy me hace sentir culpable: por ser incapaz de discriminar, por responder así al cariño genuino que todos quienes allí estaban me han demostrado en los años pasados, y confirmado ayer con su presencia, con sus abrazos, con alguna que otra furtiva lágrima.

❧

Como me fallan los ánimos, sustituyo el discurso que tenía preparado por unas cuantas palabras de circunstancias y los agradecimientos consabidos. El discurso original, inspirado en el del gringo que escuché hace unos meses, era apenas una lista –más o menos superficial– de las cosas de México que echaré de menos. Aquí queda, en rigurosa exclusiva:

1. Por supuesto, las librerías. La Rosario Castellanos. El Burroculto de Max. Donceles. Coyoacán. La plaza del Ángel. Los Péndulos de Polanco, Condesa y Hamburgo.
2. Todo lo que me quedaba por conocer de México cuando llegué.
3. Los "cuerpos oscuros" que nombra Cernuda y pinta Orozco.
4. El olor a tacos de carnitas cada mañana al pasar por Horacio, cerca de la Embajada.
5. Desayunar un sábado en el Condesa DF.
6. La sandía en enero.
7. La papaya y el mango en cualquier época del año.

8. Las pizzas de Giacovanni.
9. Saludar a mi amigo del puesto de fruta en el mercado de Polanquito los sábados por la mañana y oír : «¿Qué pasó, “jefaso”?»”.
10. El olor a fecundación que acompaña a las primeras tormentas de la estación de lluvias.
11. Aterrizar en la ciudad de noche.
12. Ir camino del aeropuerto tras seis meses sin ver a los míos.
13. *Los olvidados* de Buñuel.
14. A Pacheco, a Bonifaz, a Montes de Oca, a Lizalde. Aunque menos, porque me los llevo en sus obras completas del Fondo.
15. Las “cuadras”, el “hasta topar pared”, el “luego luego”.
16. La “soya”, el "sidí", el “devedé”.
17. El “güero”, “damita”, “¿qué le ofresco?”.
18. Beber licor de manzana con Jordi y Coca un domingo por la tarde.
19. Saber que a cuatro horas de coche esperan los paisajes de Michoacán y las artesanías de Pátzcuaro.
20. Un fin de semana de diciembre en Tulum en casa de Ana y Jose.
21. La sala de las culturas de Occidente en el Antropológico.
22. Las jacarandas florecidas en febrero.
23. Una casa en Tlayacapan.
24. El primer temascal.
25. Montar en un taxi, entrar en una cafetería, comprar el pan.
26. No haber conseguido averiguar en cuatro años si en esta ciudad hace frío o calor.
27. Llegar a la Plaza Popocatépetl en la Condesa, sentarme en un banco y respirar.

28. Llegar al trabajo cada mañana y oír las pisadas y la voz, fuertes, de Leticia, o el silencio, amigo, de Antonio
29. Saber siempre que Pilar estaba al otro lado del patio.
30. Oír hablar a Rosario, a Rocío y a Patricia e intuir qué es eso de la herencia común.
31. Estas lágrimas.

❧

Hoy, la "cruda moral". Esta nostalgia como umbral de la melancolía que subirá. El día apenas ha levantado. Desayuno en el hotel Habita mientras trato de oír a Ella & Louis, *A Foggy Day*, y todo suena a despedida. Me entero por la prensa de que se ha muerto Saramago. Un fado alegre como contracanto de la samba triste. Portugal es siempre una amputación.

El sábado siguiente. Y hoy es Monsiváis, el "hombre llamado ciudad", quien decide quitarse de en medio. ¿Qué será de sus cuarenta gatos? ¿Los expondrán disecados en El Estanquillo, el museo que la ciudad le ha dedicado al cronista de su lado más *freak* –y más genuino? Recuerdo haberle preguntado a Karla Olvera por la casa de Monsiváis, a quien visitó en alguna ocasión, y que ella la describió como una especie de pocilga inmunda. Los libros son sucios para quien no los ama de verdad. Les dedico a él y a sus gatos la chacona de la primera *Suite francesa*.

6. Como inesperado regalo de despedida, Ripstein y Garciadiego nos invitan a pasar una tarde en el cine. Pero por dentro. Asistimos al rodaje de una escena de su más reciente película, *Las razones del corazón*, en la que Piedad tendrá un pequeño papel, y a la que también comparece

el ya inseparable Lebedev. Y resulta que esa escena no es cualquiera, sino la que pondrá final a la película, un plano secuencia de unos cinco minutos en que el marido y el amante de una Bovary mexicana mantienen su primera conversación delante de la mesa donde se acaba de velar el cadáver de la mujer, suicida no con arsénico, como Emma, sino con un "pinche matarratas". El *set* está situado en un piso alto de un edificio funcionalista en la calle José María Marroquí, a espaldas de la céntrica Alameda, y en pleno Barrio Chino de la ciudad. Tiene nombre –"edificio Guanajuato"– y la ruina exterior, condición de los rumbos, no ha logrado borrar algunos detalles que hablan de que esta fue habitación con pretensiones: tal el caso de las bellas letras de los buzones o de los plafones de las lámparas que puntúan los techos de los interminables pasillos, ambos en estilo innegablemente *déco*. Al entrar en el escueto apartamento (muy del gusto funcionalista, toda forma reducida a una posible función) del rodaje, en medio de la barahúnda de cables y luces, de gentes que van y vienen, llama mi atención una magnífica mesa de comedor, con seis sillas no menos bellas, que parecen sacadas de un catálogo de la *bauhaus*. Pregunto a Arturo, que me dice que efectivamente son *bauhaus*, obra del *bauhausler* mexicano, Michael Van Beuren, formado en la escuela berlinesa y emigrado (¿exiliado?) a México a finales de los años treinta, de cuya obra vi hace unos meses una magnífica exposición, ahora lo recuerdo, en el Museo Franz Mayer. La mesa Van Beuren, estilizada y sólida a la vez, no es simple atrezo: es auténtica protagonista de la historia, pues sobre ella reposa una sábana blanca, arrugada, que ha sido hasta hace nada sudario del cadáver de la Bovary (interpretada por Arcelia Ramírez), mientras el marido (Plutarco Haza) y el amante (el cubano Vladimir Cruz) entran en la sala y se

sientan en un modesto sofá, justo enfrente de la mesa y del imaginario cadáver. Arturo me invita a instalarme en un cuarto de baño, sí, en un cuarto de baño, a su lado, para seguir la primera toma. En el minúsculo habitáculo solo estamos (a Piedad y a Jorge los he perdido de vista hace tiempo) Ripstein, aprestado frente a una pequeña pantalla, y yo, a sus espaldas, comprimido en unos pocos centímetros cuadrados, aguantando la respiración, sin mover un músculo del cuerpo (tengo la extraña sensación de que con cada exhalación puedo provocar un ruido que se registre y acabe por hacer inservible el trabajo de los actores), pero en todo momento siendo consciente del regalo que supone presenciar este instante. Porque cada toma es única, desmintiendo el prejuicio que muchas veces yo también he sentido y que ve al cine arte menor por comparación con el teatro, pues aquel no podría nunca igualar la inmediatez con el espectador que constituye la esencia de este. Lo que sucede es que esa inmediatez solo se da en el cine verdadero (no en el *show business*, donde no hay espectador, sino cifra), y opera de modo más sutil, resultado del trabajo del director, verdadero *deus ex machina* que no vemos, pero cuyo pulso hemos de notar detrás del ojo de la cámara, como el diapasón que continúa sonando en la mente del pianista una vez que ha dejado de utilizarlo. Escucho ahora el resuello, a escaso metro y medio, de Ripstein quien, a través de un *walkie*, guía cada exacto movimiento de la cámara en el cuarto de al lado con todo el detalle posible, siguiendo un ritmo solo por él imaginado y que convertirán esos cinco minutos de ficción que suceden aquí y ahora, justo delante de nosotros, en cinco minutos de la más pura realidad en *Las razones del corazón*. Movida por su mano firme, veo en la pequeña pantalla cómo la cámara danza alrededor de los actores, mientras estos, por contraste,

parecen dos pequeñas estatuas. La secuencia se cierra con un plano de la mesa *bauhaus* y de la sábana, que ya no parece una simple tela blanca arrugada: la cámara la recorre en un vaivén hipnótico, y en cada uno de sus pliegues somos capaces de notar la impronta veleidosa, aún tibia, del cuerpo exánime de la Bovary.

❧

Tras la segunda toma, Ripstein ordena una pausa. Busco un poco de aire fresco, y recorriendo los pasillos del Guanajuato acabo en la azotea. La lluvia se ha detenido hace unos instantes, y el aire es todo lo fresco que la ciudad permite. Descubro aquí arriba una naturaleza muerta de lavaderos de piedra gris, cables, alambres, conductos de todo tipo, con la Torre Latinoamericana al fondo, justo como en la fotografía de Nacho López que tengo colocada en una de las paredes de mi escritorio. Y en esa naturaleza muerta, vida: en el centro hiperpoblado de la urbe hiperpoblada, la casa ha sido tomada por completo, hasta la azotea. Así, unos pequeños cuartuchos, que debieron servir originalmente como trasteros, se alquilan al módico precio de mil pesos mensuales con derecho a excusado compartido. En uno de esos cuartos, con la puerta entornada, un joven, tirado en la cama revuelta, ensaya acordes en una guitarra desafinada. La vida sucede.

❧

La producción comienza ya a montar en uno de los pasillos de la azotea unas cuantas mesas, donde se servirá la cena a todo el equipo antes de reanudar el trabajo, que se extenderá hasta bien entrada la noche. Nos sentamos

en la mesa de Ripstein y Garciadiego, con los actores principales y algún otro invitado. En toda mesa que se precie debe haber un ejemplo de estupidez humana. Estos especímenes cumplen, sin saberlo, una importante función social; de hecho, su existencia debería ser remunerada por algún Ministerio. Parapetada tras su semblante fingidamente adusto, engola la voz, consulta constantemente su *blackberry* y habla de su próximo viaje a España. ¿Cómo sobreviviríamos sin ellos? ¿Sin que su estupidez ayude a relativizar la nuestra?

❧

Por la noche, ya en casa, el día se resiste a acabar. Escribo estas impresiones a las dos de la madrugada. La luz que ha anegado mis ojos se niega a abandonarlos. Quizás lo que aquí se acaba no es un simple día.

7. Esta mañana, Lebedev me llama para contarme que no se encuentra bien. Ayer se sintió enfermo todo el día, se hizo revisar por el médico del rodaje de Ripstein y el resultado fue una profunda desilusión: el doctor le dijo que se encontraba en perfecto estado de salud. Paz Alicia le sugirió entonces que se acercara a una iglesia cercana a confesarse. Le digo a Jorge que hay días en que uno necesita sentirse enfermo; en que es sano estar imaginariamente enfermo como gesto de resistencia, de denuncia, silenciosa e interior, de la podredumbre del mundo.

8. La manera en que el mexicano expresa sus sentimientos nos confunde. A nuestro modo de ver, la suya es una sensibilidad extremada, una estopa seca que se prende al menor contacto. Cuando me bajo del taxi, tras un trayecto de media hora, una conversación entretenida y

una propina tipo, veo al taxista a través de la ventanilla con cara afligida y a punto de exclamar: "¡Le extrañaré!". Y a nosotros, que nos han enseñado a ver en la expresión del sentimiento una incomodidad, cuando no una falta de educación, tal efusividad nos descoloca. Pensamos que los sentimientos son profundos, irrepetibles, únicos. Solo con el tiempo nos percatamos de que aquí el sentimiento es disparado como un cohete insustancial en un día de fiesta. Como el cohete, es leve, juguetón, trivial. Como el rastro de humo que aquel deja tras de sí, se diluirá rápidamente, tan pronto el siguiente pasajero haya ocupado el espacio en el asiento de atrás que nosotros acabamos de abandonar.

12, 13 y 14 de julio (*En Jalisco, buscando los lugares de Orozco, Barragán, Arreola y, por supuesto, Rulfo).* En los valles que rodean Zapotlán el Grande (hoy Ciudad Guzmán), en un radio de unos pocos quilómetros nacieron tres de los artistas que de manera más duradera han contribuido a moldear mi imagen de México en estos cuatro años: José Clemente Orozco (1883) y Juan José Arreola (1918) en Zapotlán el Grande, y Juan Rulfo (1917), ay, Juan Rulfo, en Apulco, San Gabriel o Sayula, en los tres sitios o en ninguno, lo más probable es que quién sabe. Si el radio se amplía uno poco hacia el norte, hasta alcanzar a Guadalajara, el viaje no solo permite incluir el lugar donde dos de aquellos tres se formaron, vivieron y, en el caso de Orozco, dejaron parte esencial de su obra, sino también añadir una cuarta figura, igualmente influyente para mí: la del arquitecto Luis Barragán (1903), nacido en la capital jalisciense. Y no creo que sea apenas mitomanía. No es solo que esos cuatro hombres nacieran en estos rumbos y que los ojos curiosos de los niños que fueron se inundaran de sus

paisajes de lagunas secas, huizaches y haciendas, de arcos de medio punto, cielos rasos y montes que nacen aparentemente de la nada; paisajes marcados por una misteriosa impronta de la muerte. Es que, de algún modo, esos paisajes y los hombres que los habitan son parte esencial de su arte, de sus palabras, colores y curvas, de su modo de ver(se). Y aún más: definen un modo radicalmente mexicano de ser en el mundo. Y por ello importan. Por ello me importan. Por ello quiero trasegar sus caminos justo ahora que queda tan poco para marcharme. Por si con el polvo de sus caminos, algo de ellos se fuera ya conmigo, quizás impreso en mi alma, quizás para siempre.

❧

Si la Ciudad de México es la "galaxia inacabable", Guadalajara es, pese a todos sus epítetos de gran ciudad ("la Sevilla americana", la "Florencia de América", la "Perla del Occidente"), la provincia sin fin. Provinciana es, por ejemplo, la interminable sucesión de barrios en apariencia iguales, con idéntica proporción de casitas bajas, abarrotes, "loncherías" y "autopartes", solo interrumpida por avenidas de cinco carriles en cada sentido, llenas de baches y sin arcén. Provincianos también los precios de los restaurantes y las cantidades y el sabor de la comida que en sus platos se sirven. Provinciano el ritmo del caminar y del actuar de sus gentes. Provincianos sus descampados, ubicuos e inexplicables. Provincianas sus benditas papelerías, con su olor inconfundible, bien surtidas de lápices, cuadernos y papeles de todas las texturas y todos los colores, de todos los enredos imaginables, paraíso de cuando éramos niños y que en las ciudades en que vivimos ha sido sustituida por una sección del supermer-

cado. Si no fuera por unos pocos edificios medianamente altos, que bien pudieran ser pirámides de una civilización olvidada, uno no podría reprimir la sensación de haber vuelto al pueblo.

❧

Solo en México me he percatado de una verdad que ahora se me revela incontrovertible: los españoles amamos el pan con devoción. Quizás exageradamente. Pero es que nada define mejor a una tierra que el pan que produce. Aquí, por ejemplo, en Guadalajara, como en Querétaro, Guanajuato y buena parte del Bajío (y a diferencia de lo que sucede en el sur del país, donde la tortilla reina sin discusión) el pan lo es en el sentido más pleno de la palabra: la corteza resistente y bien tostada; la miga blanda, de un blanco purísimo. El sabor, el aroma, la textura del pan que da esta tierra son únicos, y en ninguna otra tierra de México o cualquier otra parte se encontrará uno exactamente igual. Soy incapaz de describir con detalle las complejas sensaciones que provoca en mi cerebro. Sería algo así como la creación de un vínculo de unión con esta tierra que me da su fruto. Una sensación que también es única porque se agota en mí; la llevaré conmigo, reducida a la pobre condición de memoria, pero memoria al fin y al cabo, suficiente para traerme de vuelta a este tiempo y este lugar cuando el hilo sea, por capricho o azar, devanado. Comulgo con este pan. Y así este momento se salva de la muerte del olvido.

❧

De Guadalajara a Sayula. Sayula está a medio camino entre Guadalajara y Ciudad Guzmán. Una "súpercarrete-

ra" construida hará cosa de unos años acorta unos cuantos quilómetros la distancia entre ambas ciudades atravesando las lagunas de San Marcos y Sayula cuyas aguas quedan, así, divididas. Aguas cuando las hay, pues estas dos que son aquí conocidas como "Lagunas Secas", pasan la mayor parte del año sin ella. Ahora, comenzada la estación de lluvias, la cinta del asfalto pasa por encima de un finísimo espejo de, quizás, unos pocos centímetros de agua. El resultado en día soleado como este es onírico: conducimos sobre una recta de varios quilómetros tendida sobre un espejo que reverbera poderosamente los rayos de luz, hasta hacer que ardan los ojos. Ese escozor, y lo árido del paisaje que se extiende más allá de las lagunas, y la irrealidad del sueño, invitan a pisar el acelerador. Al fondo se recorta, cada vez más nítida, la silueta del Nevado de Colima, cuyo cono perfecto, que alcanza en su cima los cuatro mil quinientos metros, lo va cubriendo todo con su sombra paternal. Hacia sus faldas me encamino.

❧

La hacienda de Juan Nepomuceno "Cheno" Pérez-Rulfo, padre de Juan, que en realidad pertenecía por derecho de herencia a su mujer, María Vizcaíno Arias, madre de Juan, se llamaba Apulco, y hoy es una ranchería sobre una barranca verde, en las primeras estribaciones del Nevado, y conserva aún el nombre de la hacienda. Pues por mucho que los papeles digan que Juanito no nació aquí, sino en la vecina Sayula, Juanito dijo a quien quiso escucharle que nació aquí, y no tengo ninguna razón para creer más a los papeles muertos de los archivos que a la voz viva del que mejor ha de saber cuál fue la primera luz que vieron sus ojos. Aquí, en esta hacienda

que las revoluciones (la grande primero; la cristera después) estaban a punto de llevarse por delante; en esta hacienda donde Don "Pomuceno" no era solo el padre de Juan, pero también el señor del universo de la hacienda, formado por casi todas las familias de Sayula, por los peones y gañanes que al patrón debían vida y muerte; que ahora corrían los caballos del patrón y luego les limpiaban la mierda; que un minuto eran salvados de la enfermedad por la mano del "jefaso" y al siguiente azotados sin piedad por esa misma mano, sin motivo alguno; en esta hacienda reducida ya a despojos –muros derruidos y tomados por el matorral, escombros, una iglesia excéntrica, como desgajada de algo que se fue hace mucho tiempo, y unas pocas casitas humildes–; en este universo quiso nacer y probablemente nació Juan Rulfo. Quizás en este exacto lugar en el camino entre Tuxcacuesco y Tonaya, entre Paso Real y Chachahuatlán; el lugar en que, a la sombra escasa de un solemne cactus órgano, una cruz de latón sobre un montón de piedras recuerda dónde le quitaron la vida a "Cheno" Pérez-Rulfo, baleado por la espalda por un joven de nombre Guadalupe Nava el día primero de junio de 1923, después de una discusión por un asunto olvidado y que nada ya importa –como dirá Juan Carlos Rulfo, el nieto, el hijo, muchos años después, solo se puede saber, solo importa saber "que el abuelo había muerto de este modo y de este otro". Aquí nació Rulfo, porque aquí empezó el mal, que es tanto como decir, porque aquí empezó todo.

❧

A la Sayula donde según los papeles nació Juanito la familia de hacendados emigró huyendo de la "bola", esto es, de los tiempos de bandidaje que acompañaron a la

Revolución hasta confundirse con ella y aun suplantarla en buena parte del país, y en los que por estos rumbos descolló por su crueldad un Pedro Zamora, bandolero leal a Pancho Villa –y antes aun que a Villa a su propio interés, como todos los de su oficio. Así lo cuenta Arreola en *La feria*: "En tiempos de la refulufia fuimos la capital del Estado, con el General Diéguez como Gobernador y Jefe de Plaza. Quisiera no acordarme. Carrancistas y villistas nos traían a salto de mata desde Colima a Guadalajara, pariendo chayotes. Y a la hora del ¡quién vive! no sabía uno ni qué responder. Si usted se quedaba callado, malo. Si contestaba una cosa por otra, tantito peor. Diario teníamos fusilados y colgados, todos gente de paz. Entraban y salían de aquí jueves y domingo. Y los postes del tren a todo lo largo de la vía tenían cada uno su cristiano, desde Manzano a Huescalapa, y ni siquiera nos daban permiso de bajar a los ahorcados que estaban allí". Sayula es hoy calor engañoso y húmedo, moscas, extraños edificios *déco*, muchas moscas, calor, moscas y gente desconfiada, que seguro piensan mientras me miran: "¿Qué era aquello tan importante que tenía que contar el hijo de Don "Pomuceno" y que atrae a estos forasteros que pasean libreta en mano anotándolo todo?" Y, efectivamente, basta con colocarse en los zapatos de los sayulenses para darse cuenta de que nada hay más sospechoso que un forastero que aparece un día de la nada, baja de una "camioneta" negra y recorre las calles del pueblo preguntando a diestro y siniestro, mirándolo todo, apuntándolo todo, lo bueno y lo malo, y vaya a saber usted con qué fin. Todavía más moscas, un café horrendo, la sombra lejana y ominosa del Nevado, como un padre muerto o, peor que muerto, vivo en el odio de los hijos que vivieron a su sombra y después de su muerte son incapaces de vivir sin ella. Calles empedradas. En

la plaza mayor, pinos junto a flamboyanes, casas porticadas, un quiosco de música, dos restaurantes (solo hombres sentados en las mesas de plástico) y una sucursal de banco. También un coche fantástico, ese juguete mecánico que causaba furor en nuestra infancia. Nubes de moscas dando vueltas alrededor de la cabeza de una loca que, justo en el centro de la plaza, extiende la mano delante de transeúntes que no existen, o que solo ella ve, y grita: "¿No tendrán un pesito que me presten?". La casa de los Pérez Rulfo en Sayula estuvo en el número 32 de la calle Madero, que hoy es Avenida Ávila Camacho. Una casa de muros sólidos, amplios vanos y techos tomados por el verdín. Una placa junto a la puerta recuerda que uno está ante la casa natal de Juan Rulfo.

❧

Justino Nava (*El Llano,* 1953) y Juan Preciado (*Páramo,* 1955) abren la fosa a cuyas oscuridades Martín Moncada (*Los recuerdos del porvenir,* 1963) y el pueblo de Zapotlán (*La feria,* 1963) empujarán el cadáver de la Revolución (y su novela).

❧

Para ir de Sayula a Zapotlán el Grande hay que atravesar la Cuesta de Sayula, "un enredijo de curvas, paredones y desfiladeros", se dice en *La feria.* Porque Zapotlán el Grande es, sobre todo, el lugar de *La feria.* Cree Antonio Alatorre, con la opinión general, que el libro de Arreola debe mucho a *Pedro Páramo,* y dentro de ese mucho, en particular eso a lo que se otorga tanta importancia, y que es la organización fragmentaria del material narrativo. Tan innegable es que toda la narrativa mexicana posterior

al maremoto Rulfo debe al incontenible oleaje de este parte esencial de su ser –como todos los que hemos nacido en la tierra de Cervantes le debemos a este– que casi no merece la pena ser dicho. Por eso supongo que, además de esta, otras razones tendrá Alatorre, quien cultivó la amistad de Rulfo y de Arreola, para sostenerlo. Sí, puede ser. Pero eso no me parece al cabo demasiado relevante. Sí, en cambio, creo que lo es, y no poco, el punto en que *La feria* necesariamente se separa de Rulfo: la obra de Arreola es coral, un grito de vida proferido por mil voces, las de un pueblo entero cercado desde siempre por la muerte; por el contrario, toda la literatura de Rulfo es el monólogo interior de un solo personaje, la Muerte, protagonista omnímodo de su obra. *La feria* sería *Los persas* o *Fuenteovejuna*; el acervo Rulfo, *Las coéforas* o *La vida es sueño.*

❧

A diferencia de Sayula, Zapotlán no es pueblo, sino villorrio, y de dimensiones respetables: "Somos más o menos treinta mil. Unos dicen que más, otros que menos. Somos treinta mil desde siempre. Desde que Fray Juan de Padilla vino a enseñarnos el catecismo, cuando Don Alonso de Ávalos dejó temblando estas tierras". Cabeza de partido judicial y de diócesis eclesiástica. Villa que quiso y quiere ser ciudad y no pueblo; al fin y al cabo esa es la razón verdadera de que sus habitantes decidieran quitarse de en medio el Zapotlán, indígena, medio "pelado", y se pusieran un nombre mucho más adecuado a sus aspiraciones: Ciudad Guzmán, donde el Guzmán viene del apellido de un insurgente mexicano de nombre Gordiano, nacido no lejos de aquí. Que es villa con pretensiones bien lo hace notar Arreola en su *Feria*: "Este pueblo, aquí

donde usted lo ve, con todas sus calles empedradas, es la segunda ciudad de Jalisco", dice uno de sus personajes. A diferencia del Apulco de Rulfo, que era un verdadero océano de pobres –el rico, ese, era de otro mundo–, en el Zapotlán el Grande de Orozco y de Arreola había, al tiempo que estos nacieron, ricos y pobres, claro está; pero también unos pocos labradores o artesanos venidos a más, y algún funcionario corrupto y, por tanto, de posibles, y aun aquel licenciado, quizás un abogadillo, con aspiraciones literarias; esto es, medio ricos y medio pobres, un día ricos y al siguiente pobres, ni ricos ricos ni pobres pobres, en definitiva, unos pocos de esos hombres que en toda sociedad moderna funcionan como argamasa de la pirámide social. Y aunque cada uno de estos grupos viviera más o menos al margen de los demás ("Por el paseo de adentro circulaban las personas decentes; por el de afuera, los de sombrero ancho y de rebozo"), y la movilidad social fuera casi imposible (véase el caso del zapatero de *La feria* que quiere medrar en el negocio del campo para fracasar estrepitosamente en el intento), en determinado momento la vida les llevaba a compartir el mismo espacio, al cruzarse por la calle, o al entrar en la iglesia, o, sobre todo en ese momento en que las convenciones sociales eran convencional y temporalmente cuestionadas: en la feria, claro, en la feria del patrono San José. Tanto José Clemente Orozco como Juan José Arreola nacieron en esa materia gris social donde con frecuencia se han forjado las más duraderas personalidades artísticas. Un poco más arriba el pintor: su padre era propietario de una fábrica de jabones y tintas, así como de una imprenta (donde él mismo editaba el periódico local). Y probablemente un poco más abajo el escritor: poco se sabe de la fortuna de los Arreola Zúñiga, pero, más allá de apellidos sonoros, los catorce vástagos que tuvieron y la temprana edad con

que Juan José empezó a trabajar como encuadernador bastan para que supongamos que aquellos no debieron nadar en la abundancia; el propio Arreola, con su ironía habitual, apenas dirá: "Pero hay nobleza en mi palabra. Palabra de honor. Procedo en línea recta de dos antiquísimos linajes: soy herrero por parte de madre y carpintero a título paterno. De allí mi pasión artesanal por el lenguaje". Sea como fuere, no deja de haber una paradoja en el hecho de que la presencia de esa clase de hombres medianos en *La Feria* sea poco menos que testimonial: como si Arreola nos dijera que la función de los suyos es la de ser testigos del verdadero conflicto, el que desde siempre aquí ha dividido las aguas entre hacendados y "pelados", entre peninsulares e indios, entre criollos e indios, entre los que poseen tierra y los que la trabajan. O como si nos dijera más bien que esos no son los suyos, y que ser testigo, en ciertos momentos, no es suficiente…

❧

Mi pasión por *La feria* es tardía. Al principio me confundieron los fuegos artificiales de la *Varia invención*, los *Confabularios*, *Bestiarios* e *Inventarios*, y me cansó el comediante y me dio cierta lástima el personaje de capa y sombrero cordobés que vi en algunas repeticiones de *Vida y voz de Juan José Arreola* en el Canal Clásico de Televisa (Luis Miguel Aguilar dedicó en los años ochenta en Nexos un artículo magistral a esta faceta televisiva de Arreola: "Confabulario teatral: Arreola en Televisa"), y por eso lo abandoné antes de haber llegado a su palabra más verdadera. No demasiado tarde, por suerte. Leo frente a los campos de Zapotlán: "Campo de Zapotlán, mojado por la lluvia de junio, llanura lineal de surcos innumerables. Tierra de pan humilde y de trabajo sencillo, tierra de

hombres que giran en la ronda anual de las estaciones, que repasan su vida como un libro de horas y que orientan sus designios en las fases cambiantes de la luna. Zapotlán, tierra extendida y redonda, limitada por el suave declive de los montes, que sube por laderas y barrancos a perderse donde empieza el apogeo de los pinos. Tierra donde hay una laguna soñada que se disipa en la aurora. Una laguna infantil como un recuerdo que aparece y se pierde, llevándose sus juncos y sus verdes riberas..." Y después de leer esto, siento que quizás cuando leí todo aquello lo confundí, y todo aquello que no entendía gana ahora sentido: los fuegos artificiales de los "*arios*" son conclusión extrema de López Velarde y evolución de un cierto Torri; y el comediante fue bufón, sí, pero en el sentido más pleno, con la carga de profundidad de su mensaje; ¿y acaso la lástima que siento ante aquel personaje disfrazado y poco a poco vencido no es la misma que me ata para siempre a la derrota de Alonso Quijano?

❧

Cuando llego a la casa de Arreola, en la cima de un cerro a las afueras de Zapotlán, son las cuatro de la tarde, hora de la siesta y, para qué negarlo, poco propicia para visitas. Me han detenido un agradable paseo por el jardín principal y, después, la búsqueda infructuosa del monumento a Gordiano Guzmán delante del que Arreola, con doce años, recitó completa *La suave patria* de Velarde (ya prometía); por fin, a eso del mediodía, una intempestiva tromba de agua, que me obliga a refugiarme en una cafetería bajo los soportales. Aquí, como en Oaxaca, es difícil resistir la tentación de acomodarse bajo las arcadas de la Plaza Mayor y ver la vida pasar. El

tiempo, para el forastero, corre a una velocidad inversamente proporcional que para los locales, y aquel se deleita viendo la animación de esta mezcla abigarrada de gentes que es lo más definitorio, en lo visual, de la "diamantina patria" –diamantina por irisada. De la casa imagino que Arreola la construyó gracias a los rendimientos de la popularidad alcanzada por sus apariciones en Televisa, y que a ella se retiraba cuando él mismo se cansaba de esa popularidad y de esas apariciones, más bufonescas a medida que pasaba el tiempo –hasta incluir los imposibles comentarios a los partidos del Mundial de Fútbol de Estados Unidos, en 1992. Es una casa pretenciosa, de nuevo rico, y probablemente no podía ser de otra forma. El vigilante, a quien despierto de un sueño reparador, revuelve toda la garita sin encontrar las llaves que dan acceso a la casa. No pasa nada. Solo puedo visitar una parte de la biblioteca, que está en la entrada, y en la que me sorprende encontrar algunos títulos recientes de Anagrama.

❧

De vuelta a Guadalajara, buscando a Orozco. Porque de Orozco en Zapotlán no queda nada. O casi nada. Como de Zapotlán casi nada queda en la *Autobiografía* del siempre lapidar José Clemente: "Nací el 23 de noviembre de 1883 en Ciudad Guzmán, conocida también por Zapotlán el Grande, en el estado de Jalisco. Mi familia salió de Ciudad Guzmán cuando tenía yo dos años de edad, estableciéndose por algún tiempo en Guadalajara y más tarde en la ciudad de México, por el año de 1890". Así pues, a Guadalajara, y una vez allí, sin solución de continuidad, al Hospicio Cabañas, santuario permanente de Orozco, donde ahora se exhibe por aña-

didura la exposición "Orozco: pintura y verdad", con la que he hecho coincidir las fechas de este viaje, y que se anuncia como la retrospectiva más importante del pintor desde el Homenaje Nacional en Bellas Artes en 1979. Y la conjunción de la obra inmortal de Orozco en el Hospicio y la amplia selección del resto de su trabajo para la exposición (caballete, grabado y estudios preparatorios para los murales, que conocía de manera mucho más fragmentaria), asombra, es más, asusta. Uno querría disponer de todo el tiempo del mundo para sumergirse en el universo profundísimo de José Clemente, pero solo tengo unas pocas horas, que intento exprimir al máximo.

❧

Esta debe de ser mi tercera, quizás mi cuarta visita al Hospicio Cabañas. ¡Y qué justa me ha parecido, desde la primera vez que lo admiré, la apreciación de Cardoza y Aragón de que este es "el mural más hermoso de América"! Justa en cuanto a lo absoluto de su belleza, pero también en cuanto a lo radical de su unidad. Porque los paneles repartidos por la cúpula y lienzos de esta antigua capilla del Hospicio conforman una unidad, que es tanto como decir un completo universo. Y en su centro, en la cúpula que diseñó Tolsá, ese hombre que es el Hombre contemporáneo, ardiendo hasta consumirse por entero en las llamas de sí mismo, las del conocimiento y la culpa, las de la pasión y el acabamiento. Ese hombre engrisecido, mecanizado, necesitado de fuego que combata, con vida, el reino omnímodo de la muerte. De ahí la trascendencia del gris en el conjunto de la composición. Los mil matices del gris de la cantera son contestados por otros tantos en el gris que sale de la paleta del pintor: el

amarillo, el blanco, el azul, todo cabe en ese gris. Para la mente consciente que rechaza los cantos de sirena de la eternidad, pero también el llanto poco viril del que se sabe de antemano derrotado, el gris es el color del futuro. El color de la razón, pues vivir ardiendo no significa renunciar al oscuro pensamiento, a la modesta razón. De las mil lecturas que la Conquista admite en Orozco, percibo hoy (que el propio Orozco rechazara hacer lecturas primordialmente históricas o sociales de sus obras no me incapacita a mí, espectador, para ensayarlas; no otra es la grandeza de ese arte) una sugerente y retroactiva del proyecto de la modernidad y su condición esencialmente trágica: no ha de ir demasiado lejos Orozco, quien tuvo participación directa en los sucesos revolucionarios, para tomar la lección de cuán fácilmente lo éticamente bueno acaba por pervertirse, de cuál fácilmente la razón absoluta muda en absoluto mal. Como la Revolución, también la Conquista fue concebida en Occidente como proyecto ilustrado, ilustrador, civilizador; antes que *descubrir*, Occidente siempre buscó *civilizar*, para de este modo llegar a convertirse en lo que desde la conquista es: verdadera civilización universal. La conquista trae consigo las espadas que sojuzgan y las cruces a veces más afiladas que las espadas, pero también trae el *Quijote* en las bodegas de los barcos que atracan en Veracruz. En una de las pechinas, Cervantes y el Greco están sentados; no hacen nada, apenas observan; entre ellos, a través de una ventana nos deslumbra una fulgurante luz. La valoración moral queda siempre fuera del cuadro en Orozco. No los hechos: aquella apoteosis de la razón acaba por devenir, paradoja dolorosa e irresoluble, madre de todos los excesos, madre de la violencia, madre de la muerte. Con todo ello, el mural del Cabañas se convierte en genial apoteosis del humanismo de Orozco: de su esperanza sombría en el futuro del

Hombre. Y, a diferencia del primer muralismo (Carpentier vio tempranamente cuál el mensaje de ese otro muralismo, al cabo el que más éxito tuvo: "Creados para la multitud, como las obras de arte revolucionario ruso, esos frescos solo aspiran a llegar directamente al corazón del pueblo con la mayor elocuencia posible"), su grandeza reside justamente en que su prédica no se dirige a ninguna aglomeración de hombres, a ninguna sociedad, a ningún grupo, partido o confesión, sino a cada hombre individualmente considerado, a cada hombre, ser demediado pero irrepetible y único, a ese hombre que soy yo, y cuya alma se extasía ahora escuchando su mensaje.

❧

Orozco es genio también en esto: todos sus lenguajes y sus modos de expresión son profundos (lo que no obsta para que haya creado, con esos lenguajes, obras fallidas) porque todos niegan; dice el artista: "En cuanto alguien diga SÍ, hay que contestar NO. Debe hacerse todo a contrapelo y contra la corriente". Contra la corriente son, por ejemplo, sus retratos: los de su esposa Margarita Valladares y la hija común de ambos, Lucrecia, son valientes, goyescos; inefable conciencia de sí mismo revela el autorretrato aquí expuesto (el artista se representa como un hombre de apariencia senil –contaba cuarenta y seis años– pero cuyas facciones conservan la tensión brutal de una incontenible fuerza interior) que solo se entiende puesto en la perspectiva del de la madre del artista, la señora Rosa de Flores Orozco, quizás el que más profunda emoción me causa; en ciertos aspectos, el de Eva Sikelianos, patrona de Orozco en Nueva York, y a cuyo Círculo Délfico se incorporaría el pintor (sin que aún se haya estudiado en profundidad la impronta que las ideas

de ese Círculo dejó en el arte del pintor), se refleja en algunas de las figuras más misteriosas de sus murales, por ejemplo, las del titulado *Omniciencia*, en el "Sanborns de los azulejos" de la ciudad de México. Lo son, también, las acuarelas de la serie *La casa del llanto*, que sirvieron para su primera exposición individual, y donde ya se encuentra mucho de Orozco: su profunda humanidad, su inaptitud para juzgar al débil, su inflexibilidad frente al poderoso. Y lo son, por supuesto, las tintas de *México en la Revolución*, los *Desastres de la guerra* de la Revolución: hombres y, sobre todo, mujeres con las espaldas dobladas, humillados –los mismos, por cierto, que las tenían dobladas antes de la Revolución; magueyes como lápidas sobre los cadáveres, armas que revientan sobre sí mismas, cerros pelados, lienzos derruidos donde hubo casas. Una animalidad inquietantemente humana…

❧

Absorto en Orozco, Barragán sacrificado. Quedará para otra. Es bueno dejar cuentas pendientes en todo lugar. En el avión, cuando sobrevolamos el océano de luciérnagas de la "indómita monstrua", pienso que esta es la penúltima vez que aterrizo en la ciudad de México.

❧

14 (*por la noche, de vuelta en México*). Una de las claves de lectura esenciales del México contemporáneo es el par que conforman ciudad y provincia (solo comparable en trascendencia a la "cuestión racial", de la que no somos conscientes fuera, pero sí dentro; dice Orozco: "Toda la historia de México parece estar escrita exclusivamente desde el punto de vista racial"). En torno a esa línea, de

unión y de fractura, se articula buena parte de López Velarde, casi toda la fotografía de Nacho López, las mejores películas mexicanas de Buñuel (las consabidas) y de Alcoriza (*Tiburoneros*). Y con ello bastaría para comprender su trascendencia. Uno de los elementos de fractura más notorios radica en la manera en que el tiempo transcurre en un lugar y en el otro: en la provincia, cada día contiene, al menos, dos, separados por la cesura del almuerzo (y, en su caso, la siesta). Los días son largos y, a poco que uno no se construya un vasto mundo interior, interminables. Un solo día da para todo: trabajo, recados, amigos, familia, soledad. En la ciudad, por el contrario, el día es un *continuum* que veloz se nos escapa entre las manos. Siempre nos quedan cosas por hacer, gente por ver, tiempo para estar con los nuestros o solos. Por eso necesitamos extenderlo, ganando espacios y sobre todo tiempos nuevos hacia la noche. La provincia es diurna; la ciudad, noctámbula. El insomnio, urbano; la vigilia, provinciana. El poeta de la provincia se sienta en el banco del jardín y ve cómo todo queda, y nada pasa. Su menester consiste justamente en darle ritmo a esas aguas remansadas, buscando la trascendencia en el matiz: adiestrado en la observación minuciosa, será capaz de descubrir la diferencia sutil donde el forastero solo ve enervante semejanza. El poeta de la ciudad, por el contrario, es naturalmente arrastrado por la inercia de una caudalosa corriente de vida; para evitar caer en el trazo grueso habrá de nadar con sobrehumano esfuerzo hasta la orilla para, desde allí, retratar el gran espectáculo del fragor de las manadas de hombres que corren en todas direcciones, sin dirección alguna. El poeta de la urbe mexicana (la urbe nocturna, quizás la urbe verdadera solo existe de noche) es Efraín Huerta. El de la provincia, Ramón López Velarde. Cuando transplantado a la gran ciudad (como millones

de mexicanos lo fueron en el siglo pasado, de ahí que la experiencia de Velarde sea formadora y fundadora de autopercepción para muchos de ellos), el poeta provinciano se torna un náufrago. Un náufrago en ese torrente de vida, que le parece lo más yerto; un náufrago en sus noches interminables ("Soñé que la ciudad estaba dentro/ del más bien muerto de los mares muertos./ Era una madrugada de silencio"), colmadas de posibilidades, de tentaciones ("Hambre y sed padezco: siempre me he negado/ a satisfacerlos en los turbadores/ gozos de ciudades –flores de pecado"). La ciudad es disolución, capricho del girávago que no sabe contentarse con las "ingenuas provincianas": "y oyendo los poetas vuestros discursos sanos/ para siempre se curan de males ciudadanos,/ y en la aldea la vida buenamente se pasa". La aldea, que es ese universo entero contenido en la aparentemente pacata Plaza de Armas: "Plaza de Armas, plaza de musicales nidos,/ frente a frente del rudo y enano soportal;/ plaza en que se confunden un obstinado aroma/ lírico y una cierta prosa municipal;/plaza frente a la cárcel lóbrega y frente al lúcido/ hogar en que nacieron y murieron los míos;/ he aquí que te interroga un discípulo, fiel/ a tus fuentes cantantes y tus prados umbríos."

15. El día en que cumplo treinta y dos lo dedico casi por entero a *La pequeña grey* del cura andaluz Gallegos Rocafull, que leo de un tirón. De dos, para ser exactos. Entre una y otra tirada, la comida de cumpleaños –modesta, apenas Piedad y unos pocos amigos–, que soporto con mejor talante pensando en la lectura que me aguarda para la tarde. Gallegos es el menos español de los españoles: la escisión radical de su alma, su incapacidad para pontificar nada que no sea la más profunda duda, su creencia en los métodos de la razón, su naturaleza compren-

siva con el otro hacen de él un verdadero heterodoxo (¡qué pocos los que se rastrean en nuestra ya larga historia!) en un país forjado en las ortodoxias. No otra es la razón de que estos diarios de la Guerra Civil (sí, unos diarios que cuentan esa guerra que la mayoría de los artistas de las recientes generaciones han exprimido en cada uno de sus detalles hasta la extenuación) hayan pasado desapercibidos durante décadas para solo publicarse por primera vez en México, en una pequeña editorial católica, Jus, ¡en 2005! Y resulta que la de Gallegos es una historia de la Guerra que nadie me ha contado antes. He oído la historia de los buenos y la de los malos, la de los malos que fueron buenos y la de los buenos que fueron malos. Pero no la de aquella gran mayoría que quedó atrapada en la frontera entre unos y otros; esa mayoría formada por unos pocos hombres de pensamiento –"curas rojos" y "bergamines"– y formada, sobre todo, por los millones de almas que nunca abandonaron la zona gris de la simple existencia, alejada no ya de los discursos políticos, sino aun de la posibilidad de comprender el significado de los diferendos entre bandos. "¡Qué extraña manera de salvar a España!", concluye el cura Gallegos. Pues eso, qué extraña manera.

16. Para el moderno, la libertad es autonomía para hacer lo primero que se le pasa por la cabeza. Para el clásico, freno que le permite controlar las ganas de hacer lo primero que se le pasa por la cabeza.

19. Como el viejo marinero de Coleridge, quien ha vivido en México sentirá ya siempre, clavada como una dolorosa espina en su alma, la tentación de contar. Se sabe testigo de mucho. Testigo por superviviente: en *Homo sacer*, Agamben ha desentrañado los laberintos etimológicos

que confluyen en nuestro lapidar "testigo". Así, si para el griego (*martis,* de donde procede nuestro mártir), el testigo solo puede serlo en sentido religioso, el latín contempla dos clases de testigo: el *terstis*, tercero imparcial que resuelve en un conflicto jurídico, y el *superstite*, aquel que atraviesa un suceso extraordinario y, por ello, está en condiciones de dar testimonio. Testigo, pues, por superviviente, el que sobrevive a la avalancha de vivir en México quiere contar. Pero, como la de todo testigo, la suya es un alma entrampada en un tira y afloja irresoluble. Tan fuerte como aquella tentación es la de guardarse para sus adentros mucho del asombro de la aventura que ha vivido.

23. Barthes, en su *Diario de duelo*: "Todas las sociedades sabias han prescrito y codificado la exteriorización del duelo". Yo (pr)escribo desde ahora mismo la exteriorización de mi duelo por la pérdida de México. Pero el ensayo no resulta satisfactorio: ¿cómo esas mínimas gotitas de agua salada que corren por las mejillas habrán de contener la magnitud del vacío que lo que se pierde deja en mi alma? ¿Cómo lo reparará esa convulsión de cierto músculo recóndito en la garganta? Y por eso intento después la vía inversa, esto es, la interiorización de un sentimiento que se produce fuera de mí. Acudo con tal fin a una emoción que me acompaña desde la adolescencia, inconscientemente asociada a la pérdida de algo que nunca supe muy bien qué es: el aria para dos contratenores "Many such days may she behold", perteneciente a una de las *Odas para la Reina Mary* de Purcell: "Many such days may she behold,/ Like the glad sun without decay,/ May Time, that tears where he lays hold,/ Only salute her in his way". Pero por azar me percato hoy de un detalle que en tantos años me había pasado completamente desapercibido, y que ahora priva al momento de la solemnidad acostum-

brada: resulta que el texto de esa Oda es obra de un Sir Charles Sedley, Barón de Aylesford in Kent, conocido libertino perteneciente a la "Merry Gang" del Duque de Rochester en la corte de Carlos II. Una de las hazañas del Sedley bribón, contada por Pepys en una entrada (primero de julio de 1663) de sus *Diarios*, no tiene desperdicio: en una farra histórica, Sedley se subió con sus cofrades a un balcón de la *Cock Tavern* que daba a la calle y, tras insultar a la multitud, y haciendo honor al nombre del lugar, se sacó el miembro, lo sumergió en su copa de vino y, tras brindar a la salud del Rey, se bebió toda la copa. Acabaría por convertirse en un respetable *MoP*, llegando a *Speaker* de la Cámara, y por escribir odas laudatorias a Mary II. Lo anterior me acaba de convencer de la escasa aptitud de mi alma para ese estado extremo de tristeza que es la desolación: si fuera un suicida, es bien probable que diera en ese tipo tan ridículo y risible que es el suicida incapaz, que intenta sin éxito una y otra vez algo que a todos los hombres nos parece, de entrada, tan sencillo: quitarse la vida.

24. No hay café molido en el tarro de cristal que reposa en la encimera. Miro en la alacena. Se ha acabado también. Ya no tiene sentido acercarse al supermercado para reponerlo.

26. Todo va siendo lo último. Hoy, antes de llegar a la Embajada, el último desayuno en el hotel Habita de Polanco, del que me he hecho asiduo en estos años. El capitán de los meseros me saluda, tomo el Universal y el Reforma, me siento en mi mesa y me sirvo el habitual plato de fruta (sandía, papaya y mango, siempre por este orden) cuyo sabor es bien parecido la mayor parte de los días –siempre me he preguntado cómo consiguen este efecto, que me parece tan misterioso, de que la fruta sepa

igual de un día para otro–, el café con leche (en esas tazas enormes cuya superficie rugosa me gusta recorrer con los dedos) y el *pain au chocolat* (de los mejores que se encuentran en un país donde la repostería ha venido sustancialmente a menos). Acabado el desayuno, leídos los periódicos con algo más de detenimiento de lo habitual, pago la cuenta, dejo una propina notablemente superior a la habitual y salgo a trompicones, sin querer mirar hacia atrás, musitando una despedida que seguramente nadie escucha: "Hasta mañana".

29. Mudanza. Medran las cajas de cartón como improvisados murallones en ciudad asediada, como adobe interior que va negando los espacios. Manos ajenas profanan nuestros pequeños santuarios: la habitación, los cuartos de baño, la sala de estar. Y eso que los mercaderes aún no han pasado del atrio. ¿Qué será de mí cuándo lleguen al templo, al sanctasanctórum, a la biblioteca? Pienso ahora con verdadera aflicción en la historia que cien veces le he pedido que le contara, quizás pensando en este momento, a mi amigo Víctor, "nuestro hombre" en Oaxaca, quien abandonó una prometedora carrera política en España sobrepasado por la presión, para empezar una nueva vida, aquí en México, en un pequeño pueblo en los valles centrales de Oaxaca. Lo único que quiso traer consigo fue su vasta biblioteca, y su colección, respetable, de obras de arte. Con la intención, quién sabe, de donarlo todo, o venderlo para subsistir un tiempo en estas costas. El caso es que ni la biblioteca ni los cuadros llegaron. El barco que traía su contenedor naufragó en el Caribe, no lejos ya de Veracruz. ¿Cómo no descomponerme imaginando que ese pueda ser el destino de mis cosas?

❧

Al terminar la jornada, el salón está tomado por unas cuantas decenas de cajas ¿Cómo en esos modestos espacios de cartón puede caber tu vida? ¿Tan poco es?

30. La biblioteca acaba de ser embalada hoy, justo antes del receso de los operarios para el almuerzo. Por ley de extraño azar –el que guía toda mudanza– dos libros han quedado (¿olvidados? ¿simplemente postergados para después?) sobre la balda de una librería. Gracián y Calderón: *El discreto* y *El criticón* y *La vida es sueño.* Si Fray Luis de Granada consigue hallarle una utilidad para la vida espiritual al trabajo de las hormigas, ¿cómo no seré yo capaz de encontrárselo a este olvido, que sin duda debe significar algo, un mensaje que aún no me ha sido dado descifrar?

❧

En trance tan difícil como este, me acompaña la lectura a salto de mata, entre caja y caja, del *Diario de Djelfa* de Max Aub. "Todo el mundo es Sahara, menos España", es el grito más desgarrador que he oído a cualquier exiliado, mucho más profundo, mucho más genuino, por ejemplo, que los del viejo León. Y resulta que el que lo profiere no es quien se esperaría, sino el cosmopolita, el trotamundos, el judío errante, el desterrado por los cuatro costados. Nada quiero, nada es suficiente fuera de España, dice. Todo es desierto, salvo España. Y es cierto que toda Europa avanzaba hacia la aniquilación de la vida a pasos agigantados –me pregunto si en Argèles, si en Djelfa, los republicanos sabían ya acerca de los campos de concentración nazis, si pensaron que ese podría ser su destino.

❧

Una mudanza es un proceso por el cual no solo los libros, sino todo lo que hemos ido acumulando (ropas, fotografías, muebles, bibelots, cuadros) acaba por ser sometido al escrutinio del cura y el barbero.

❧

Después del almuerzo me doy cuenta de que esta misma tarde montarán en el camión las cajas que restan. Dentro de unas pocas horas no quedará absolutamente nada en la casa. Solo un hombre y una mujer, dos criaturas en un jardín del edén desierto, en una fortaleza vacía. Algo de ropa y unos pocos elementos de aseo personal, una libreta y un bolígrafo, ni siquiera libros, fuera del *Diario* de Aub. Y la ropa de la cama, para pasar la noche, que se anuncia fría y lluviosa.

31. En el silencio atento de un sábado por la mañana, despierto desde bien temprano, pero sin ganas de abandonar el único calor que nos queda, aquí bajo las sábanas, recorro mentalmente la casa, de uno a otro extremo: el cuarto de servicio, el lavadero, la despensa, la cocina, el salón, el pasillo, el hall de entrada, la habitación de invitados, el aseo de invitados, la biblioteca y, por fin, nuestra habitación, nuestra cama, que ahora nos resistimos a abandonar –jugando en esos minutos con la ilusión de permanecer. Pienso en la casa como una res en el matadero, a la que han despojado de toda la carne y reducido ya a simple esqueleto. Esto era la casa cuando llegamos. Así quedará cuando esta tarde nos marchemos. Si no fuera por unos pocos rasguños en la madera del suelo y por los agujeros de los cuadros en las paredes (nada que un lijado y una mano de pintura no arreglen en cuestión de pocos días), un observador imparcial no podría decir que

dos personas han vivido aquí cuatro largos años. Y, sin embargo, cada rincón de esa madera cálida y generosa ha sido recorrido por nuestros pies infinidad de veces; y cada pequeño espacio blanco de pared ha sido visto y revisto por nuestros ojos, consciente o inconscientemente, otras tantas; y cada mueble de los que quedan, cada electrodoméstico, cada rincón de las mesillas o de la cama, nuestras manos lo han tentado sin cesar; y aun cada molécula de oxígeno, por mucho que los nuevos inquilinos abran las ventanas y el aire se renueve cada día, llevará durante años impresa la marca de nuestros pulmones. La casa no ha de olvidarnos. Y nosotros…. A nosotros quizás nos parezca que pasado mañana nada recordaremos. Pero la memoria es terca… Y es lo único que alienta…

❧

Escribo sobre lo único que queda en la casa para servir a tal función: una escalerilla metálica de tres escalones, con la pierna derecha sobre el primer escalón como sostén de la libreta. Llorar hoy es un estado de ánimo, una predisposición que ni siquiera demanda su tributo de lágrimas. Si fuese pintor, sería el día de hacerme un autorretrato: despeinado, los ojos enrojecidos, más solo y desamparado que nunca. Al sonido de las *Goldberg* (Gould, versión de 1954), un dolor que no puedo describir. Como si la vida digna se quedase por fuerza de este lado, sin poder ser transplantada. Desde el minúsculo promontorio de la escalera me observo detenidamente. Busco comprobar – miembro por miembro, órgano por órgano, sentido por sentido, función por función– si soy el mismo que llegó o alguien distinto que ocupa la misa carcasa, o una vagamente familiar. Y, sí, no cabe ninguna duda, soy otro. Aquel que llegó hace cuatro años era el mismo niño

que aparece en las fotografías pegadas en el álbum rojo que conservan mis padres. Aquel niño exultante, que todo lo quería, que podía con todo. Nada había cambiado en mí. Ahora sí. Soy diferente ¿Más hombre? ¿Más completo? ¿Más cínico? ¿Más aislado? Esto último, seguro. Cada vez más preparado para vencer "ce grand malheur de ne pouvoir être seul". Cada día con menos miedo a quedarme en la fortaleza vacía. Solo.

❧

Apuntes de un viaje (largamente debido) a Palenque

1 y 2 de agosto. La mejor manera de evitar pasar esta última semana en la ciudad, lamiéndonos las heridas, es tomar la calle de en medio. Largarnos. A Palenque, un viaje que por distintas razones hemos ido posponiendo. Hasta ahora. Volamos a Villahermosa. En el aeropuerto, poco más que una estación de autobús de provincias, alquilamos un coche a una gordita simpática, deseosa de atender a algún cliente, más si es alguien que viene de lejos. Unas dos horas de cómodo trayecto hasta Palenque, a través de un paisaje constante: la vegetación feraz luchando por un espacio para asomarse a la carretera (como en mi país se pelean los viejos para encontrar el mejor asiento frente a las obras) y contemplar el paso de los vehículos. Piedad dormita a mi lado, así que me paso todo el camino tratando de identificar las especies vegetales, lamentándome de esa incapacidad, congénita y tan molesta, para las taxonomías del reino vegetal, y preguntándome al mismo tiempo por el origen de esta inquietante necesidad de nombrarlo todo, de separar lo uno de lo otro. "Este árbol" vale para los inmensos ejemplares que ahora mismo dejo atrás, pero también para aquellos álamos timoratos que no se atrevían a bañarse en el río de mi infancia. ¿Cómo es posible que aquella realidad y esta, tan distintas, de algún modo antagónicas, convivan en una sola existencia?

❧

El ovillo de la memoria, al ser devanado, queda en nada, apenas un pasajero *dejá vu*.

❧

Nos alojamos en un *resort* moderno, de una modernidad destinada a consumirse en mitad de esta jungla inmisericorde, y distante de las ruinas de Palenque apenas un par de quilómetros. Extranjeros (predominan, como en casi todas partes, los franceses) y algunos mexicanos, todos de Monterrey, quienes contemplan esta feracidad con una mirada más ajena que la nuestra. Reformulación de mi (rudimentaria) teoría acerca de los múltiples Méxicos, de México como galaxia centrípeta que se mantiene unida desafiando todas las leyes de la física; o mejor, que se mantiene unida porque somos observadores anclados a un tiempo histórico concreto, este, que nos autoriza a afirmar tal cosa, sin que tal cosa sea más o menos cierta que la contraria. Por otro lado, pensar acerca de México es ahora una constatación de la imposibilidad de aprehender por partes las grandes ideas, las nociones abstractas. ¿Cómo se pueden entender por partes la libertad o la dignidad?

❧

A primera hora de la tarde, paseo, yo solo, hacia las ruinas de Palenque para una primera visita de reconocimiento. Las ruinas aquí ya no son ruinas. Son "zonas arqueológicas", o simplemente "Z.A.": sin duda un nombre mucho más moderno y coherente con la trascendencia de estos lugares para algo tan serio y científico como es la conformación de la identidad nacional de un país. Mi recorrido de hoy, que preveo breve, no busca ir más allá del simple deleite estético. El paseo de un modesto *amateur* de las antigüedades, tal y como si fuese el protagonista de los *Cuadros de una exposición* de Mussorgsky.

❧

Rara (no diferente) percepción del tiempo y el espacio. Un kilómetro vale por diez. Diez minutos, por una hora. En el fondo, nada de eso *vale* nada.

❧

Palenque –he leído hace unas pocas horas en uno de esos librotes de las habitaciones de hotel que hacen una estupenda lectura de cuarto de baño– es el nombre que un tal Fray Pedro Lorenzo de la Nada dio a un pueblo de indios choles situado más o menos por estos rumbos. El verdadero nombre de la ciudad que aquí floreció al mismo tiempo que Bizancio era Lacanjá ("agua grande"). La tarde se empeña en despejar todas las dudas que pudiesen caber acerca de lo tautológico del nombre. Apenas ha pasado el mediodía cuando una lona gris se tiende sobre nosotros y veloz descarga un chaparrón de aproximadamente una hora, que anega todos los caminos del lugar. Ha caído el "agua grande". Vacío el cubo, la capota del cielo vuelve a abrirse y en unos pocos minutos el sol esplende de nuevo, vigoroso. Los caudalosos veneros que se formaron pronto quedan reducidos a charcos, los charcos a rocío generoso y, pasada una hora, nada recuerda a la tormenta que todo amenazaba sepultar: acaso las gotas que se deslizan con afán de metrónomo sobre el carrizo de los techos. En ese preciso momento de quietud que sucede a la lluvia entro en Palenque.

❧

Palenque: un vergel de piedra alzado sobre un interminable desierto verde.

❧

Aplicando la división kantiana, Palenque, igual que Macchu Picchu, no es un lugar sublime, sino bello. Su atractivo reside, antes que nada, en la utilización del espacio, que la piedra parece arrullar en su seno. En medio del océano de vegetación el claro que Palenque alumbra en su centro ejerce una fascinación imantada. En ese reducto abierto en pleno centro de la jungla, un flamboyán sirve de *punctum* a la escena. Cuidadosamente podado, transplantado directamente de un jardín japonés, el flamboyán contrasta con el farallón vegetal que continuamente amenaza con sepultar el Templo de las Inscripciones. Una ola de varias decenas de metros recogida por el artista en el escorzo inmediatamente anterior al rompimiento contra las rocas de la costa. Ese movimiento de la jungla, que pareciera no atreverse a sepultar para siempre la piedra, resulta el símbolo más perfecto de Palenque. Palenque es el orgullo que sentimos, cualquiera que sea nuestro origen, ante una imagen que ha quedado indeleblemente fijada en la memoria.

❧

Pasadas unas pocas horas de la tormenta, la calma comienza a humedecerse, a volverse pegajosa, a llenarse de verdín. A pesar de ello, deambulo por la plaza con la ligereza que da la novedad.

❧

Charnay y Waldeck, *rambling frenchmen* a quienes se atribuye el mérito de haber incluido Palenque en el acervo de conocimiento del hombre occidental en la segunda

mitad del XIX. Claro que, como en tantas otras partes, el "descubrimiento" no lo fue tal. Los habitantes de la comarca nunca dejaron de saber de la existencia de esas ruinas, que servían como cantera abierta de donde se tomaban las piedras para las construcciones locales. Además, en 1785 José Antonio Calderón, ayudante del arquitecto Ricardo Castañeda Paganini, envió a Carlos III un detallado informe sobre las ruinas de Palenque. Alguien podría extraer de estos dos datos una prueba más de la "leyenda negra". Prefiero ver una simple demostración, de las tantas que cada uno de los mortales ha tenido ocasión de contemplar a lo largo de su propia existencia, de lo absurdo de pretender llenar de contenido las corrientes dominantes de pensamiento. Esto es: el conocimiento discreto nunca puede contribuir a la imagen del mundo que en cada momento se forma el conjunto de los hombres vivos (o por mejor decir, aquella parte del conjunto de los hombres vivos que tienen tiempo suficiente para pensar en esto, que a los demás no importa un bledo), pero eso nada tiene que ver con su aceptabilidad como conocimiento científico.

❧

Ventanas tapiadas con forma de "T". Bellos cortiles en torno a los cuales se organizaba –explica un guía– el templo central de Palenque. Dos patios de extraño parecido (similitud de concepto antes que de ejecución) a claustros conventuales. El primero, una sucesión de escalones; el segundo, formado por arcos tropezoidales. Rodeando el nivel superior de este templo central desemboco en un espacio que se asemeja a una azotea de la ciudad. Escaleras de Penrose.

❧

Al pasear por las ruinas me cruzo a buen seguro con arqueólogos menores, místicos, poetas, locos, asombrados todos ellos ante la disposición de las piedras que contemplan. Los vigilantes, silbato presto a sancionar cualquier infracción de la disciplina, observan sin embargo las ruinas con una mezcla de indiferencia y hartazgo. Ellos son los herederos directos de aquellos que tallaron estos palacios y templos. Ahora, como siempre, esclavos de la piedra.

❧

El cabello negro, recio como cuerda, poblando todo el espacio alrededor de las orejas de las mujeres que venden espejitos sentadas en el suelo, sobre mantas. Algo extraordinariamente animal en ello.

❧

La neblina se arremolina en torno a las colinas que rodean la ciudad. Cada par de ojos que contemplan estas ruinas las perciben de manera distinta, suponiendo que cada ojo no las perciba de manera distinta al otro ojo de su par. Si eso, como quiere "el Oscuro", es demostración de que no hay unas solas ruinas, somos náufragos. Y, en realidad, esa es la hipótesis más verosímil y de ella deriva toda posible creación.

❧

Atribuir conciencia propia a lo que, bien mirado, no es más que un montón de piedras. He ahí por qué las ciudades están llamadas a sobrevivirnos. Lo más inteligente

sería que cada generación de hombres abandonara la ciudad por ellos construida. ¡Son tantos los lugares bellos por arruinar!

3. Nuevo recorrido de Palenque, esta vez con Piedad y con afán exhaustivo –esto es, leyendo las cartelas.

❧

Ecuación de la piedra caliza: blanco + agua = negro + todas las tonalidades imaginables del gris.

❧

El tercer elemento de Palenque es el cielo. A doscientos metros escasos sobre el nivel del mar hay que construir muy alto para alcanzar el cielo.

❧

Crestería airosa sobre los edificios.

❧

De una construcción de piedra de reducidas dimensiones se han enseñoreado tres espléndidos árboles. Desquician la piedra caliza por cada uno de sus poros, cual cizaña entre los hombres.

❧

Al recorrer con más calma los patios del palacio central, me percato de sus dimensiones renacentistas. De ahí que no sea nada descabellado llamarlos cortiles.

❧

La arqueología es la única ciencia de la Historia.

❧

"Poblaron en un peñol áspero, a orillas de un río grande que pasa por medio de él, y fortificáronse allí; porque nunca se quisieron sujetar a los reyes de México". Busca la libertad en las bambalinas de toda epopeya histórica. En realidad, ¿qué sentido tiene la libertad fuera de la Historia, fuera de su función como motor de esta? ¿Qué queda hoy de la libertad al margen de eso? ¿La libertad de pasar drogados frente a la televisión el resto de nuestros días?

❧

Al final los temores, los grandes temores, tienen que ver con razones prosaicas y aparentemente triviales. El general pasa la víspera de la batalla preocupado en sacar lustre a los botones de la guerrera. Yo, ahora, pensando en cómo será el primer día en mi nuevo destino. Cómo seré recibido. Teniendo en cuenta todo lo que dejo atrás y todo lo que se abre frente a mí, la única forma de hacer soportable este desvalimiento.

❧

En Palenque uno echa de menos a los indios que llenan los atrios de las iglesias de San Cristóbal de las Casas.

❧

La piel moteada del jaguar simboliza un cielo lleno de estrellas.

❧

En los puestos de manta a ras de suelo el último grito son pequeños muñecos de trapo que representan a soldados zapatistas, con su pasamontañas y fusil de madera en ristre. Por treinta pesitos, el turista se lleva a casa la revolución. ¿Qué tiene que ver Zapata con todo esto? Casi lo mismo que con el monumental retrato que pintó Diego Rivera y cuelga hoy en las paredes del MOMA de Nueva York. Aunque, por otro lado, la mueca de desconfianza de Emiliano sentado en Palacio Nacional en la fotografía de Casasola no es tan distinta de la de la indígena que te vende al zapatista.

4. Camino de Bonampak, a través de la zona zapatista (municipio de Ocosingo, un nombre mítico, sonoro, rotundo, bien construido). Aparte de los carteles que pregonan que cruzamos territorio bajo control del EZLN, nada distingue a estos villorrios de los del resto de Chiapas y de buena parte del sur del país. Los mismos indios calzados con *nike* falsificadas que miran indiferentes el pasar de los siglos, las mismas gallinas esqueléticas, los mismos perros sin ánimo para esquivar el golpe inminente del automóvil. México, así visto, es un país espléndido para hacer una Revolución. Pero el afán, aquí, pronto se disuelve en mil revueltas, en un laberinto interminable. Y los nuevos jefes son, como los antiguos, acomodaticios.

❧

Un viaje en automóvil alquilado que se hace demasiado largo. Junto a uno de los mil topes, unos niños escudriñan las caras de los automovilistas. Algunos venden chucherías: una bolsita de frutos secos de aspecto desconocido, un aguacate, una exuberante penca de plátanos. Los demás simplemente observan la novedad de los que pasan. Novedad que, también ella, pasa pronto para volverse rutina.

❧

En su época clásica, la civilización maya (Yaxchilán, Palenque, Bonampak) parece no haber otorgado demasiada trascendencia a la representación de la muerte. Los dinteles, jambas, techos y demás elementos arquitectónicos están llenos de representaciones de las dinastías reinantes. Solo con el comienzo de la decadencia posclásica (Toniná), la muerte se vuelve un motivo frecuente del arte maya.

❧

Bonampak es un espacio abierto en plena jungla, bien que una jungla no tan espesa como la que rodea Palenque. En torno a una pradera que invita a jugar un partido de tenis (tal la perfección con la que el pasto ha sido igualado), restos bajos en tres lados y un complejo de altura considerable cerrando el cuadrado. No hay monumentalidad. Alzados sin criterio aparente, dinteles donde se narran historias desconocidas.

❧

De vuelta al hotel, clases intensivas de "chiapanequidad". 1) *"Marimbistas" famosos:* Domingo Gómez, manco, vivió en Alemania en los años treinta e interpretó delante de Hitler "La marcha de Zacatecas" y "Ya llevaron el cañón para Bachimba". También queda la memoria del cuarteto Solís, formado por los hermanos Modesto, Margarito, Candelario y Epifanio, famosos por sus piezas interminables, durante las cuales se conocía a la dama, se la enamoraba, se le hacía la corte, se peleaba con ella, se la volvía a contentar y casi se celebraba la boda; 2) *Sabines*: padre libanés y madre de armas tomar, hermano que llegó a ser gobernador del Estado; y 3) *Rosario Castellanos:* padres hacendados de Comitán, venidos a menos con los repartos de tierras de Cárdenas. Estudios de filosofía en la ciudad de México. La lectura de *Muerte sin fin* provoca en la joven una conmoción de la que nunca se repondrá. Entre 1950 y 1951 estudia Filosofía en Madrid con Dolores Castro gracias a sendas becas del Instituto de Cultura Hispánica. Tuberculosis. Guillén, Saint-John Perse, Claudel, Mistral.

5. Los viajes se agotan mucho antes de llegar a su fin. En realidad, todo comienzo es el comienzo del fin. Tal la vida.

❧

Cascadas de Agua Azul. Más que azul, revuelta.

❧

De vuelta a Palenque, montamos en el coche a una autoestopista de La Rochelle. Todo se desarrolla con arreglo a las reglas de la exquisita cortesía europea. Lo más

importante: no dejar nunca que se haga el incómodo silencio, que a unos u otros nos podría hacer dudar de las intenciones del prójimo. Es suya, lo sabe, la cívica obligación de mantener viva la conversación, y de mantenerla dentro de la banalidad más absoluta. Por lo demás, esa frialdad tan europea, que me impide preguntarle su nombre transcurridas dos horas de trayecto. ¿Cómo poner en la misma balanza la amable indiferencia del mexicano con el civismo insociable del europeo? La francesa solo se permite una inflexión de la voz al contar con sorpresa que unos ladinos a quienes acaba de visitar en una hacienda de Ocosingo hablaran con ironía de la enorme capacidad de trabajo de los indios. ¡Ay, esa inagotable inocencia europea!

❧

Progreso: crear muros que nos separan de los demás.

❧

Iglesias evangélicas en los ejidos. En medio de la grisácea igualdad de los jacales sobresale una casita de fachada pintada de rosa o de un azul eléctrico y con una leyenda a brocha sobre la puerta: "Jesús Te Ama", o algo por el estilo. Si no fuera por el lema, más de un viandante las habría tomado por casas de tolerancia.

❧

Como cada una de las noches anteriores, cenamos en el restaurante "Don Mucho", regentado por italianos. La clientela es predominantemente europea: viajeros de *quechuas* en los pies y *lonelyplanets* sobre la mesa. Algunos

parecen salidos de una comuna girovaga de rastas, collares y pulseritas, empeñados en transportar al más remoto rincón del planeta su mezcla, siempre idéntica, de idiomas y marihuana. Uno de los botones del hotel nos había desaconsejado ir al "Don Mucho", porque todas las noches se ofrecía allí un espectáculo "lo que viene siendo peligroso, medio *hippie*, con mucho fuego y malabares". En realidad, el *show* de cada noche lo da un grupo local que perpetra unos cuantos *covers*. Me paso toda la cena en un estado de notable inquietud: temo que en cualquier momento se arranquen con la versión para quena de la sintonía de *Titanic*. Y que el público aplauda…

❧

Allí la vida se renueva por estaciones. Aquí, por horas.

****
****
****
******
***
*

HIC EST FINIS

la cuenta del cuento
de los días
de estos diarios mexicanos.
En Lisboa,
a veintitrés horas y veintiséis minutos
del día ocho de septiembre
del año dos mil
y diez.